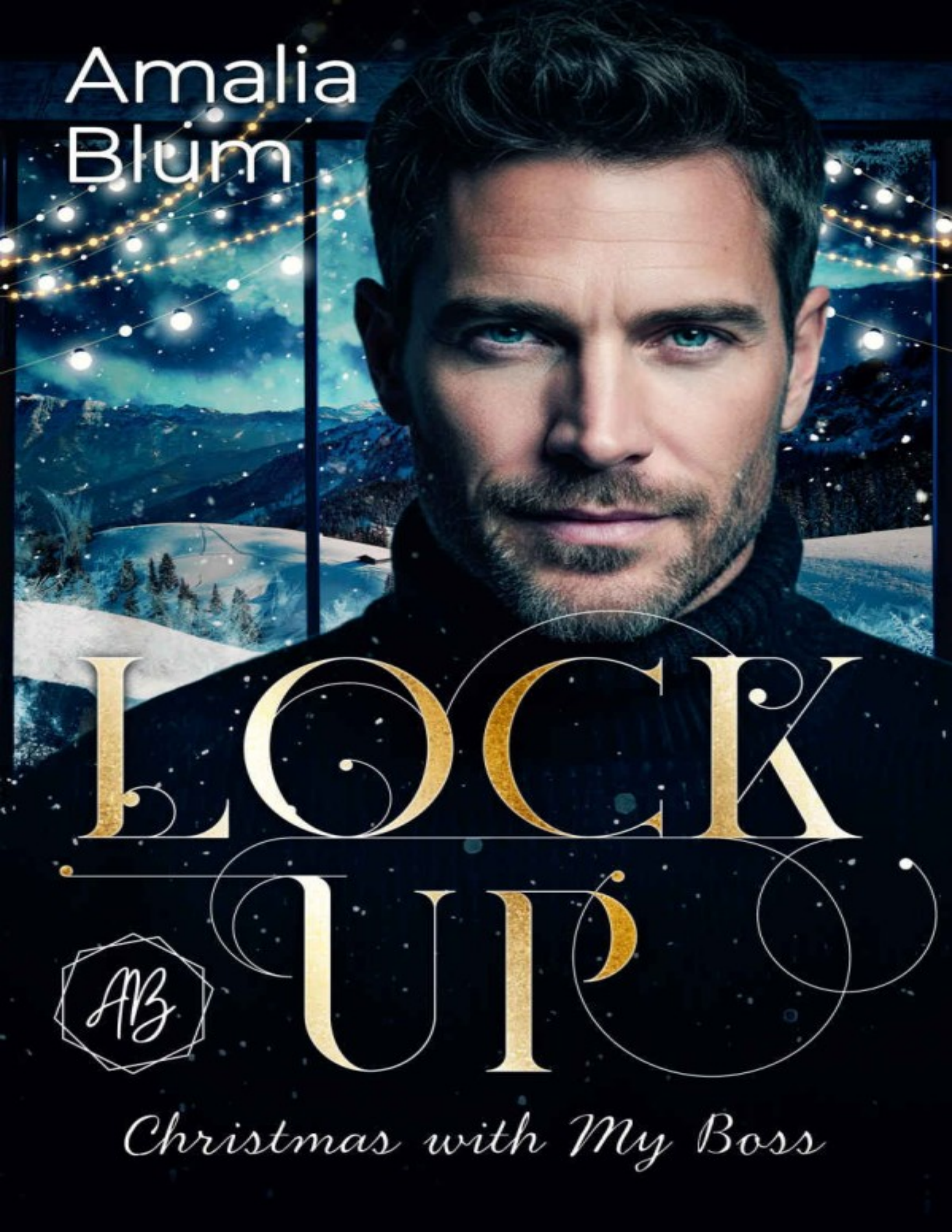

Amalia Blum
LOCK UP
AB
Christmas with My Boss

Lock up

Navidad con mi jefe

Amalia Blum

Amalia Blum

1ª edición 2025

Diseño deportada: Black Swan Publishing e.U.

Edición: Black Swan Publishing e.U.

Sígueme en mi página de autora de Amazon y no te pierdas ninguna de mis novedades y promociones.

https://www.amazon.es/stores/Amalia-Blum/author/B0CX5G1PJN

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión, incluso parcial. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida en forma alguna sin permiso escrito de la autora. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personas descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es casual y no intencionado.

Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

Black Swan Publishing e.U.
Berg-Sam 23/5
5023 Salzburg
Austria

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Gracias...

Capítulo 1



Charlotte

Una vida de lujo.

Glamur. Champán. Los vinos más selectos. Las telas más finas, con las que se confeccionan los vestidos de diseño más deslumbrantes. Por supuesto, hechos a medida. Joyas de oro y plata, coronadas con diamantes, zafiros, rubíes y esmeraldas. Mayordomos y doncellas que te leen cualquier deseo en los ojos, por pequeño o grande que sea.

Una vida sin preocupaciones.

Pelo negro azabache, ligeramente ondulado y hasta la cadera. Una figura de infarto con un escote de lo más sugerente. Dientes deslumbrantemente blancos y una mirada digna de una diosa. ¿Quién no se enamoraría de una mujer tan hermosa?

Pues bien, esa no soy yo. Yo estoy aquí, al otro lado. Sí, la misma: la chica bajita y curvilínea, 22 añitos, pelo rubio oscuro de batalla y pecas en la cara que, en esa sociedad tan fina, desaparecerían bajo capas y capas de maquillaje. Tengo que confesarlo: yo también lo he intentado, pero algunas motitas se ven igual. Antes no me gustaban. Hoy les he cogido cariño. Eso sí, cuando estoy entre todas esas mujeres perfectas, que parecen no tener ni poros, me siento como un ratón gris. Pequeña e invisible.

Suelto un suspiro al contemplar a la belleza que tengo delante. Rodeada de tipos con traje, todos haciéndole la pelota. Ojalá pudiera

poner los ojos en blanco, pero, en el fondo, le tengo una envidia que me muero. Sea quien sea esa mujer.

—No te quedes ahí plantada —me reprende Mirabell y, acto seguido, se mete en la boca unos canapés que ha logrado birlar del bufé.

—Aún queda comida de sobra…

Si sigue engullendo así, pronto no quedará. ¿Qué no le he visto ya en el plato? Una tartaleta con nata con una guinda encima, taquitos de queso con uvas, una tosta con salmón y crème fraîche adornada con cebollino, dos piezas de sushi de salmón, bombones de trufa, gambas rebozadas, algo con tortitas de patata y unos palitos salados escondidos detrás de un trozo de tarta de chocolate.

—Interesante selección —murmuro, y toqueteo nerviosa la correa del bolso, colgado del hombro izquierdo. Mirabell prueba la tarta y suelta un suspiro de placer.

—Está buenísimo, prueba —me ofrece, pero niego con la cabeza porque no me apetece morder.

—¿Sigues con dolor de tripa?

—Pues sí —asiento e intento respirar con calma. Mis dolores de estómago, sin embargo, no vienen de comer mal, sino de los nervios. Pero ni a ella puedo confiarle la verdad porque, aunque nos llevamos muy bien, seguro que intentaría impedir que cometa esta locura. ¡Como me pillen, estoy perdida!

—¿Es por la renuncia?

Prueba las gambas en salsa de ajo y cierra los ojos al masticar. Parece que eso también le ha gustado.

—Shhh. —La aparto del bufé hacia la cristalera y le pido—: No tan alto. Quiero presentar mi renuncia en enero. Si lo hago antes, me

quitan la paga de Navidad.

Así ponía en el contrato que firmé hace cuatro meses. Por aquel entonces, aún tenía la esperanza de que este trabajo fuese el adecuado para mí. *Ni de broma*.

Miro con desagrado al objeto de mi aversión: *mi jefe*.

Alto, bien plantado, guapísimo a rabiar, de esos que quitan el hipo, con unos ojos azul claro helados y una voz insultantemente bonita. Un hombre que parece hecho por el mismísimo Dios… si es que Dios fuese mujer. O gay.

Inspiro hondo y miro a Mirabell, que me observa masticando y con gesto inquisitivo, antes de preguntarme:

—¿Y por qué has venido entonces a la fiesta de Navidad? No es obligatoria.

Razón no le falta. Si mi compi favorita estuviera al corriente de mi plan maestro, no me haría esa pregunta, claro.

—Simplemente tenía curiosidad —digo, mientras echo un vistazo a mi alrededor.

La planta baja, que nuestro jefe ha hecho acondicionar para la fiesta de Navidad, no es más que una parte pequeña de la zona de estar de su lujosa casa de vacaciones.

De hecho, aproximadamente el 40 por ciento está construido DENTRO de la ladera de la montaña en la que nos encontramos ahora mismo.

En mitad de Canadá. En mitad del bosque. A mediados de diciembre.

Fuera hace un frío de pelarse y la nieve, bueno, la nieve se siente como si siempre estuviera ahí. Pero aquí arriba ha caído bastante

más que en Vancouver. A la mayoría de empleados los han traído en microbuses y unos pocos han hecho coche compartido. Mirabell y yo hemos venido en uno de los buses, pero lo que quiero colar todavía sigue fuera, junto a la puerta lateral. Y ahí se queda… hasta que todos se marchen.

Por dentro me río sola, porque estoy deseando que esta aburrida fiesta de Navidad termine de una vez y empiece la fiesta de verdad…

—¿Quién es? —quiere saber Mirabell, pegándose tanto que casi me pisa los talones.

—¿Mh? ¿De qué hablas?

—Te estás riendo y miras a la gente. Hacia… ehm, hacia Mr. Wings. —Alza una ceja y sonríe—. Ah, así que por fin tienes un *crush* con él, ¿eh?

—Ay, por favor, no me vengas…

Todas, absolutamente todas en la empresa están coladas por Gabriel Wings. TODAS. En cuanto se asoma por Secretaría o sólo su sombra se perfila en la pared, llega un diluvio y docenas de braguitas empapadas… y alguna que otra erección.

Sólo yo me mantengo seca, y tiene su motivo: ODIO a ese tipo. Sí, lo sé, *odio* es una palabra muy fuerte y no debería usarse a la ligera, pero describe mejor que ninguna lo que siento por él.

Se me contrae con desdén el labio superior izquierdo, lo cual me recuerda que debo controlar la cara, aunque la mayoría de presentes sólo tienen ojos para él y para el bufé.

Yo, en cambio, sigo mirando a mi alrededor con gusto. La entrada tiene un cortavientos, laterales acristalados y dos puertas dobles blancas, por supuesto con todo tipo de adornos. El tragaluz es

bonito y puesto en escena con arte. También la segunda puerta doble blanca, que conduce al salón principal, es un absoluto imán para la vista: pomos dorados. Pff… quien puede permitírselo.

Toda la fachada orientada hacia el aparcamiento y el bosque, por el que, tras incontables curvas, se llega a la casa, que yo llamaría más bien hotel, es de cristal y pilares altos y angulosos de piedra. Calculo que habrá, como poco, seis o siete metros. La mayor parte del techo es plano, pero hay una cúpula acristalada, sostenida por barras de metal negras, que ofrece vistas al cielo nocturno. De día, el vestíbulo, o, para el común de los mortales, el recibidor, debe estar inundado de luz.

Hay cuatro estancias en las que a los empleados se nos permite estar. Cuelgan carteles en las puertas cerradas avisando de que no se pueden traspasar. Aquí, sin embargo, podemos andar a nuestras anchas en, tranquilamente, 200 metros cuadrados. Hay paredes que separan salón, lounge y una especie de sala de relajación, pero en lugar de marcos de puerta tienen grandes arcos. Un piano de cola blanco, abierto, se exhibe en la parte trasera del lounge, rodeado de muebles de cuero negro y una cascada. Sí. Una cascada. ¿Quién no tiene una en casa? Además tiene un abeto de unos cuatro metros, cuajado de bolas blancas y de incontables LED.

Las paredes laterales de la casa, voy a llamarla casa, sin más, sólo son en parte de cristal. Después viene un muro grueso con elementos de ventana encastrados.

El mobiliario es de lujo en blanco y negro. El suelo es mayormente de mármol negro, hasta donde alcanza mi ojo de profana. Además del árbol de Navidad gigantesco, el gran protagonista es la chimenea

suspendida en el lounge, rodeada de un anillo de sofás empotrado en el suelo… ¡es enorme! Seguro que caben ahí 20 personas. Ahora mismo están sentados algunos de sus amigos y jefes de departamento de alto rango, que han tomado ese espacio. Justo delante de la enorme cristalera, en el lateral del edificio, con vistas al valle, está el bufé, frente a la cocina.

Desde la planta baja se puede admirar la galería. Un balcón largo con muchas puertas que llevan a más habitaciones, vedadas para nosotros, los invitados.

La banda en directo del lounge toca melodías armoniosas. Suaves notas de violín que acompañan con buen gusto el murmullo de las conversaciones. Miro fuera: la pista de esquí perfecta desciende montaña abajo. Se rumorea que mandó talar todos los árboles para poder bajar por ahí él solo. Cosas de superricos, ¿no? Puedo confirmar que se baja de maravilla.

Suspiro y me giro hacia Mirabell, que en pocos segundos ha dejado el plato limpio. Va a por más, como muchos otros. Hay incluso una escultura de hielo, cómo no: una mujer ligera de ropa con alas. Hay también una barra de hielo con dos empleados diligentes, además de zumos frescos, ponche y una fuente de chocolate, con la que me encantaría empaparme… qué imagen más bonita.

Mientras Mirabell ataca las gambas, me doy la vuelta hacia el valle. Las muchas luces del centro de la ciudad están lejísimos, tan lejos que apenas se divisan. Cuando Mr. Wings levantó aquí su finca, no debió pensar en cruzarse con ningún posible vecino. Sólo la idea de que muchas habitaciones estén dentro de la montaña me da escalofríos.

Me miro en los cristales de unos tres metros de alto y me aliso con ambas manos caderas y muslos. He optado por un vestido azul oscuro, ajustado, hasta la rodilla, escote recto y mangas largas. El pelo, que me llega en realidad al pecho y es rubio oscuro, lo llevo en un moño moderno. Me cuelgan de los lóbulos unos pendientes baratos. Estaban en oferta. Poco más puede permitirse una de las aproximadamente 20 secretarias de Gabriel Wings. Inspiro hondo y veo que Mirabell vuelve hacia mí.

—Bonitas vistas, ¿verdad?

En eso tiene razón.

—Siempre me ha gustado más la naturaleza que la gente —le contesto con tristeza. Me quedan aún unas horas aquí. La salida es a las 23:00 en punto. Sólo que… no pienso irme.

De repente me planta un langostino delante de la nariz, por supuesto bañado en una salsa deliciosa.

—También hay gente maja, como yo, que te da de comer para que no te mueras de hambre.

Uno me lo puedo permitir.

Se lo cojo y lo pruebo. Mmm, exquisito. Pero no calma mis nervios.

—Discúlpame, voy un momento al baño.

Por suerte está justo al lado del pasillo. Eso ya lo había averiguado.

—Buena idea, voy contigo.

Mierda. Da igual, allí también puedo darle esquinazo.

Por supuesto, se ha formado una pequeña cola delante de los baños. Hay cuatro,como digo, esto me recuerda a un hotel en muchas cosas.

—Ah, así que por eso está todo tan equipado… —oigo decir a una de las mujeres que se está lavando las manos.

—Sí, tiene una familia grande. En Navidad se reunían siempre todos aquí. Estos baños son en realidad para el servicio, pero desde que los Wings están peleados, ya no viene nadie por aquí… —le contesta otra.

—Qué detalle por su parte organizar aquí la fiesta de Navidad.

—Sí, a mí también me lo parece. Si no, el edificio está vacío todo el año…

El personal también usa estos baños. Dejo que Mirabell pase delante y me escurro hacia fuera. Rápida por la puerta, perfecto. Me encanta que los rumores sean ciertos. Desde hace dos años todo esto se queda vacío en Navidad y Nochevieja. Entonces, quizás pueda alargar mi estancia aquí dos o tres semanas…

Intento comportarme lo más discreta posible, hago como que estoy hablando por teléfono para que nadie me mire raro cuando me acerco a la puerta del pasillo. Hay un papel colgado que pone: Prohibido el paso. Igual que en los dos ascensores y las escaleras, pero eso seguro que *no* va por mí.

Bueno, sí va por mí, pero nadie mira. Además, puedo esconderme detrás de plantas grandes y pasar desapercibida. ¡He tenido suerte! Me cuelo por la puerta y la cierro sin hacer ruido. Me recibe un pasillo largo. Sólo entra luz por unas pocas ventanas. Hay algunas puertas, pero no me interesan. Quiero llegar hasta el final. Hasta la puerta que da al exterior…

Camino y camino, cada vez más cerca de la montaña, hasta que me adentro en ella… ya veo el túnel, el gran hueco entre la finca y la

roca, que han abierto para formar una salida de emergencia. Meto la llave, abro y asiento. Estupendo. Mi equipaje y la comida que he traído están detrás de unas cajas de madera, que distingo perfectamente desde aquí. En cuanto se vayan todos, lo cojo y me monto aquí las vacaciones perfectas.

Vuelvo con una sonrisa feliz. Ahora sólo tengo que llegar sana y salva al baño de señoras sin que me pillen.

Apenas abro la puerta del pasillo, suena un ruido que me resulta muy familiar: alguien golpea una copa con una cucharilla. La música se apaga y ¡me siento cazada! Mierda, ¿y ahora qué pasa?

Capítulo 2



Gabriel

Cuánto llego a odiar a la gente… pero fiscalmente una fiesta de Navidad para la plantilla desgrava de maravilla. Y causa impresión en los invitados. 112 invitaciones. 112 almas. 112 personas que arrasan con el bufé, más 14 empleados que se encargan de todo lo importante. Suman 126 personas que aquí son completamente indeseadas.

Aun así, me muestro amable. Saludo a unos, doy la mano a muchos, deseo una velada agradable, recomiendo el champán, los cócteles de gambas y el pastel. Lo que más me gustaría sería publicitar los autobuses para que todos volvieran a subir y se marcharan. Una mirada a mi reloj de pulsera me revela que apenas pasan de las 18:00. Me quedan cinco horas por delante. Solo entonces se habrá ido todo el mundo y por fin podré empezar las merecidas vacaciones de fin de año que me he ganado a pulso.

Un coqueteo por aquí, un guiño por allá. Si no supiera más, cualquiera diría que estoy en un club de intercambio y soy el único hombre potente que tiene que satisfacer a todas las mujeres o, si no, el mundo se acaba.

Estoy harto…

Todos me lamen el culo, todos son amables conmigo, casi se me arrodillan, ¿y por qué?

Sé perfectamente a qué aspiran esas mujeres: quieren quedarse embarazadas de mí. En el mejor de los casos sueñan con un

matrimonio sin contrato. Tendrían la vida resuelta para siempre sin volver a doblar un dedo.

¿Y los hombres? Fingen ser mis amigos, como si me entendieran. Me dan la razón en todo lo que digo. Si aquí y ahora afirmara que el cielo es amarillo, no habría nadie que me contradijera.

Qué mundo más falso. Lo detesto. Sí, lo detesto con toda mi alma…

Por dentro, dejo escapar un suspiro y aprovecho la oportunidad para huir cuando mis interlocutores se enzarzan un momento en otro tema.

—Discúlpenme, por favor.

Asiento cortésmente a todos y me dirijo hacia el bufé, pero al final paso de largo. Aún le birlo a uno de los camareros una copa de champán llena.

Un momento de calma…

Las luces lejanas del valle acrecientan las ganas de que lleguen los próximos días y semanas, mientras a mi lado otros empleados siguen asaltando el bufé.

—¿Señor?

Theodore, mi asistente personal, viene hacia mí. Su voz suena alterada y habla muy bajo. No tiene intención de presentarme a nadie, porque viene solo. Suspiro, porque los pocos segundos de relajación se han esfumado por su culpa.

—¿Sí? —pregunto y bebo un poco.

—Acaba de llegar una llamada importante desde Vancouver. La tormenta de la costa este que iba en dirección a Portland, EE. UU., ha girado y su nuevo objetivo es Vancouver y el continente que hay

detrás. ¡La probabilidad de que esa zona también se vea afectada supera el noventa por ciento! —me advierte.

—¿Es una broma?

Ha habido un aviso, sí, pero fuera de nuestras fronteras.

—Por desgracia no, los avisos acaban de salir. En aproximadamente dos horas la tormenta estará aquí. Además, hay riesgo de avalanchas…

—Fantástico. Justo lo que me faltaba.

—¿Señor?

Tiene escasos veinticinco años, es un inseguro y sumiso varón. Es leal, fiable, listo y leído. Pero de sarcasmo no tiene ni la menor idea.

—Sarcasmo —le aclaro.

—Oh, por supuesto. Disculpe.

Incluso hace una leve reverencia y se aparta para que pueda coger una cuchara del bufé y colocarme junto a este.

Hago tintinear la copa. Poco a poco las voces se apagan. Incluso la banda en directo interrumpe su actuación. Los invitados que estaban en otras salas se reúnen ahora en esta.

—¡Un discurso! —grita alguien, y de inmediato vuelve el murmullo.

—¡Sí, un discurso! —exigen, así que hago tintinear de nuevo y ahora sí todo el mundo cierra la boca.

—En realidad no tenía intención de dar un discurso. Porque esta noche es mi *agradecimiento* a todos aquellos empleados que han trabajado todo el año para *Diamond Wings Corp.* y siempre han dado lo mejor de sí… —carraspeo. Todavía me miran entusiasmados, cosa que probablemente cambiará en breve—. Por desgracia, acabo

de recibir la noticia de que se acerca una tormenta y, en consecuencia, se ha declarado riesgo de avalanchas.

Caras de susto. Murmullos. Espero un momento hasta que la mayoría vuelve a callar.

—Lamentablemente tengo que interrumpir la fiesta de Navidad de inmediato para que todos ustedes lleguen a casa sanos y salvos. Por favor, diríjanse sin demora a los autobuses y a sus vehículos. Los empleados que tengan un trayecto a casa demasiado largo pueden alojarse, por supuesto, en hoteles cercanos. *Diamond Wings Corp.* se hará cargo de las facturas. —Luego me dirijo al personal de catering—: Por favor, recojan todo y abandonen también el edificio.

Para terminar, unas palabras tranquilizadoras: —Tenemos todavía unas dos horas hasta que la tormenta alcance esta zona. Aun así, les ruego a todos que se dirijan con calma y sin rodeos innecesarios a sus vehículos. Por supuesto, pueden llevarse del bufé todo aquello que se pueda guardar fácil y rápidamente. Ante cualquier duda, diríjanse a mí o a mi asistente. —Luego asiento y digo—: Siento muchísimo que esta velada tan bonita acabe de forma tan abrupta, pero la seguridad de cada uno de ustedes está, por supuesto, por encima de todo. Recuperaremos la fiesta de Navidad el año que viene.

De inmediato vuelve el cuchicheo. Los empleados con coche compartido se reúnen. Prácticamente todos sacan su smartphone. Se hacen llamadas y el personal de los autobuses, que también estaba invitado a participar en la fiesta, se presenta en bloque ante mí.

—Estamos listos para salir.

—Les deseo un viaje seguro.

No han pasado ni diez minutos y la mayoría ya lleva puestos los abrigos y está fuera, junto a los autobuses. Algunos van corriendo al baño, otros se hacen llenar botes con comida, que he comprado expresamente para ofrecer este servicio.

—¿Qué hacemos con la comida que sobra? —me pregunta el jefe del catering.

—Pueden repartirla entre el personal. El resto, a la cocina. Lo que se pueda congelar, al cuarto frío. Mañana volveré a pasar por aquí para evaluar posibles daños. Asiente y da instrucciones a su gente.

Yo mismo doy otra vuelta por la casa. No sería la primera fiesta de Navidad en la que parejas se cuelan en estancias con acceso prohibido para echar un polvo. Incluso en la empresa ya he pillado a varios subordinados dándole al tema en la escalera, en los ascensores o en alguna oficina vacía.

Y mientras haya riesgo de avalanchas, todo el mundo tiene que abandonar el edificio. No puedo permitirme una demanda.

Entro en cada habitación y la cierro con llave. Recorro los pasillos y compruebo cada puerta, hasta que encuentro una que, efectivamente, está abierta. ¿Perdón?

Justo una que da al exterior. Alguien habrá fumado a escondidas y no ha querido hacerlo en la zona exterior delante del edificio, sino en una zona cubierta donde no cae nieve. Suspiro y, cómo no, cierro de nuevo la puerta antes de revisar las demás estancias.

Sauna. Piscina. Sala de billar. Cine. Varias habitaciones y cuartos de baño. La cocina. Cuando estoy en la escalera hacia el sótano, Theodore me corta el paso: —¿Señor?

—¿Sí? —Odio que me llame así, pero no consigo quitárselo de la cabeza.

—Todos los empleados están en los autobuses y los coches compartidos ya han abandonado el recinto. Los autobuses salen en cualquier momento.

—Muy bien. ¿Y el personal del catering? —pregunto.

—Salen antes que los autobuses. Solo quedamos nosotros dos.

Está terriblemente nervioso.

—¿Tiene dónde pasar la noche? —le pregunto.

—En coche llego a casa en unos 45 minutos, no se preocupe por mí, Señor.

Y otra vez con la reverencia.

—Bien, entonces váyase ahora también a casa y avíseme en cuanto llegue sano y salvo. Después, revise la lista de todos los invitados y llame a cada uno. Asegúrese de que todos han llegado a casa o se han alojado en un hotel.

—Por supuesto, Señor. —Señala la pantalla de su teléfono—. La llegada de la tormenta se espera en unos 80 minutos, pero la probabilidad ha bajado del 90 al 75 por ciento.

—Sigue siendo muy alta. Que llegue bien a casa.

Lo acompaño hacia la salida.

—¿Y usted, Señor? —me pregunta, sin intención de abandonar el edificio, a pesar de que ya lleva puesto abrigo, bufanda y guantes, y yo solo mi traje.

—Daré una última vuelta por todas las estancias, por si alguien se ha perdido o… bueno, ya sabe a qué me refiero.

Él también ha pillado a algunos empleados. En seguida se pone rojo como un tomate y baja la mirada.

—Sí, sí, por supuesto, Señor. No obstante, ya he recibido la confirmación de todos los conductores de autobús de que no falta nadie.

—Al menos una buena noticia hoy. —Le doy una palmada en el hombro y espero que por fin se marche, porque ya solo queda su coche, solitario, en la finca, mientras el mío, por supuesto, está en el garaje subterráneo.

—Siento mucho las molestias, Señor Wings… espero que aun así tenga una Navidad agradable. No dude en ponerse en contacto conmigo en cualquier momento y…

—Theodore. Tranquilo. Hace usted un trabajo excelente. Y en cuanto deje de llamarme Señor, podremos hablar de una subida de sueldo.

—P-pero, Señor, yo…

Él mismo se ha dado cuenta y entrecierra los ojos.

—Bueno, entonces no tendré que preocuparme tan pronto por pagarle más de lo habitual…

No puedo evitar reír. Vuelve a inclinarse y luego abandona mi casa como el último. Me quedo un momento ante el frente acristalado y observo cómo da la vuelta y después abandona el bosque gracias a las curvas de herradura.

Solo ahora respiro hondo y me pongo de nuevo en marcha para revisar estancia por estancia. Aunque los autobuses estén completos, eso no significa ni mucho menos que no se haya colado alguien y no se haya enterado del ambiente de salida.

Capítulo 3



Charlotte

¿Cuánta mala suerte puede tener una persona? ¿Alerta de tormenta? ¿Riesgo de avalanchas? ¡Eso es lo último que quieres oír cuando estás justamente EN una montaña nevada!

Me acerco a toda prisa al bufé, porque no consigo encontrar a Mirabell en el barullo. Por suerte, está allí metiendo cosas en una de las cajas grandes que reparte el personal de catering.

—Eh, ya estoy de vuelta. Tía, una locura, ¿no? —le pregunto a Mirabell mientras pienso cómo salir del paso, porque en una situación de emergencia como esta seguro que controlan quién se sienta en un autobús y quién falta. No pueden olvidarse de nadie. ¡Y no voy a dejar aquí arriba mi equipaje y mi coche mientras yo estoy en casa! Luego tendría que venir todo el camino en autobús y subir andando. Eso sí que no.

—Sí, total… eh, oh, el pastel aún. Y la tartaleta. Y luego, pies en polvorosa. —Mirabell parece estresada, y no es la única.

—Eh, no será para tanto. Es solo por pura precaución y todavía tenemos tiempo —la tranquilizo.

—Ya, pero… jo, me hacía tanta ilusión esta noche y ahora esto —resopla, molesta, y me coloca su caja en las manos para poder hurgar en el bolso y sacar el móvil.

Nos apartamos las dos para que otros compañeros puedan lanzarse a por la comida. Lo que antes estaba dispuesto con tanto mimo ahora parece un mercadillo de saldo. Una pena.

—Anna y Josy, de contabilidad, se han ofrecido a llevarme, así que no iré en el autobús.

—Qué detalle por su parte.

—Sí, así es más rápido. En el peor de los casos, me quedo a dormir con ellas —miento, porque mi coche está en el bosque, donde nadie lo va a encontrar. Lo he cubierto de nieve.

Pff… las últimas tormentas que llegaron al continente también se anunciaron a bombo y platillo y al final no pasó gran cosa. Entiendo que quieran ser prudentes, pero a mí no me asusta.

—Ah, ya. Le escribiré rápido a mi madre para decirle que hoy vuelvo antes a casa.

—Sí, mejor.

La última vez que no le avisó, Mirabell pilló a su madre con su amante en el salón. Desde entonces intenta alquilar un piso para ella sola, pero de momento el sueldo no le da. Al fin y al cabo, también tiene que comprarse muebles, una cocina, vajilla y una larga lista de cosas…

Resoplo, furiosa. Mientras nuestro jefe vive a todo lujo, Mirabell no puede ni permitirse un piso. Es de risa. Hasta pasados dos años en la empresa no hay subida de sueldo, y después sube anualmente. ¿Qué sentido tiene pagar tan mal al principio a tus empleados? No me extraña que aquí todo el mundo arrase con la comida…

Yo también sigo en casa, en mi cuarto de niña. Y aunque adoro a mi familia, un piso propio sería más que deseable.

Me pongo abrigo, gorro y guantes, que reparten dos empleadas en la recepción improvisada. ¡Ahora el timing lo es todo!

Primero me despido con cariño de Mirabell y le prometo que la avisaré en cuanto llegue a casa. Luego voy hasta el conductor del autobús y hago que me tache de la lista para que no me den por desaparecida. Por último, me dirijo a Anna y Josy, que han aparcado en un extremo. Con el caos, paso desapercibida como si fuera una más. Me dejo ver con ellas, me despido con mucho cariño y después me esfumo.

Como una agente secreta, me mezclo con la gente, me cuelo en el bosque y espero un rato. Por suerte, cada uno está a lo suyo y nadie repara en mí. Como además está negro cerrado y solo iluminan la nieve los faros y la luz que sale del edificio, soy prácticamente invisible.

Con una sonrisa de oreja a oreja, veo cómo los coches abandonan la finca uno tras otro, y al mirar al cielo compruebo que la noche está estrellada. ¿Temporal? ¿Avalancha? Menuda bobada.

Solo quedan los autobuses, que también se marchan poco a poco. ¡Estupendo!

Echo a correr por la nieve hacia el lateral del edificio, a lo largo de la cristalera, hasta la pared de piedra y la ladera. Mi maleta sigue ahí y la puerta…

La puerta…

¡LA PUERTA! ¡PERO QUÉ DEMONIOS!

Cojo aire, sobresaltada, y sacudo la puerta cerrada. ¡No se abre! Cerrada con llave…

Sigo sacudiéndola, incrédula. ¡No puede ser! ¿Qué idiota comprueba las salidas en una situación así? ¡Mierda!

Quedarme aquí arriba atrapada no entraba en mis planes, así que corro de vuelta hacia la entrada, pero el último autobús solo me enseña sus espléndidas luces rojas traseras.

Queda un coche, pero es de Theodore Banks, el asistente personal de Mr. Wings. Oh… si le digo que he perdido el autobús, se descubre mi mentira. El conductor le diría que yo tenía un coche y Anna y Josy le dirían que solo me había despedido. ¡Mala cosa!

¿Y bajar andando al valle? Tardaría horas. ¡JODER!

Voy de columna en columna. Dentro aún hay luces encendidas, pero no veo a nadie.

Vale, calma. Solo tengo que ENTRAR en el edificio y esconderme en algún sitio. Y en cuanto mi jefe y su asistente se vayan, que empiece la fiesta.

Me acerco a la puerta de puntillas y la abro, escuchando. Por supuesto, se oye traqueteo de vajilla en la cocina. Estaba cantado. ¿Y ahora qué?

Me quito los tacones, los aprieto contra mí y me escabullo como un ratón, descalza, sobre el suelo frío. Tengo que subir. O bajar al sótano. Donde sea…

Mis pobres nervios. ¡En nada me va a dar un desmayo! Pero mientras siga el trajín en la cocina, quien sea no saldrá. Más deprisa… ¡más deprisa!

—¿Señor? —suena la voz de Theodore, interrogante. ¡Ay, no, me ha oído!

Y eso que casi he llegado a la puerta del sótano…

Me pego bajo la escalera, justo detrás de una de las plantas altas, y contengo la respiración.

—¿Mr. Wings?

Oigo sus pasos. Luego calla y vuelve a caminar unos metros antes de regresar a la cocina.

Qué suerte. Pero ahora, al sótano pitando. Al menos aquí no hace falta llave, perfecto. Abro la puerta, entro en el vestíbulo y la cierro otra vez. Se encienden unas lucecitas LED, de modo que puedo bajar la escalera de piedra. Tiene cuatro o cinco metros de ancho. Es de locos lo grande que es todo esto…

Las paredes son de piedra basta, y cada bloque es por lo menos del tamaño de un balón de fútbol. Voy palpando la pared y llego a la planta de abajo. Incluso aquí: puro lujo.

Hay unos cuantos barriles bajo la escalera y varias puertas. Las observo, curiosa, y descubro varios cuartos de almacenamiento, el acceso al garaje subterráneo, donde, claro, está su cochazo…

Y la bodega. ¡Bueno, bueno!

Piedra natural combinada con madera y elementos de vidrio. Aquí abajo deben de guardarse miles de botellas. Contemplo, asombrada, las estanterías empotradas en las paredes. También hay mesas con sillas, una zona de estar moderna de cuero, con pantalla gigantesca incluida, sí, ¿por qué no beber Y ver una peli a la vez?

Ya me froto las manos y suelto una risita, porque me veo aquí sentada de celebración. Luego me quito gorro y guantes, porque aquí abajo se está calentito. Solo el suelo está algo frío, pero gracias a los calcetines calentitos que llevo en la maleta, esto va a convertirse en mi sitio favorito.

Ahora toca: esperar y tomar té… ejem, vino.

Cierro, por supuesto, la puerta que da al pasillo. Encaja en el cerrojo.

Solo tengo que estar calladita y esperar. Quizá se lleve unas cuantas botellas antes de ir a su coche y volver a casa. Así que será mejor que me esconda en algún sitio y, más tarde, comprobar si se ha ido.

Las provisiones que he traído, que he dejado junto a mi maleta, me darán de sobra para los primeros días. Después bajaré con el coche al valle y compraré más.

No puedo evitar reír cuando las primeras LED vuelven a apagarse. Solo se encienden si hay movimiento. Fascinante. Mi plan es perfecto. Bien pensado. ¡De cine!

Para celebrarlo, cojo una botella de una de las estanterías del fondo. Con ella me acurruco en un sillón, lo bastante lejos de la puerta. Como no encuentro una copa, bebo, claro, a morro. Mmm… Oh, sí, esto es bueno. Seguro que cada botella vale cien dólares. O más.

Saco el móvil, pero aquí abajo la cobertura es tan mala que solo tengo una raya. No hay investigación en internet que valga. Me da igual. Estoy a gustito, con una botella de vino y la certeza de poder presentar mi dimisión el año que viene: me merezco algo mejor. ¡Mucho, muchísimo mejor! Un trabajo que me divierta más. Un sueldo claramente más alto y un jefe que valore lo que hago.

Pasa el tiempo. Ha transcurrido ya más de una hora y no he oído nada. Ni a nadie pasando por la puerta ni un motor arrancando. ¿Será que las paredes están increíblemente bien aisladas?

Me he bebido casi toda la botella, más de lo que pretendía. Al principio solo unos sorbitos, pero en los últimos minutos me ha entrado una sed…

Me acerco despacio a la puerta y pego la oreja. Silencio absoluto. Debería arriesgarme a echar un vistazo para ver si el coche sigue ahí. Si no está, podré ponerme cómoda arriba.

Con cautela, rodeo con los dedos el picaporte metálico, lo bajo, tiro de la puerta y… nada. *Perdona, ¿se puede saber qué broma es esta?* Tiro con más fuerza, pero la puerta no cede.

Un escalofrío me recorre y el corazón me da botes. Bajo más el picaporte y tiro con todas mis fuerzas. *¡No se abre!*

—¡No, no, no! —maldigo, presa del pánico, y sacudo esa maldita puerta. Por mucha fuerza que hago, no se abre. ¡No puede ser! Este pedazo de monstruo de madera no se mueve ni un centímetro. ¿Qué está pasando? ¡Alguien me está tomando el pelo! ¿Por qué no se abre? Lo habría oído si alguien la hubiera echado el cerrojo desde fuera, y no había ninguna llave puesta. No, no la había, estoy cien por cien segura.

—Vale, tranquilízate…

Levanto las manos y hago gestos suaves hacia el picaporte, luego doy una vuelta sobre mí misma y lo intento otra vez. Nada, imposible.

El pulso se me dispara y entro en pánico. Suelto tacos e insulto a la puerta. Y a la madre de la puerta. Sí, la puerta no tiene madre, pero probablemente voy demasiado achispada y alterada como para pensar con claridad en la forma correcta de abrir esta maldita cerradura.

—¡Joder! ¿Qué hago ahora?

No queda más que una cosa: esperar que no esté sola en la casa. Aprieto los puños y aporreo la puerta. —¡AYUDA! ¡Estoy aquí abajo!

¿Alguien me oye? ¡Estoy encerrada aquí! ¡Ayuda! ¡Por favor, déjenme salir!

Sin baño. Sin nada de comer. Solo con vino. Va a ser una muerte deliciosa si nadie me encuentra…

—¡Pero que me oiga alguien!

¿Y si Mr. Wings ya se ha marchado? Solo sé que ha contratado una cuadrilla de limpieza para principios de enero para adecentar toda la casa. ¡Eso es dentro de dos semanas y media!

¿Y si derribo la puerta? Tengo que encontrar algo que me sirva para forzar la cerradura. O para sacarla de los goznes. Algo se me ocurrirá para escapar de aquí…

Capítulo 4



Gabriel

Cierro la puerta exterior y le echo la llave. Oh, dulce época de vacaciones, acabas de empezar. Salgo del zaguán y cierro también la segunda puerta de hojas. A continuación activo el sistema de seguridad de la entrada. La alarma está conectada y el sistema de privacidad eléctrico también. Aún puedo ver hacia afuera, pero nadie puede ver hacia dentro. Desde fuera, cada ventana de la casa parece de vidrio esmerilado. Solo se adivinan unas cuantas sombras si uno se planta justo delante.

Cuesta creer que hace apenas noventa minutos la casa estaba llena de gente. El personal de catering se ha llevado cada mesa y cada silla. A cambio, mi nevera y la despensa están a rebosar. Incluso el congelador está lleno de pasteles, tartas y otros alimentos. En realidad quería cocinar fresco, pero esto no puedo dejarlo congelado un año. Creo que lo donaré. Ya se encontrará alguien que venga a recogerlo o a quien se lo pueda mandar.

Pongo unos troncos en la chimenea y les prendo fuego. En breve, toda la estancia tomará el calor de las llamas, que disfruto mucho más que el de la calefacción.

La leña arde y me apetece descorchar una buena botella de vino para catarla. La tormenta no le hará nada a la casa. Aquí estoy a salvo.

Voy hacia la puerta del sótano y la abro, pero en cuanto lo hago oigo un porrazo abajo. ¿Qué demonios es eso?

Frunzo el ceño y enciendo la luz, de modo que no solo queden encendidas las LED de los peldaños. No, eso es un aporreo, y bien fuerte, además.

—¡Ayuda! —grita alguien.

No puede ser verdad…

Quienquiera que haya osado entrar en mi sótano, ¡le voy a hacer arder en el infierno! Theodore ya no está, nadie podría llevarle a casa. Solo yo sigo aquí con el coche y no tengo ganas de pasar la noche con uno de mis empleados. O con dos, que seguramente se han retirado al sótano para follar. Como ya me temía…

¿No he bajado yo antes al sótano? He revisado y cerrado cada estancia… y entonces recuerdo que Theodore me habló justo cuando quería bajar. Maldita sea. Precisamente el sótano fue lo único a lo que no he bajado. Y, cómo no, la supuesta parejita ha elegido ese sitio.

Bajo escalón a escalón, hasta que los gritos suenan más desesperados y se distingue claramente que la pequeña ratilla de sótano tiene voz de mujer. Al llegar abajo localizo con exactitud dónde está: en la bodega.

La oigo gritar, pedir auxilio y tirar de la puerta, lo que me hace sonreír. ¿Quién pretendía echarle mano a mis deliciosos caldos?

En realidad debería dejarla cocerse un par de horas, pero con un poco de suerte aún puedo pedirle un taxi.

—¡Eh! —le devuelvo el grito. El intruso calla al instante. Bien, entonces puedo abrir la puerta. Bajo la manilla y la empujo pero de la dama histérica y chillona no hay ni rastro.

Alzo una ceja, intrigado, y entro en la bodega.

—Vale, basta de jueguecitos. La he oído pedir ayuda. Salga, no sirve de nada esconderse. Le llamo un taxi…

La puerta se cierra de golpe y, de pronto, una rubia asoma la cabeza por detrás de uno de los sillones: —¡No! ¿Qué ha hecho? ¡Imbécil de mierda! ¡La puerta… la puta puerta se ha cerrado!

Sorprendido por su manera tan fuerte de hablar y su comportamiento nada propio de una dama, la observo venir enrojecida, pasar como una exhalación a mi lado y lanzarse contra la puerta.

—¡No, estamos atrapados aquí! ¡Se acabó… se ha acabado todo! —aporrea con furia y forcejea con el picaporte.

Así no va a conseguir nada…

Mientras ella sigue desesperada intentando salir, miro alrededor con extrañeza. Todo está como antes. No ha causado ningún destrozo. Al menos eso me lo ahorro.

—¿Qué pretende? —pregunto, y retrocedo unos pasos, porque está zarandeando la puerta con todo su peso.

—¡No se abre!

—Ya lo veo, pero…

—¡Todo es culpa suya! ¿Para qué instala aquí una puta puerta que no se puede abrir desde dentro? ¡Por su culpa vamos a morir aquí abajo!

Me contengo para no reír y prefiero esperar a que se agote del todo. Según su forma física, puede llevar un rato pero por cómo resopla, le quedan, como mucho, uno o dos minutos…

Capítulo 5



Charlotte

Mi jefe no solo es increíblemente maleducado y tacaño, no, ¡además es rematadamente imbécil y ni siquiera conoce sus propias puertas! ¡Ahora estoy atrapada aquí abajo con él en la bodega!

—¿Ha terminado ya? —me pregunta, irritado.

Jadeo y me separo de la puerta, porque ya me duelen las manos y me arde el pecho.

—Espero que tenga por aquí una palanca. O un plan B, porque *esta* no se abre. Lo he intentado todo. TODO. Planto las manos en las caderas y resuello, mientras él se limita a quedarse ahí y mirarme con lástima.

—Podría, para variar, hacer usted también algo. Vamos, sexo fuerte y todo eso… —señalo la puerta con ambas manos, como si la estuviera presentando.

—Antes de que haga nada, contésteme a mis preguntas: ¿quién es y qué hace en mi bodega? —cuando me suelta eso, me quedo literalmente con la boca abierta.

—¿Quién *soy*? —repito su pregunta, incrédula.

—Sí, ¿cómo se llama? ¿Es —me mira de arriba abajo y aventura—... una de mis secretarias o de contabilidad?

—Cuesta creerlo… —balbuceo y me echo a reír antes de contestarle —. Trabajo desde hace cuatro meses para su empresa y ¿no se acuerda de mí?

—Supongo que en la oficina no se comportas de forma tan llamativa.

Si ahora mismo le reviento la cabeza con una botella de vino, ¿cuenta como defensa propia?

Aprieto los labios un segundo y luego respondo: —Secretaría. Y estoy aquí abajo porque… eso no le incumbe.

—¿No? Qué raro. Juraría que esta es mi casa

¿Se está burlando de mí? ¿Por qué no está nervioso? ¿Sabe acaso otra manera de salir? Si no, no estaría tan tranquilo…

—¿Cómo se llama?

Para colmo. Pero supongo que de esta ya no me libro.

—Charly.

—¿Charly?

—Charlotte Branch —y, por supuesto, pronuncio ese nombre que tanto detesto como *Tscharlätt*.

Parece que lo piensa y luego asiente.

—Sí, creo recordar. Suele llevar el pelo suelto, ¿verdad?

—Sí —murmuro, y aclaro—, aunque prefiero coleta o moño, porque lo tengo muy largo —esta respuesta sí que parece pillarle por sorpresa.

—Mire, yo… yo solo quiero salir de aquí. Y como está tan tranquilo, supongo que conoce una vía de escape.

—¿Vía de escape? —sonríe y baja la vista hacia mis pies.

—¿Descalza? ¿Y diría que un poco achispada? —vuelve a mirar alrededor y da unos pasos.

—De otra manera no habría podido colarme por la casa, porque a algún memo se le ha ocurrido cerrar la puerta lateral.

Ups. Se me había olvidado. Cuando voy un poco contentilla, mi umbral de vergüenza baja tanto que sería un reto hasta para un

maestro del limbo con tablas.

—¿La puerta lateral? —parece tener un momento de lucidez, asiente y me explica—: El memo era yo. Cuando hice mi ronda hace un rato, me di cuenta de que no estaba cerrada —me fulmina con la mirada y llega hasta el sillón, donde encuentra la botella casi vacía y la agita ligeramente.

—¿Le ha gustado? —quiere saber, y se acerca con la botella. Solo espero que no me la estrelle en la cabeza.

—Un poquitín —balbuceo y me apoyo en la pared. Uy, pues el vino pega bien.

—Se acabas de beber más de 5.000 dólares en vino, así que *un poquitín* se queda un poquitín corto —su sonoro suspiro no me intimida, porque se me cruzan los cables sin filtros.

—¡Yo gano apenas 3.000 dólares al mes! ¿Tiene idea de lo caro que es vivir en Vancouver? Sólo los gastos fijos se me van a casi 2.000 dólares. Luego tengo que comer, comprar ropa decente y pagar mi coche. Gasolina. Seguros. ¿Cómo… cómo se supone que haga números? ¿Y me dice que este VINO cuesta más que mi sueldo mensual?

Se calla, lo que me saca aún más de quicio.

—Tiene una maldita cascada en el vestíbulo y una chimenea colgando del techo. El suelo de la planta baja es de mármol y hay muebles finísimos en cada estancia… y el coche del garaje cuesta más de lo que yo ganaría en toda mi vida —me echo a reír—. Es que es ridículo. Porque por mucho que me esforzara, jamás, JAMÁS en la vida podría permitirme ni un solo día en esta casa, si se pudiera alquilar. No —le planto el dedo índice delante y chasqueo la lengua

—. No, no, no. Porque da igual. Porque me importa un bledo que sea buena persona. Educada y amable. Que nunca me salte un semáforo en rojo, ni andando ni conduciendo. Que recicle. Que me preocupe por el medioambiente. Al final no me sirve de nada. Da exactamente igual… todo da igual —deslizándome por la pared, acabo sentada de culo en el suelo, riéndome.

Mierda de la buena, creo que me he pasado un poco… uy, cómo sube. ¿Desde cuándo el vino me sube así a la cabeza?

—Vale, ya está bien. Voy a abrir la puerta y subimos. Allí se sienta y veo cómo la llevo a su casa. Si hace falta, conduzco yo mismo hasta su piso.

—No tengo piso propio, aún vivo con mis padres porque es demasiado tacaño para pagarme más —le suelto, hecha una fiera.

—Mh… —gruñe, malhumorado, y agarra el picaporte.

—Uh, ahora el gran JEFAZO lo va a intentar. *Mágico*. A ver si el hombre listo y rico consigue abrir la puerta… —me burlo de él, pero la risa se me atraganta en seco cuando empuja la manilla HACIA ARRIBA y se oye un clic suave. Y entonces se abre…

Me quedo con la boca abierta, mientras abre de par en par y, de hecho, me tiende la botella.

—Quedan unos tragos. Le van a hacer falta ahora que se muere de vergüenza, ¿verdad?

—Le voy a meter la botella donde no llega el sol… —le susurro, furiosa. No me da para más el valor, ni las fuerzas ni las ganas ahora mismo.

¿Hacia arriba? ¿Quién demonios pone un picaporte así? ¡Desde fuera solo se abría empujándola hacia abajo!

—Tiene una historia graciosa, pero no se la voy a contar —luego me hace un gesto para que me acerque, pero no estoy con ánimos como para levantarme del suelo, aunque me alegra no tener que morir aquí en la bodega.

—Por favor, levántese. No puede quedarse aquí, Charlotte…

¿Me acaba de llamar por mi nombre de pila? Suspiro y me recuesto en la pared.

—¿Por qué sigue siquiera aquí? —le pregunto y dejo que mi mirada recorra la bodega iluminada. Qué bonita es cuando no solo hay unos leds sueltos encendidos.

—Bueno, es mi casa —dice, frío.

—Yo no llamaría a esto una casa. Esto es más bien un palacete de oligarca. O un hotel para superricos que no saben qué hacer con tanta pasta. Pero, ¿una casa? —me río—. No. Una casa tiene una puerta principal, un recibidor, una cocina, un salón y un baño. En la primera planta, dos dormitorios y otro baño. A lo mejor hay un trastero y, con suerte, un sótano cutre y un desván polvoriento —por supuesto, no comenta nada.

—¿Cómo se puede vivir tan desconectado de la realidad…?

Me enfurece lo distintos que son nuestras vidas. Y no quiero enfadarme por eso, porque adoro a mi familia y me alegra ser hija de mis padres. *Pero cuando veo esto…*

Y sentir por un segundo el deseo de que todo esto también pudiera ser mío, si hubiera nacido en otra familia, me enrabieta. Conmigo misma.

No quiero pensar así…

—Debería dar gracias de que no te eche. Si no estuviera bebida y no se estuviera formando una tormenta, ya habría llamado a la policía. Su suerte… —vuelve a hacerme un gesto para que me acerque, pero yo sigo, tozuda, sentada en el suelo.

—No he entrado forzando nada. Solo me perdí y USTED me encerró aquí abajo. A eso se le llama detención ilegal —alzo las cejas, admonitoria, al mirarle.

—También podría enterrar su cadáver, bien profundo en el bosque, donde nadie encontraría nunca sus huesos. A eso se le llama asesinato —replica sin pestañear.

Vale…

Suspiro, frustrada, y me quejo.

—Yo solo quería pasar una o dos semanas de vacaciones aquí.

—¿Perdón?

—Me ha estropeado las vacaciones —me lamento, ofendida y furiosa a la vez.

—¿Perdón? —suena de nuevo inquisitivo, pero desde luego no disculpándose. Ya, claro, seguramente cree que ha oído mal. Hasta con el pedo lo pillo.

—Le contó a todos en la oficina que se iba a Nueva York por Navidad y que el año que viene vendría una empresa de limpieza a adecentar la casa. Así que pensé: me instalo aquí. Disfruto del lujo y me esfumo, sin hacer ruido, la mañana de Año Nuevo…

Eso sí le sorprende, al menos si tengo que adivinar por su mirada qué significa.

—¿Ese era su plan? —pregunta, asombrado.

—Y era brillante… hasta que no pude abrir esta maldita puerta y pensé que me moría —le miro con rencor y fulmino el picaporte.

Él sigue mi mirada un instante y respira hondo, soltando el aire despacio.

—Vale, sea como sea. Venga ya, por favor… —hasta me tiende la mano, que al principio no quiero aceptar. Pero sería lo sensato, así que la cojo y dejo que me ponga en pie.

—Uoah… —el suelo se bambolea. Igual no de verdad, pero así se siente. De pronto me balanceo contra él y ¡se atreve a apretarme contra su cuerpo!

—Uoah, uoah, uoah, ¡amigo! ¡Nada de tocamientos! —protesto, y doy tumbos hacia atrás. Me sujeta y me vuelve a agarrar. Ay, ay, ay, qué mareo.

—Tenía que haber comido algo, pero estaba tan nerviosa. Ese mini-bichito de mar no me ha llenado el estómago. Ahora mismo está nadando con el vino, *hip*.

—¿Casi un litro de vino con el estómago vacío? —me pregunta, horrorizado.

—Me comí una de esas cosas de cóctel con cangrejo. De las grandes.

—¿Una gamba?

—Eso. Estaba riquísima. ¿Le quedan más?

—Sí, arriba, en la cocina —vuelve a soltar un suspiro.

—Vale, me iré solo si me da más y luego ya me lleva a casa.

—Como quiera…

—O… —alzo la mano y le planto el índice, justo antes de tener la que quizá sea la mejor idea de mi vida— se va a casa y hace como si

no me hubiera visto. Y en enero ya me puede despedir.

—Charlotte, ha bebido demasiado vino, sus decisiones no son racionales.

—¡Jolines, solo quiero las vacaciones que me corresponden! —suelto un taco y doy un puñetazo al aire. En realidad quería darle a él, pero ha esquivado a la velocidad del rayo.

—¿Qué se supone que iba a ser eso?

¿Se está riendo? Mierda. Todo sigue dando vueltas…

—¡Quédese quieto cuando intento pegarle! —me quejo y tropiezo con el marco de la puerta. Ay, mierda. Me temo que de verdad he bebido demasiado.

—Pensé que iba a morir aquí abajo, por eso bebí tanto vino… —uy, y ahora el suelo vuelve a moverse, mientras mi jefe me pone la mano en la espalda.

—Será la tormenta —murmura cuando me giro hacia él. Su mirada preocupada me da un poco de miedo, porque si este fuerte temblor no viene de mi borrachera, sería muy mala señal.

—¿Puede romperse la montaña? —farfullo.

—No. Y la casa está construida de forma sólida. No se preocupes por ello…

El temblor va a más, así que me agarro a él con uñas y dientes. ¡Maldita sea! ¿Qué está pasando? Se oye un trueno profundo, como de tormenta fuerte, mientras paredes y suelo vibran tanto que apenas puedo mantenerme en pie.

—Vale, tranquilidad, la tormenta pasará rápido. Aquí estamos seguros —se arrodilla conmigo en el suelo, porque ya no puedo sostenerme de pie.

—¿Seguro? ¡Es muy fuerte! —en la costa oeste de Canadá hay terremotos de vez en cuando, pero uno tan intenso no lo he vivido nunca. Y ese retumbar grave me mete un miedo atroz en el cuerpo.

—Sí, no nos pasará nada —me consuela y me atrae otra vez a sus brazos. Esta vez lo permito, agradecida por su presencia. Si estuviera sola ahora mismo en la bodega, probablemente me volvería loca.

Pasan muchos segundos, quizá incluso minutos. En momentos así, cada instante se siente eterno. Pero luego el trueno constante se atenúa y también las vibraciones se desvanecen.

Todavía tengo el pulso acelerado, mientras mi jefe me aprieta contra sí, como si quisiera protegerme…

Solo ahora noto su olor agradable, una mezcla de aftershave, su perfume y un toque propio. Su cuerpo está caliente, casi ardiente, y la fuerza de sus manos, que me sujetan con firmeza, me impresiona. Irradia una fortaleza que a la vez es suave. Y, siendo sincera, me gustaría quedarme aquí, con él. En sus brazos. Aquí me siento segura y a salvo.

—Parece que ha pasado —mi jefe suena aliviado y consigue recordarme que ahora no debo dormirme.

—Sí —susurro, exhausta. Me retumba la cabeza y sigo mareada pero se me ha pasado la rabia con él. Algo es algo.

—Si estamos en el ojo de la tormenta, en nada volverá. No voy a poder llevarla a casa por ahora…

¿Suena decepcionado?

—¡Bueno, al menos me pillo unas mini vacaciones! —exclamo, entusiasmada, y me aparto un poco. Tengo las mejillas ardiendo,

seguramente por el alcohol.

—Sabe que ha accedido indebidamente a la propiedad y que podría denunciarle, ¿no?

¿Por qué esa cara de sorpresa?

—No me apetece discutir ahora mismo. Preferiría ir a la piscina… —le dedico una sonrisa descarada, mientras él respira hondo y se pone en pie. Me arrastra con él, pero me cuesta horrores mantenerme en equilibrio.

—¿Y por qué supone que tengo piscina? —pregunta.

—Cuando estaba atrás, en el pasillo, olía a cloro. Leve, pero sí, estoy segura. Además: quien tiene una cascada en la entrada, seguro que también tiene piscina, sauna y otras salas de lujo. ¿A que sí?

—En efecto. Pero eso no significa que usted…

—¡Quiero ir a nadar! Y como me lo prohíba… —el suelo se bambolea y yo doy un traspié. Vuelve a sujetarme, pero me arrastra hacia el pasillo y la escalera.

—Por mí, si mañana por la mañana está sobria, la dejo ir a nadar, pero después la llevo de vuelta a casa. Y luego nos olvidamos de todo esto, ¿de acuerdo? Debería beber más a menudo. Si pidiera un aumento con esta energía, ¿a lo mejor también me lo daban?

—¡Quiero más dinero! —suelto con voz firme y convencida, clavándole la mirada. Él, en cambio, solo alza las cejas, inquisitivo.

—Todos queremos más dinero. Mi compañera ni siquiera puede permitirse un piso propio. Y hay que amueblarlo. Y come mucho… eso también cuesta. Usted tiene de sobra… puede repartir un poco —añado.

—De eso mejor hablamos cuando esté sobria, Charly… —no solo me llama por mi nombre, ¿ahora también por mi apodo?

—Solo mis amigos pueden llamarme así —le reprendo, mientras intenta guiarme escaleras arriba.

—Y no estoy lo bastante borracha para que NOSOTROS dos seamos amigos.

Al ver el montón de escalones por delante, añado:

—Y por desgracia estoy DEMASIADO borracha para subirlos.

—Mh, pues a mis amigos los llevaría en brazos. Una pena que no lo seamos —dice, conciliador.

—Vale —cedo, porque de verdad quiero sentarme y comer algo—. Puede llevarme arriba en brazos, pero cuando lleguemos me suelta.

—Eso pensaba hacer —dice, y de pronto me alza como si no pesara más que un kilo de azúcar. ¡Uy! Le rodeo con los brazos por los hombros y me pego a él. Qué rápido…

—Gabriel Wings. Sus padres tenían sentido del humor —digo, con risilla, y él no comenta nada.

—¿Cómo se llaman sus padres? —pregunto.

—Michael y Maria —me responde, y me da la risa.

—¿De verdad? —pregunto, emocionada.

—Sí…

—Entonces estoy en buenas manos —mh. Es tan achuchable. Fantástico. Cierro un momento los ojos y me acurruco en su pecho de acero, que no me esperaba bajo el traje a medida. También su cuello parece entrenado.

—¿Me está masajeando? —pregunta, divertido.

—Está muy musculoso —le contesto, asombrada.

—¿Gracias? —no sabe si tomarlo como un cumplido.
—Si está día y noche en la oficina, ¿cuándo hace deporte? —quiero saber.
—Antes de trabajar y después.
Lógico.
—¿Sin amigos?
—Prefiero ocuparme de la empresa y de mi cuerpo —respuesta interesante e inesperada.
—Entiendo. Yo tengo muchos amigos. Salimos mucho de fiesta o quedamos para cocinar o vamos al cine —le explico.
—Ajá.
Muy hablador, el caballero.
Cuando llegamos arriba, quiere bajarme al suelo, pero parece de gelatina. Necesito comer urgentemente.
—¿Y bien? ¿Qué tal la tormenta? —pregunto, con los brazos aún en torno a sus hombros.
—A través de las paredes no puedo ver, por desgracia —responde, seco. Pero me sostiene al caminar, así que mejor no me pongo impertinente.
Llegamos a la puerta, que abre, y salimos al gran vestíbulo.
—Aquí parece todo como siempre —murmura, echando un vistazo, y yo asiento.
—Sí, la cascada sigue fluyendo, así que la casa no ha sufrido daños. Eso que te ahorras en reparaciones innecesarias sería un pedazo de bonus navideño para todos tus empleados entregados, ¿mh? —me entra la risilla, pero él no dice ni mu, solo:
—Mh, qué raro…

Se detiene y mira alrededor, evaluándolo todo, después sigue y prácticamente me arrastra. Acelera un poco y casi no puedo seguirle el ritmo.

—Eh. Gigante de dos metros. Despacio. Tengo pies pequeños y piernas cortas —protesto, pero parece no escucharme del todo. Entonces se detiene. Su mirada salta a todos lados, como si viera algo en los ventanales que yo no veo.

También alza la vista hacia la enorme cúpula.

—Eso no está bien.

¿Qué no está bien?

Sigo su mirada y miro hacia arriba. Hay un techo. La cúpula de cristal. Muchas luces led.

—Un momento… —sin avisar, vuelve a cogerme en brazos y me lleva por el vestíbulo hasta quedar pegados a los ventanales. Nos reflejamos en ellos: qué pareja tan bonita haríamos…

¡Un momento! ¿Pero qué estoy pensando?

Justo delante del ventanal hay varios asientos: un sofá, unos taburetes y sillones. En uno de ellos me deja. Me hundo de inmediato en el cuero blando y suelto un suspiro de gusto, mientras mi jefe saca el smartphone a toda prisa.

—¿Se ha roto algo? —quiero saber y estiro las piernas. Ah, cierto. Estoy descalza. Muevo los dedos de los pies y vuelvo a mirarle.

—No hay cobertura. Ni una sola rayita. Esto es aún peor…

—Dijo que no tenía que irme de aquí hasta mañana por la mañana. ¿Dónde está el problema?

Me hace ruido el estómago. Debería ir hacia la cocina.

—¿No lo ve? —me pregunta, desconcertado, y apoya la mano en el cristal.

Le parpadeo de vuelta y luego miro a la ventana.

—Está oscuro fuera… —entrecierro incluso los ojos porque veo un poco borroso.

—Ni una sola estrella. Ni luna. Nada.

—Será por el alcohol, pero, ¿cuál es el problema? Con la tormenta seguro que hay un montón de nubes en el cielo. No me habría imaginado que llevase un romántico dentro…

—No son las nubes las que nos quitan la vista, ¡es la nieve! —dice ahora alzando la voz y respira hondo.

—¿Nieve?

—Sí. También está sobre el tejado. La cúpula tiene cuatro metros de alto y hasta la punta está cubierta de nieve.

Va hasta la puerta, también a las otras estancias. Le sigo con la mirada y no termino de entender adónde quiere ir a parar. Pues hay nieve, ¿y qué? Estamos en Canadá. Aquí nieva, sin más.

Cuando vuelve, niega con la cabeza y mira el móvil con nerviosismo, empiezo a caer en la cuenta:

—¿Estamos sepultados por la nieve?

—No ha sido un terremoto. Ni la tormenta. Ese bramido profundo y la vibración de antes, ha sido una avalancha. Parece preocupado. *¡Ja! Yo pongo la misma cara cuando miro mi extracto bancario.*

—Menos mal que estamos en una casita de lujo —digo y suelto una risita, porque aquí no nos falta de nada—. Vaya sacando ya la pala. Sea un hombre, que usted puede. Cave el camino y mañana o pasado nos vamos a casa…

—Parece que no comprende nuestra situación catastrófica, Charly…
Ya vuelve a llamarme así. Frunzo la nariz.
—Por supuesto, la casa está construida para que la nieve que cae se deslice por los laterales. Nunca había pasado que hubiese tanta nieve en el tejado, hasta el punto de que ni por la cúpula se pueda ver el cielo.
Arrugo la frente y musito
—Seguro que es por el vino…
¿De qué está hablando?
—Sí, ya me lo imaginaba —respira hondo y me tiende la mano—. No podemos cambiar la situación actual. Así que ahora la llevo a la cocina. Coma algo y luego pensamos cómo salir de aquí.
—Eh… —le agarro la mano y dejo que me ponga de pie otra vez, pero me temo que hay cosas que no acabo de entender. Por eso pregunto—: ¿Por la puerta, quizá? O él es muy tonto o yo estoy demasiado borracha.
—Probablemente hay más de ocho metros de nieve encima y delante de la puerta…
Mi cabeza empieza a echar humo. Ocho metros. O-cho… me-tros…
Alzo la vista hacia el techo, observo la cúpula e intento imaginarme la imagen desde fuera.
—¡Mi coche! —le miro con pánico, con los ojos como platos, y señalo hacia el lateral de la casa—. Lo aparqué en el bosque y lo tapé con algo de nieve. ¿Está también sepultado por la avalancha?
—Probablemente sí, si toda la finca está cubierta de nieve.
—¡Entonces estará hecho papilla! Y encima ni siquiera está pagado. ¡Mierda!

—Sí, puede darlo por hecho, pero, eh… ¿por qué aparcó su coche en el bosque?

—Para que nadie lo viera, claro…

—¿No vino también en autobús, como la mayoría de los empleados? —quiere saber.

—Sí, pero ayer subí en coche, dejé mi equipaje y luego me bajé al valle con los esquís. Y después me fui a casa en autobús…

—¿Por qué?

—¿Es que no me escucha? ¡Quería pasar aquí MIS VACACIONES!

—Explíquemelo mañana con calma, cuando vuelva a pensar con claridad —suelta un suspiro de fastidio y me pasa el brazo por la cintura.

—¡Eh! ¡Oiga! —quiero apartarle cuando me pega así a él, pero mejor no lo hago, porque me voy hacia delante tambaleándome y vuelve a sujetarme.

—Sólo porque aquí estamos *avalancheados*… —¿Existe esa palabra? Lo pienso un segundo y digo—: O sea, que estemos aquí por la avalancha… eh, vamos, que toquetear no. Sobre todo con ESE sueldo, ¡señorito!

—No la estoy magreando, solo me aseguro de que no se caiga al suelo. Si ahora se rompe algo, no podemos llamar a emergencias.

Razón no le falta.

—Vale, se permite meter mano. Pero no en mis braguitas. Solo por arriba, ¿capiscó? —no puedo evitar reír y digo—: Vamos, a estas alturas ya debería soltar más pasta, ¿eh? —No puedo dejar de reír, ni siquiera cuando vuelve a cogerme en brazos y me lleva por el pasillo.

—No tengo intención de tocarla indebidamente, Charly —dice, y esboza una sonrisilla.

—¿Está casado? —pregunto y palpo su mano, la que ha puesto bajo mis corvas. No hay anillo.

—No.

—¿Novia?

—No.

—¿Novio?

—Tampoco.

—Hubo un rumor de que usted y Theodore…

—No.

—¿Y las prostitutas?

—Por supuesto que no.

—¿Qué nos queda…? —me pregunto a mí misma y doy con la solución—. ¡Ajá! O sea que se tira a mis compañeras, ¿a que sí?

—No.

—¿Me acerco?

—No vas a volver a probar el vino, eso seguro.

—¿Sí o no?

—No a tu pregunta y no al vino.

—¿Nada de sexo para el jefe? —le pongo la mano en la mejilla, gesto que él acepta con sorpresa y en silencio.

—Pobre, pobre Gabriel. No tener sexo debe de ser horrible. Lo sé. Yo tampoco tengo. Estar todo el rato con una misma es taaan asqueroso. Ya sé lo que hace mi mano. No hay nada de sorpresa…

Me echo a reír, mientras él no dice ni palabra y me lleva hasta la cocina.

—Dicen que tienes unos ojos increíblemente bonitos. Todas mis compañeras babean con ellos. Tan fríos, helados, de un azul glaciar… —le miro parpadeando, sorprendida, cuando por fin contemplo esos ojos de leyenda y susurro—: Guau, son de verdad preciosos.

—Mh. Gracias —murmura, algo cortado, hasta que retiro la mano de su mejilla y noto cómo me vuelve a subir el calor. Normalmente aguanto mucho mejor el alcohol…

—¿Puedo sentarla en el taburete de la barra sin que se caigas? —pregunta luego y, con el pie, arrima uno de los asientos. Está justo delante de la isla enorme de la cocina.

—Creo que sí —digo, y me agarro a la encimera hasta que mi trasero queda bien asentado en el asiento redondo y mullido.

—¿Qué le apetece? —pregunta y abre el frigorífico enorme.

—¡Buah! —salto del taburete al momento, voy agarrándome a la encimera y me acerco al frigo gigantesco, abierto y lleno de delicias —. Una de todo, por favor.

Saca unos cuantos aperitivos, los pone sobre la isla y a la vez mantiene siempre una mano cerca de mi cuerpo. ¿Por si me tiene que sujetar si vuelvo a tambalearme?

—¿Puedo llamarle Gabriel? —pregunto y explico—. Quiero decir, ya que estamos atrapados aquí y hemos estado toqueteándonos…

—No ha habido ningún toqueteo —me corrige, aunque luego me concede—, pero Gabriel está bien, dadas las circunstancias.

—Vale. Guay.

Me encamino dando tumbos hacia mis canapés de gambas, los trozos de tartas y pasteles, el pudin y los sándwiches. Mientras me

encaramo a otro taburete, él me observa y también se toma unos bocados.

—¿Por qué no has comido nada del buffet esta noche? *Anda, me tutea, ya vamos ganando confianza. Entendido.* Aun así, no le voy a dejar que me meta mano…

—Porque me dolía la tripa. Y antes de que preguntes: porque estaba nerviosa.

—¿Por el plan de quedarte aquí? —coge un bagel con algo y le da un mordisco, mientras yo voy zampándome el mini-bufé que han organizado para mí.

—Claro, no quería que me pillaran, por eso me escondí en el sótano.

—El plan no habría funcionado.

—¿Por qué no?

En realidad no he hecho nada mal, salvo encerrarme sin querer.

—Porque yo también quería quedarme. Hasta Año Nuevo.

—¡OH! —Vaya. Habría sido divertido. Me echo a reír y digo—: Habría tenido cuidado de que no nos cruzáramos…

—Como muy tarde, cuando alguien me hubiese vaciado la nevera, me habría dado cuenta.

—Cierto… no podemos salir de aquí. O sea, ¿estas son nuestras únicas provisiones? ¿Sándwiches, gambas y tartas? Mis caderas me lo van a agradecer.

—No exactamente, también está la despensa a la que se puede entrar.

—¿Perdona-cómo-has-dicho-qué? —balbuceo.

—Hice que la abastecieran. Al fin y al cabo, mi plan era pasar aquí dos o tres semanas y, en el futuro, los fines de semana en esta casa.

Me quedo mirándole, incrédula.
—¿Dónde está eso?
Señala la puerta enorme, plateada, junto al frigorífico enorme.
—Aunque te recomendaría que no entraras, porque esa también sólo se puede abrir desde dentro, levantando la manilla HACIA ARRIBA.
—¿Quién tiene ideas tan absurdas?
—Fue idea mía…
—Mh. Pues te debería hacer pensar —digo, levantándome otra vez. En seguida está a mi lado y estira un brazo.
—Ya estoy mejor —digo. A fin de cuentas he podido comer varias gambas, un sándwich y media porción de tarta. Abro la puerta grande, plateada, y me quedo boquiabierta al ver que detrás hay un cuartito del que sale un aire helado. ¡Brrr!
Las estanterías de acero están llenas de carne y pescado, además de varios recipientes y rótulos como:
"Ajo liofilizado". "Crema de champiñones". "Crema de brócoli". "Más tarta…". Desde la entrada no alcanzo a leer más. Descalza no me atrevo a entrar, así que vuelvo a cerrar la puerta, me estremezco y regreso a mi sitio.
Gabriel me observa con escepticismo y sigue comiendo en silencio.
—De hambre no vamos a morir, con la nevera llena y una despensa a la que se puede entrar —murmuro y le observo con curiosidad, porque hay algo que no me explico—. ¿Por qué querías pasar aquí dos semanas a solas? ¿Es que los rumores son de verdad?
—Te hago una contra-pregunta: tú también querías estar aquí sola.
Buen contraataque.

—Yo vivo bajo el mismo techo que mi familia, pero tú tienes tu ático en el edificio de la empresa. Toda una planta, toda para ti…

Ya no nos estamos gritando, sino charlando como dos personas normales. Inesperado, pero bastante agradable.

Gabriel se aparta de mí y saca dos refrescos de la nevera. Botellas de cristal, limonada con gas y mucho azúcar.

—Cierto, vivo solo allí. —Abre ambas, me desliza la mía por la encimera y luego brinda conmigo—. Por unos días tranquilos a dos, hasta que nos saquen de aquí.

Las botellas chocan y sale un poco de espuma. Mientras él bebe, yo no puedo apartar la vista de él.

—Empiezo a entender por qué tantas de mis compañeras quieren follar contigo —murmuro.

—¿Cómo? —me pregunta, sorprendido.

—¿Mh?

¿Qué pasa?

—Un vocabulario duro y un tema incómodo.

—Espera, ¿lo he dicho en voz alta?

—Sí.

—Joder, ¡será mejor que me meta algo en la boca! —riendo, me llevo el gollete a la boca y vuelvo a reír—. ¡O sea, no es que me imagine que esto sea tu polla!

No puedo más. Dios, qué graciosa soy cuando he bebido un poco.

Gabriel carraspea, visiblemente incómodo, y dice: —Nunca he tenido nada con una subordinada y eso no va a cambiar. Los rumores que afirman lo contrario no son más que pura patraña.

—¿Por qué no? —pregunto, relamiendo la boquilla de la botella mientras le observo.

—Porque sería poco profesional.

—Pero podría ser tu pequeño y cochino secreto… —suelto un suspiro —. Me gusta la idea. Sexo con el jefe. O sea, no contigo, sino lo prohibido. Súper morbo… —murmuro.

Gabriel vuelve a carraspear:

—Eso tampoco querías decirlo en voz alta, ¿verdad? —¿Otra vez? Me echo a reír y me tapo la cara con una mano. Ups.

—Ay, mierda, ¡es el vino! —digo entre risitas.

—Come un poco más y luego te llevo a una de las habitaciones de invitados para que duermas algo. —Me acerca el plato con sándwiches y bagels, cubierto con un film fino de plástico. Yo, encantada, le meto mano.

—Estos tenemos que comérnoslos todos como muy tarde mañana, por el pan. Si no, se queda mazacote. A saber cuánto tiempo estaremos aquí.

Le hincó el diente y empiezo a engullir. Cada vez tengo más hambre y mi estómago se alegra.

—Probablemente solo un par de días. Si Theodore no puede localizarme… —pero entonces corta la frase—. No, ya le dije que solo me llamara en caso de emergencia y que, si apago el móvil, es que quiero estar tranquilo.

—Y mis padres piensan que estoy de road trip. Saben lo mal que va por ahí la cobertura. Además, les he dicho que apagaría el móvil porque quería concentrarme por completo en la naturaleza. Nada de redes sociales, ni llamadas. Nada. Así que tampoco me van a buscar.

Lo cual significa: no nos busca nadie.

De puta madre.

Atrapada por la nieve con mi jefe.

Y probablemente no solo un par de noches…

Capítulo 6



Gabriel

A reventar . Sí, eso lo define mejor que nada.

—El dos de enero viene la cuadrilla de limpieza. Cada año limpian la casa de arriba abajo. Seguramente en cuanto vean que la casa está sepultada bajo la nieve, llamarán a alguien. Entonces vendrán a sacarnos de aquí.

Que estoy irritado se me tiene que notar, y me da igual, porque dudo mucho que Charlotte se entere de nada, con lo borracha que está. Le sonríe al bagel y luego le hinca el diente, pone los ojos en blanco y suelta un gemido. ¿Sabrá siquiera ante quién está sentada?

—Mh, oh, esto está bueno… —suspira a gusto, lo que me pone un pelín nervioso.

Me permito echarle una ojeada, ya que está completamente concentrada en la comida que le he escogido. Es algo más baja que la media, curvilínea, con pechos generosos y caderas invitadoras. Las uñas de los pies pintadas de blanco, a juego con las de las manos, cortas y también blancas. Las pecas del rostro apenas cubiertas por un velo de maquillaje, que le da un aire travieso. Bueno, cuadra bastante con su carácter explosivo.

¿Seguirá igual de furiosa y ruidosa cuando no ha bebido? En la oficina no me había llamado la atención. Hay demasiadas mujeres por allí, y otra rubia se diluye entre todas las demás.

Así que lleva cuatro meses trabajando para mí…

Cuatro meses empleada en mi empresa, y en ese tiempo ha acumulado un odio tan fuerte que me suelta sin reparos, a la cara y con toda sinceridad, lo que piensa de mí. ¿Será por el vino o porque su mecha, a todas luces demasiado corta, le ha jugado una mala pasada? ¿Quizás por el pánico de no salir del sótano?

Tarde o temprano habría visto que allí abajo hay un aseo y un rincón de picoteo. De hambre no habría muerto. De sed, tampoco.

Seguramente Charlotte me habría denunciado si las de la limpieza no la hubieran encontrado hasta principios de enero. Vaya papelón habría sido. Ya veo los titulares, que por suerte no se van a dar: *¡Empresario mantiene cautiva durante dos semanas a una joven indefensa en su mansión de la montaña!*

Podría dar todas las entrevistas del mundo o jurar por lo más sagrado que se coló en el sótano, que siempre quedaría una sombra de duda. Y esos rumores se propagan más deprisa de lo que a uno le gustaría.

De: "*Durante la fiesta de Navidad se escondió en mi sótano porque, cuando todos nos fuimos, quería pasar allí unas vacaciones a escondidas"* pasaría a ser: *"Seguro que le echó drogas para dejarla K. O., y la violó durante semanas".*

No. Gracias.

No lo necesito. Precisamente por esas razones me mantengo alejado de las empleadas de la empresa. También por eso he contratado a un asistente personal hombre. Quiero centrarme en mi trabajo y no puedo permitirme errores. Al fin y al cabo, de mis decisiones dependen miles de empleos. En todo el mundo.

—Mh, está tan rico, mh… ¡mh! —suspira de placer, sacándome de mis pensamientos. Me encantaría carraspear con descaro para que se contenga, pero en su lugar me concedo una segunda mirada. Puede morder trozos bien grandes…

Entorno los ojos y trago saliva. Hace ya un tiempo que no me divierto con un par de mujeres. Antes de Navidad siempre hay demasiado trabajo y el riesgo de topar con una *cazafortunas* que agujeree el preservativo también es demasiado alto.

Y voy y me quedo encerrado precisamente con una que me odia.

No puedo evitar esbozar una sonrisa.

—¿Qué? —pregunta, sorprendida, con los carrillos hinchados como un hámster. Seguramente cree que me burlo de cómo come, lo cual no sería del todo desacertado.

—Parece que le está gustando —la distraigo y me sirvo algo más de picoteo: gambas rebozadas, palitos de surimi, pastas y trocitos de empanada.

—¡Mmh-mh! —asiente Charlotte mientras mastica.

—Para mí esto es como el paraíso. Comida rica, el lujo y… bueno —frunce la nariz y suelta—, si tú no estuvieras, sería perfecto.

¿Qué se supone que debo contestar a eso, salvo con suficiente sarcasmo?

—A mí me pasa igual. Estás perturbando mi paz —le digo seco y sin emoción alguna, pero ella se echa a reír otra vez.

—Lo mejor es que nos repartamos. Yo me quedo en la cocina. Y la piscina es mía. Tú puedes quedarte… ¡en el sótano de vinos! —cacarea divertida.

—¿Porque sé abrir una puerta? —alzo las cejas, interrogante, y bebo otro trago de la botella, mientras ella enmudece y me mira incrédula.

—Sí, lo he dicho de verdad —comento, y me voy hacia el fregadero con la botella vacía para enjuagarla y devolverla a la caja que está en el almacén de bebidas.

—¿Otro cuarto? —balbucea, horrorizada, cuando regreso.

—Solo guardo allí agua, zumos, refrescos y algún que otro snack.

—¿Snacks? —alza las cejas, curiosa.

—Chocolate, patatas fritas, frutos secos… —enumero, lo que la induce a pegar un brinco, dar traspiés y tropezar contra la pared.

Pero en vez de quejarse, exclama emocionada: —¡Quiero patatas! —alza un brazo al aire y vuelve a reír.

—De eso nada. Ahora te vas a la cama.

Será mejor que esconda la llave del sótano, por si nos toca pasar aquí los próximos días, para que no vuelva a entrar.

Me acerco y la alzo de nuevo en brazos. En seguida me echa los suyos al cuello y se acurruca, somnolienta, contra mí.

—Pero no quiero irme a la cama aún, quiero seguir celebrando un poco… —dice entre risas y me olfatea el cuello.

—Hueles tan bien —probablemente a patatas, para ella, si no supiera que no huelo así.

La ignoro y me encamino hacia la escalera.

—Arriba están las habitaciones de invitados. Cuando hayas dormido un poco y te encuentres mejor, puedes volver a bajar —le ofrezco.

—El jefe lleva a su secretaria a la habitación de invitados. Uh… ¿cómo terminará esto?

Es tan boba. Aunque en su mayor parte me saca de quicio, de algún modo también es condenadamente mona.

Carraspeo de nuevo y subo los peldaños. Cuando llegamos arriba, parece que se ha quedado dormida.

Respiro aliviado cuando por fin se calla y, de paso, tengo una vista endiabladamente buena de su escote. *Invitador*…

Vuelvo en mí y abro la puerta con el codo y el pie, para poder acceder al pasillo de la planta superior.

—Y él la lleva a la oscuridad…

Vale. Está despierta. Acciono el interruptor de la luz con el brazo y sigo adelante. Mejor elijo la primera habitación, por si acaso necesito oírla cuando despierte o si vuelve a ser incapaz de abrir una puerta…

En realidad, esta historia sería perfecta para un *"Así conocí a vuestra madre"*. Pero hace mucho que cancelé de ese escenario.

Basta de ensoñaciones: la cama está justo delante de mí.

Con cuidado, me arrodillo sobre el colchón y voy a dejarla, pero en cuanto su trasero toca la cama, ¡me arrastra con ella!

Sobresaltado, me sostengo con una mano sobre el edredón. La otra sigue ceñida a su espalda.

Sus manos me toman las mejillas y sus labios rozan los míos: *eso* no ha sido un accidente.

—Mh… —ronronea excitada y se aferra a mi traje con una mano, mientras la otra se posa en mi nuca. Sus labios se amoldan a los míos: empieza un beso ávido, que debería romper. Debería. Pero, *maldita sea, cómo me está gustando esto.*

Me atrae por completo sobre su cuerpo, de modo que me cuesta mantener la distancia. Está borracha y no voy a aprovecharme de

esto ni por asomo, por muy fantástica que me resulte ahora mismo esta cercanía. *Charlotte no sabe lo que está haciendo…*

Aun así, la dejo hacer y me aparto con suavidad. Sus manos, débiles, me acarician la nuca, luego sus yemas exploran mis mejillas, me pasa la mano por el pelo y susurra:

—¿Por qué dudas?

—Ahora sí que deberías dormir un poco —digo y me separo un poco más, pero de pronto me sujeta la corbata con fuerza y me tira de nuevo hacia ella. Esta vez, sin embargo, hundo las manos en el colchón y evito otro beso, por mucho que me cueste.

Me encantaría follármela aquí y ahora sobre las sábanas y darle justo aquello que está pidiendo con tanta ansia.

—La situación es perfecta… —musita, parpadeando soñolienta en mi dirección.

—No, en absoluto, Charly —le contesto, y noto cómo afloja otra vez. Parpadea despacio y, por suerte, se le cierran los ojos.

Respiro hondo y toco su mano, que aparto ahora de mi corbata.

Por poco. Tiene bastante fuerza para ser una mujer tan pequeña…

Observo a Charlotte un momento y me alegro de que por fin se haya quedado profundamente dormida.

Con cuidado, tanteo la cremallera de su espalda: por suerte, tengo la mano justo en el sitio. La bajo un poco para que pueda respirar mejor. Luego voy retirando mi mano centímetro a centímetro de debajo de su cuerpo y agarro la manta, que le extiendo por encima en silencio. Ni demasiado rápido ni con prisas.

No se mueve y tampoco se despierta.

Bien. Por último, me bajo de la cama y doy unos pasos hacia atrás.

Ahí me ha *tentado* el diablo, con la forma de una rubia atractiva. Inspiro hondo y me paso la mano por la cara.

Ya está bien. Aún queda mucho por hacer.

Capítulo 7



Charlotte

Cálido y mullido…

Tan acogedor y cómodo. ¿Hay algo mejor que dormir desnuda? Sentir cómo la manta suave se ciñe al cuerpo. Me tapa el pecho, las caderas… pero no los pies. Odio que los pies queden por dentro. A no ser que tenga frío. Entonces me planto unos calcetines y me pongo otra manta hasta que se me calientan, solo para volver a dejarlos asomar después.

Suspiro de puro gusto y parpadeo. Me estiro a la vez que bostezo a lo grande, pero a mi alrededor todo está oscuro.

¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? Me martillea la cabeza y me siento hecha polvo. Solo ahora distingo una estrecha rendija de luz en la pared. Si es que eso es una pared…

Desorientada, palpo una almohada, mi vestido, algo que parece mi sujetador…

Un momento. Estoy en la cama y mi ropa justo al lado. Además me retumba la cabeza y…

¡Me acuerdo!

Sobresaltada me incorporo y tanteo a mi alrededor, presa del pánico. Al mirar hacia el otro lado reconozco el origen de aquella rendija de luz: ¡una puerta! Detrás hay luz encendida y poco a poco empiezo a distinguir más siluetas a mi alrededor: un armario grande con espejo, un sillón con mesita auxiliar y unos jarrones con pampas modernos.

Un rumor me cosquillea los oídos. ¿Qué es? ¿Agua? Alguien se está duchando. No, no alguien… ¡mi jefe!

—Mierda… maldita sea… mierda… —mascullo, buscando el interruptor, pero en mi agobio tiro la lámpara elegante de la mesilla al suelo, que, por supuesto, arma un buen estruendo.

Oigo pasos. Por el amor de Dios, que no sea él, por favor.

Cuando la puerta se abre de golpe, ahí está: desnudo como vino al mundo, solo con una toalla a la cintura que intenta ajustarse a toda prisa. Y mojado. Está mojado…

La luz del cuarto a su espalda le ilumina como si fuese una aparición angelical. Solo le faltan las alas.

—¡Apague la luz! —lo increpo y me doy la vuelta, me cubro el cuerpo desnudo con la manta y suelto—: ¡Pervertido! La luz me hace daño en los ojos y no hace más que avivar el latido salvaje en mi cabeza.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, entornando la puerta para que no entre tanta claridad.

—Se ha caído la lámpara… —digo, pero ese problema es secundario. Caigo en cuenta—. Dios mío, ¡hemos follado! ¡No me lo puedo creer! Mientras mi jefe se queda ahí plantado, lo insulto.

—¡Se ha aprovechado de la situación sin pudor! —Reúno más manta con nerviosismo y me deslizo un poco hacia atrás.

—¿Cómo? —pregunta con voz que suena a desconcierto.

—No se haga el inocente, señor Wings. Cuando me encontró en el sótano, tuvimos sexo. Luego me subió a la cama y volvimos a hacerlo y…

Me quedo callada e intento poner en orden mis ideas. Era algo con canguros.

—No, no lo hicimos —dice con toda calma.

—¡Silencio! —extiendo la mano hacia él y me quedo mirando la pared. ¿Cómo era exactamente?

Supliqué ayuda y él bajó al sótano, me abrió la puerta y me encontró. Luego me arrinconó contra la pared, nos besamos. Después me arrojó, hambriento, sobre el sillón y tuvimos sexo ardiente y salvaje. Luego, agotada como estaba, me subió por las escaleras en brazos, pasando junto a la cascada donde nadaban cisnes y unicornios. Al llegar arriba me folló durante horas en esta cama. Después apareció un arcoíris y canguros saltaron por la habitación.

—Oh, joder… —murmuro, muerta de vergüenza, y miro horrorizada a mi jefe.

—Eso me suena a que tuviste un sueño muy loco, porque no hemos dormido juntos, Charlotte. *¿Por qué me tutea?*

—Estoy desnuda. ¿Qué ha pasado? ¿Y dónde estoy?

Mi jefe abre un poco más la puerta, pero por suerte mis ojos ya se han acostumbrado a la luz.

—En el cuarto de invitados de la primera planta. ¿No recuerdas qué pasó después de que te sacara del sótano de vinos?

Así que eso sí ha ocurrido de verdad. Intento ordenar mis recuerdos, pero seguramente los mezclo con el sueño sexual más salvaje y realista que he tenido en mi vida.

—Yo… eh…

Qué vergüenza.

—Ibas borracha porque casi te bebiste una botella entera de vino. Luego tembló la tierra. Ambos pensamos que sería la tormenta, pero fue una avalancha que sepultó la casa.

—Sí, la avalancha… —vuelvo a acordarme. Respiro hondo, nerviosa, y digo—: Estamos sepultados bajo una avalancha enorme…

—Exacto. Pero aquí dentro estamos a salvo. Al subir te llevé a la cocina, comiste algo y luego te traje arriba. Aquí, al cuarto de invitados. De eso hace cuatro horas. Has estado durmiendo como un tronco hasta ahora.

—¿Por qué me tutea? —pregunto, desconcertada, y no puedo evitar que se me vayan los ojos a su cuerpo chorreante y musculado.

—Ayer lo acordamos, ya que estamos en una situación especial… —los recuerdos van regresando poco a poco.

—Cierto. Es verdad… Gabriel. Claro. En la cocina. —Pero no solo eso, también mi comportamiento vergonzoso me asalta de pronto. Me tapo la cara con una mano y suelto un suspiro.

—No debería haber bebido tanto. Y menos con el estómago vacío —murmuro, cohibida.

—¿De verdad has tenido un sueño erótico conmigo? —se burla y ríe divertido.

—No tiene gracia —respondo, abochornada, y me entierro bajo el edredón grueso de invierno.

—¿Por lo menos estuve bien?

—Gabriel, por favor…

—Sexo en el sótano y aquí arriba. Debo de haber sido incansable. Tu subconsciente me cae muy bien —sigue riéndose, mientras yo

querría que me tragase la tierra. Pero puede más mi asombro, porque nunca le había visto reír…

Lo observo, fascinada. Me sonríe y su cara tiene un gesto amable. Qué raro se me hace: normalmente siempre parece serio y de mal humor.

—¿Tienes una pastilla para el dolor de cabeza? —le pregunto, frotándome los ojos somnolienta.

—Sí, abajo en la cocina. ¿Quieres que te la traiga? *Mi jefe, el mayordomo.*

—No, no. Tranquilo, creo que voy a estirar un poco las piernas y luego me hundiré en el suelo de la vergüenza.

—¿Por el sueño erótico con tu jefe al que después le has contado todo? —me pica y me lanza una sonrisa breve antes de recobrar la compostura, carraspear y añadir—. Perdona. Las pastillas están en el cajón grande, a la izquierda de la placa.

—Gracias —susurro y me doy cuenta justo ahora de que incluso mi braguita está a mi lado. La agarro en un segundo y me la llevo bajo la manta. Debo de haberme desnudado dormida pero me basta una mirada fugaz a mi jefe para saber que ya lo ha visto y que se limita a aceptarlo en silencio, con una sonrisa. Desde luego, de ninja no tengo nada, y menos cuando mi carrera en *Diamond Wings Corp.* haya terminado.

—Bajo en seguida. Tenemos mucho de qué hablar sobre tu estancia y la avalancha.

—Vale —contesto, y me quedo inmóvil hasta que sale de la habitación, entorna la puerta y se marcha.

Uf. Primero respiro hondo y tomo conciencia de mi situación.

Supongo que quiere terminar de ducharse con calma, lo cual me viene de perlas. Así puedo vestirme y…

¡Mi maleta! Madre mía, ¡sigue fuera!

Ojalá pueda llegar a ella. Si no, me pasaré dos semanas con este modelito. Que Dios nos pille confesados.

Pero al destapar la manta noto algo entre las piernas. Estoy húmeda.

¿Me habrá bajado la regla? No puede ser. Me vino la semana pasada. Basta una comprobación rápida para saberlo: ese sueño tórrido con Gabriel ha hecho que mi cuerpo reaccionara en consecuencia.

No me lo puedo creer…

Cansada, me dejo caer de nuevo sobre los cojines y repaso mis recuerdos: *¿Qué fue real y qué fue sueño?*

Por desgracia, pensar no se me da fácil ahora mismo, así que me levanto, recojo la lámpara. Por suerte no se ha roto, solo se ha abollado un poco. Voy al baño contiguo. Ya conozco lo de un baño sin ventana. Muchos pisos pequeños no la tienen, pero, ¿también el dormitorio? Es una imagen rara. Claro, no es de extrañar: estoy ya dentro de la montaña. Bajo toneladas de nieve. La tumba más lujosa del mundo, si no contamos las pirámides. Aunque ni siquiera ellas tenían piscina ni cascada. Uno a cero para Gabriel.

La ducha está caliente y sienta de maravilla. Me siento renovada y me alegra encontrar un albornoz blanco, suave y calentito, además de pantuflas de pelo en varias tallas. Incluso unas pequeñas que se adaptan a mis piececitos.

Salgo del baño y del dormitorio, me asomo al pasillo y escucho: silencio absoluto.

Supongo que Gabriel ya ha vuelto a la planta baja. Gabriel… llamarle por su nombre me resulta raro, pero según recuerdo fue idea suya.

Aun así no quiero bajar en seguida, así que tomo la dirección contraria. Curioseo en las otras habitaciones. Encuentro varios dormitorios y baños de lujo, y al fondo del pasillo dos escaleras que bajan a la planta baja. Imagino que sirven como posible vía de escape en caso de incendio. Uf, prefiero no pensarlo: si se declarase un fuego aquí, estaríamos perdidos.

Regreso. El pasillo tendrá, como poco, seis metros de ancho. De vez en cuando cuelga un cuadro en la pared, o hay un jarrón moderno o una columna de piedra con algún elemento decorativo en el suelo.

Al llegar a la puerta y abrirla, aparezco en la galería y contemplo asombrada la planta baja. Desde aquí puedo admirar la cascada, que desemboca en una fuente, el abeto decorado con gusto, los muchos asientos y la chimenea. Las estancias están separadas por muros, pero se abren hasta el techo. Como si mirara dentro de una casa de muñecas.

También miro hacia la cúpula. La nieve se apelotona contra el cristal, que espero aguante el peso.

Bajo con cuidado, peldaño a peldaño, agarrándome a la barandilla e intentando que no se me salgan las pantuflas.

Al llegar abajo me dirijo hacia las grandes puertas blancas de dos hojas, pero cuando voy a abrirlas, suena la voz de Gabriel:

—No.

Me sobresalto y lo miro. Está ahí con una taza en la mano y explica:

—El cortavientos está destrozado y la nieve presiona directamente contra la puerta. Si la abres, puede que no podamos volver a cerrarla.

Me aparto unos pasos hacia un lado. En efecto. La nieve está pegada al cristal. Se me pone la piel de gallina.

—La situación no daba tanto miedo cuando aún iba borracha —admito, abrazándome los brazos.

—¿Tienes frío? —me pregunta y señala la chimenea—. La entrada de aire funciona. Eso significa que la chimenea no está cubierta de nieve. No nos vamos a asfixiar.

—Es más esa sensación inquietante de estar atrapada por la nieve y no poder salir.

Miro las llamas que devoran la leña. El chisporroteo y los crujidos se oyen hasta aquí, y el olor típico me hace pensar en una velada romántica.

—¿Y si el fuego se extiende y…?

—Hay un sistema de seguridad y varios extintores. Todo va digital con sensores y cámaras.

Gabriel señala el techo, aunque no distingo gran cosa. Pero voy a fiarme de él.

—Vale.

Aun así me recorre otro escalofrío.

—Anda, ven. En cuanto entres en calor te encontrarás mejor. ¿Quieres café? ¿Té? ¿Cacao?

—El cacao sería fantástico. —Me apetece muchísimo, aunque—. Primero la pastilla para el dolor de cabeza.

—Y mejor te la tomas con agua y acompañas el estómago con algo de pan.

Gabriel me dedica una sonrisa encantadora. Cuando me acerco, él se gira. Miro el sofá circular al que se accede por dos tramos cortos de escalera. Son cinco peldaños hasta llegar abajo y poder escoger sitio. Qué bien sienta el calor reconfortante del fuego crepitante. Me acomodo y estiro las manos acercándolas a las llamas.

La situación es de lo más relajante, pero vuelvo a quedarme sola con mis pensamientos. Por desgracia, a mi mente regresan cada vez más recuerdos de mi comportamiento patético.

—Prometo que no volveré a beber tanto, nunca, jamás —digo cuando Gabriel regresa con una bandeja con dos tazas, una botella de agua, algunos snacks y la pastilla para el dolor de cabeza. Él también baja los pocos peldaños y se sienta bastante cerca de mí. Entre los dos aún cabría una tercera persona, pero no más.

Veo que me ha preparado una taza de cacao con nata montada y hasta con un poco de cacao en polvo por encima. Él se ha servido té.

—Gracias —murmuro, y cojo encantada el medicamento, que me trago con mucha agua. Luego me hago con un sándwich y le pego un bocado. Mmm, qué rico: atún con huevo y un poco de mayonesa. Delicioso.

—Te recordaré tu promesa. Una copa de vino de vez en cuando, sin llenarla hasta el borde, puede estar bien. Ahora, ¿una botella entera con el estómago vacío?

Coge su taza de té y bebe. Seguro que es la que ya tenía hecha y se llevó a la cocina.

—Estaba desesperada, así que intenté sacar lo mejor de la situación —murmuro, avergonzada, mientras me vienen más escenas a la cabeza—. Te grité y no paré de reírme. Lo siento muchísimo, normalmente no soy así.

—Eso espero —responde.

—¿Que lo siento o que normalmente no soy así?

—En realidad, ambas cosas, pero me inclino por lo segundo —contesta. Lógico.

—Hasta me llevaste en brazos, si no recuerdo mal. Gracias.

—Apenas pesas nada —responde con una media sonrisa, lo cual me halaga, claro. Aunque yo diría que tiene más que ver con su musculatura. Ya tuve ocasión de ver casi todo su cuerpo desnudo. Y era de lo más atractivo.

—Es de locos, toda esta situación. Seguro que dentro de poco podremos reírnos, pero ahora mismo, lo único que tengo es miedo —confieso, mientras una escena de besos se proyecta en mi mente. *Un momento, ¿eso era del sueño subidito de tono con él? ¿O…?*

—Tú me metiste en la cama, ¿verdad? —pregunto.

—Sí, te dormiste en seguida.

—¿Ah, sí? —qué raro, porque esa escena de besos no la tengo igual que el sueño tórrido.

Gabriel se recuesta, aparta la mirada y prefiere beber un poco más antes que responderme.

—Dime, por favor, que de verdad me dormí al instante y que no… —dejo la botella de agua a un lado y me llevo ambas manos a las mejillas— te besé… ¿te besé? —quiero saber.

Gabriel inspira hondo y parece buscar las palabras.

—Dios mío, ¡he besado a mi jefe! —doy un respingo y escondo mi cara ardiendo entre las manos. Para colmo, ni siquiera puedo salir corriendo, porque estamos atrapados. Como en una jaula de oro. Solo él. Solo yo. Y la certeza de que hay cierta atracción sexual entre nosotros que no puedo negar.

—El vino… habías bebido demasiado vino. Tus actos, en general, fueron bastante ilógicos —intenta apoyarme, aunque le noto un punto de diversión.

—No lo recuerdo todo, pero de eso sí me acuerdo. —Con suerte, justo ahora aparecerá alguien en el cristal tras abrirse paso entre la nieve. Alguien de emergencias. Los bomberos quizá. ¡Hasta me valdría un topo gigante!

Miro los ventanales, pero la decepción es total: no se mueve absolutamente nada. Ni lo más mínimo.

—Quiero pedirte disculpas sinceras. De verdad. Fue inapropiado por mi parte.

—Sí, lo fue —admite, sonriendo.

¿Le ha gustado, quizá? ¿O le alegra que me dé tanta vergüenza a posteriori?

—¿Por qué sonríes? —pregunto, y casi me hundo de vergüenza entre todos estos cojines.

—Es fascinante lo diferente que te comportas conmigo cuando estás sobria.

—¿Ese es el motivo?

—No me gritas, no discutes conmigo. Sí, eso me hace sonreír, porque ahora mismo eres una invitada muy agradable en mi casa.

—Estaba enfadada…

Y lo sigo estando, si nos ponemos estrictos, pero sería inteligente no volver a discutir ahora con él por eso.

—¿Por el sueldo bajo?

—Sí —resumo, recostándome y mirando al techo, mientras respiro hondo y despacio.

—Eso no me lo había dicho nadie.

No me puedo creer lo que oigo. Lo miro alzando las cejas. ¿En serio?

—Supongo que tus empleados tienen miedo de que los despidas si piden un aumento. Pasa en todos los sectores. Antes de trabajar para ti hice una formación en una cadena de mayoristas, también en oficina, claro. Cada día nos decían que éramos prescindibles. Nadie. Simplemente engranajes pequeños en una empresa enorme donde ni se notaría si faltamos —suelto un suspiro leve y le abro el corazón —. Todos teníamos miedo cuando el jefe cruzaba la oficina. Cada semana iba de mesa en mesa, nos observaba y nuestra jefa de departamento le informaba de nuestras cifras. Si habíamos faltado por enfermedad o llegado tarde alguna vez. Una compañera acaba de ser madre y tuvo que quedarse más tiempo en el hospital. Cuando él lo supo, la llamó a su despacho. No volvimos a verla. Otra se ponía enferma de vez en cuando porque su hija, que iba a la guardería, pillaba la gripe con facilidad. Y era madre soltera, así que no le quedaba otra que cuidar de su hija y llamar al trabajo para decir que no podía ir. A ella también la despidieron.

Lo miro y me encuentro con su gesto severo y frío.

—Cuando vives en la clase baja, estás siempre con el miedo de perder el trabajo. Primero no puedes pagar el alquiler, luego los gastos, los seguros… empiezan a llegar los avisos. Y al final falta el

dinero para comer. Yo sigo en casa, con mi familia. Si tuviera piso propio, créeme —me río con tristeza—, no habría dicho una mala palabra. Seguramente te habría estado lamiendo el culo todos los días y me sentiría fatal por ello.

Que Gabriel no me interrumpa, no se ría, no meta baza con posibles contraargumentos, me sorprende. ¿Debería contar más?

—Me gustaría tener mi propio piso. Igual puedo compartir uno con Mirabell —me echo a reír—. Aunque me dejaría sin comida en la nevera. ¿Cómo hace para estar tan delgada?

Suspiro bajito y digo:

—Quería dejarlo. —al mirarlo de nuevo, noto solo una leve reacción en su mirada, pero no sé interpretarla. Así que sigo—. A primeros de enero. Un poco de vacaciones me habrían venido de maravilla. Me habría bañado aquí, habría vaciado la nevera, me habría ido a hacer la compra con mi coche, que ahora está aplastado bajo la nieve, y luego… sí, luego se habría acabado.

—Imagino que querías cobrar la paga de Navidad antes, ¿verdad?

Que no suene reproche vuelve a sorprenderme.

—Son solo 500 dólares, y además, con impuestos. Pero con ese dinero pude poner bajo el árbol para mis padres dos entradas para un musical al que llevan mucho tiempo queriendo ir. Y mis hermanos reciben también un deseo cada uno. Ya está todo comprado y bien envuelto, pero no pueden abrirlo hasta la mañana de Navidad. *Me pongo melancólica, porque lo que le cuento es una mentira…*

—¿Cuántos hermanos tienes? —quiere saber.

Me pongo de lado y hundo el codo en uno de los cojines para apoyar la cabeza.

—Tres.

En ese instante alza las cejas, sorprendido, e inspira hondo, mirándome a los ojos.

—¿Qué pasa? —suelto una risita y añado—. Son todos bastante más pequeños que yo.

—Vale… —Gabriel sonríe y desvía la vista un segundo antes de volver a mirarme.

—Simon, con catorce años, es el mayor. Le he comprado una consola que mis padres jamás le regalarían. Henry es el mediano, acaba de cumplir diez. Le toca otra consola. Leonardo es el pequeño, en enero cumple cinco. Quería un barco pirata, así que también lo tendrá.

Cuando puedo hablar de mis hermanos, me siento bien. Los quiero. Pero ahora mismo es complicado… muy complicado.

—¿Y tú? ¿Tienes hermanos? —le pregunto a Gabriel, y lo pillo mirándome el escote. Debo admitir que, por muy enfadada que estuviera hace unas horas, ahora me pone…

No quiero acostarme con él, pero coquetear un poco y buscar algo de reafirmación, ¿por qué no? Aquí no hay tele y, aunque encontrara una, la recepción estaría fatal.

¿Serán aún efectos del vino? Normalmente pondría en su sitio a un tipo que me mira las tetas con tanta desfachatez, pero…

Después de ese sueño y de mi conducta ridícula, no estoy para exigencias. Además, solo ha mirado. Nada más.

Sin embargo, ahora me quema una duda. ¿Le pongo? ¿Le apetecería un poco de diversión? Podríamos pasarlo bien estos días… y que

quedara como nuestro pequeño secreto. Algo así como: *lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas.*

Y en cuanto termino de fantasear con ese escenario, caigo en la cuenta de lo estúpida que es la idea. La mando al rincón más hondo y oscuro de mi mente, que está peligrosamente creativa, y me guardo un silencio absoluto sobre la tontería que se ha inventado.

Capítulo 8



Gabriel

Es imposible que no haya notado que su escote está a punto de saltarme a la cara. No lleva ropa interior, de eso no hay duda. Aunque se ha apretado el cinturón de tela de su bata a la altura de la cintura, por el lado está abierta y también me regala aquí vistas profundas. Solo le veo el muslo y la cadera, sí, pero me extrañaría que sus bragas estuvieran a la altura de la cintura. No, no lleva. Y ahora quiere saber si tengo hermanos.

—Siete —le respondo escueto, y se queda boquiabierta.

—Siete hermanas. Soy el único heredero varón.

Me encantaría echarme a reír ahora, pero me contengo. Justo ese ha sido el principal motivo de pelea por el que ya no me hablan.

—¡Vaya! ¿Cómo se llaman? ¿Son más pequeñas que tú? ¿O mayores? ¿Cómo es eso de ser el único hijo?

—Gabriella es la mayor de nosotros, tiene 31 años. Yo, por si no lo sabías ya, tengo 29. Ella asiente.

—Luego están Grace, con 28, las gemelas Georgia y Giana, ambas de 26. Gwendolyn cumplió hace poco 23 y las dos más jóvenes son Gloria, que pronto cumplirá 20, y la benjamina, Goddess —sí, se llama de verdad así—, que ahora tiene 12 y es más bien un ángel, no una diosa.

Charlotte parpadea, asombrada, y por eso pregunto: —¿Qué te fascina más, que sean solo hermanas, que todas empecemos por "G" o la gran diferencia de edad entre todos?

—Todo, la verdad. No me extraña, pero ese es aún el lado positivo de esta familia, si es que a este ridículo tinglado que se ha montado mi padre se le puede llamar familia.

Echo un vistazo fugaz de nuevo a su escote, porque ella aparta la mirada y tengo la ocasión perfecta para admirar ese pecho generoso. ¿Sabrá lo tremendamente atractiva que está? Con estas curvas no puede ser inocente.

Prefiero beber un poco más de té y contemplar el fuego. Las llamas se mueven sobre los troncos como bailarinas exóticas que tratan de seducirme. Me parece oírlas llamarme: *"¿Por qué dudas? Tómala. Fóllatela. Está caliente por ti. Quiere tu polla. Si no, ¿se sentaría ahí, con las piernas cruzadas, y te dejaría ver hasta el fondo?".*

No me ha bastado con pensar en ella en la ducha hace un rato. No ha cambiado absolutamente nada. Quizás durante los primeros minutos, pero en cuanto vuelvo a verla, tengo que tener cuidado para que no se me ponga dura otra vez. Ese lado dulce y vulnerable suyo es lo que me interesa, y los recuerdos de su vena repelente y temperamental no hacen más que volver la situación aún más excitante. ¿Cómo sería follarla estando enfadada? Probablemente salvaje… muy salvaje.

—Vuelves a sonreír. ¿En qué piensas ahora? Por desgracia, me saca de mi ensoñación, así que prefiero cruzar una pierna y apurar casi la taza. Mmm, té caliente. La distracción perfecta para no responder en seguida.

—Cuando estabas dormida, he podido… —empiezo a contar, pero ella da un respingo y me corta de golpe. Bastante descarada…

—¿Es que me has estado mirando mientras dormía?

Charlotte parece asustada, pero no enfadada. Como vuelve a ponerse roja, supongo que le sería extremadamente incómodo si lo hubiera hecho.

Bueno, sí. Un momento. Sí, pero eso no se lo voy a contar. Justo después de ducharme empezó a hablar y se desnudó, pero cerré la puerta otra vez porque no estaba seguro de si me notaría. Si no, quizá habría mirado un poco más. Lo admito. Al fin y al cabo, soy un hombre. Y ahora está consiguiendo que prefiera pensar en otra cosa antes de que el pantalón se me abulte.

—Claro que no. Iba a decir que he aprovechado el tiempo para revisar la casa de arriba abajo. Resulta que hay medio piso bajo cubierta más, donde está el cine.

—¿Hay un cine aquí? —exclama encantada y junta las manos. Por supuesto, al hacerlo aprieta los pechos. He de admitir que tengo algo de esperanza de que sus dos senos grandes y blandos salten fuera de la bata cuando se mueve así de golpe. Pero no tengo esa suerte.

—Sí, con pantalla y una gran selección de películas. Nada digital. No hay internet ni teléfono. Pero hay varios miles de películas guardadas.

—¿Ilegales? —pregunta, sobresaltada.

—No. ¿Qué te piensas de mí? Por supuesto pago por mi entretenimiento.

—¿Y cuándo tienes tiempo para ver tanto? —me pregunta, perpleja.

—No soy el único que entra y sale de aquí. Y cuando hay invitados, siempre viene bien tener una selección adecuada a disposición.

Ella asiente y vuelve a dejar las manos juntas en el regazo. Solo entonces se da cuenta de que su bata se le ha corrido un poco y tira de ella para taparse más.

Qué pena. Se acabó el buen paisaje. Ahora tendrá que tirar de imaginación mi cine mental.

—No hay grietas, la electrónica tampoco se ha dañado. Cada ventana es estable y las puertas también cierran bien. Nada se abomba. Además, la temperatura de las estancias es constante y como debe ser. En el sótano está, aparte de la reserva de vino que ya conoces…

No he podido evitarlo. Por supuesto me gano una mirada malota suya y, por un momento, un morrito ofendido.

—Toda la electrónica de la casa. Controla la temperatura del agua, el suministro de aire, la electricidad, las cámaras, el sistema de seguridad y también garantiza unas condiciones ideales en la piscina y la sauna.

—Vale, entonces no se ha estropeado nada.

Asiento.

—Bien, algo es algo. Así no nos asfixiaremos y, de paso, podemos ir a nadar a la piscina.

Se recuesta de nuevo, relajada, abre los brazos y los apoya en los cojines. Gracias. Esa postura me permite volver a mirar bajo la bata. También sus muslos disfrutan ahora de más libertad… menuda visión más increíblemente caliente.

No es de extrañar que tantos marineros se lanzaran al océano cuando se cruzaban con sirenas. Anhelaban el cuerpo de una mujer. Su suavidad. Las caricias. Sus dulces y excitados suspiros.

Me termino el té. Hora de ir a por otro y enfriarme en la cocina.

—¿No prefieres seguir durmiendo e ir a nadar mañana por la mañana? —le pregunto a Charlotte, con la esperanza de no ser invitado a meterme en la piscina con ella. Luego el agua hace espuma.

—Estoy demasiado acelerada —admite y se inclina hacia un lado para coger su cacao.

—Por cierto, lo del copete y el polvito por encima es muy cuco por tu parte, muchas gracias —dice y vuelve a distraerme para que no le mire el escote.

No con una empleada de mi empresa…

—Me gusta agasajar a mis invitados —respondo lacónico y me pongo en pie. Tal vez debería echarme unos cubitos de hielo en la entrepierna en la cocina.

No tocarla.

Ya he comprobado en mis propias carnes lo que pasa cuando te acuestas con empleados…

—¿Adónde vas? —pregunta, algo alterada, y yo alzo el vaso y al mismo tiempo me doy la vuelta.

—A por más té. Y a poner un poco de distancia, para centrarme en lo esencial: nuestro estado catastrófico. Porque, aunque ahora mismo todo esté en perfecto orden, puede cambiar en cualquier momento. Puede declararse un incendio. Averiarse la calefacción. Reventar una tubería. Hay que tener un plan B para el peor de los casos. Pase lo que pase…

Capítulo 9



Charlotte

Como la pastilla para el dolor de cabeza empieza a hacer efecto, me atrevo con el cacao. Sigue bien caliente y sabe deliciosamente a chocolate. Exquisito.

Sigo con la mirada a Gabriel y no me privo de contemplar su trasero redondo, que en el pantalón de chándal negro y holgado luce de maravilla. *Sí, esta vista también me sabe igual de bien…*

Bajó la mirada hacia mis pechos, bastante a la vista con el albornoz. Se ha fijado varias veces. Ese hecho me hace sonreír. También quiero ponerle un poco en un aprieto: la venganza, al fin y al cabo, es dulce. Además, sienta muy bien que te miren.

Se oyen cacharros en la cocina, así que decido ir a buscar mi equipaje. Aunque ya he perdido la esperanza de poder recuperarlo. Probablemente el túnel esté hasta arriba de nieve y no vaya a poder llegar.

Cuando me levanto y me coloco el albornoz, Gabriel regresa. Por los pelos consigo cubrirme y apretar el cinturón.

—Voy a buscar mis maletas. A lo mejor consigo llegar hasta ellas…

Gabriel deja su té en la bandeja, asiente y comenta: —Te acompaño.

Dicho y hecho. Juntos atravesamos la planta baja, pasando entre un montón de muebles, jarrones y esculturas modernas. Una situación surrealista.

—Si no consigo mis cosas, tendré que llevar este albornoz hasta que nos rescaten —anuncio y le echo una mirada curiosa de reojo.

¿Cómo reaccionará?

—Puedes ponerte camisetas y pantalones míos. Alguna que otra prenda seguro que te vale. Bragas y tops, lo que se dice de chica, probablemente no tenga…

—Gracias —murmuro, y no puedo evitar sonreír. El look de novia improvisado con la ropa de mi jefe. Fantástico. Esto promete.

Cuando llegamos al lateral ya veo desde varios metros que la nieve también aquí se pega a los cristales.

—Da un poco de yuyu que no haya escapatoria alguna —murmuro, y aminoro el paso.

—Podríamos intentar abrir la puerta del garaje. Es probable que no se abra, o que entre mucha nieve. Pero podría provocar un deslizamiento y quizá quedara libre la cúpula de arriba.

—Eso suena a plan.

—Mejor a la luz del día —propongo. Atravesamos la puerta y llegamos al pasillo largo. Aquí huele un poco a cloro y la humedad es algo mayor.

—¿No me digas que las dejaste ahí fuera? —me pregunta, señalando la puerta.

—Sí, mi idea era colarme desde fuera, pero estaba cerrada —le dedico una mirada de fastidio y añado—, así no habría acabado en la bodega.

—Entonces quizás nos habríamos cruzado antes —apunta, y conjetura—. O habrías esperado demasiado fuera y la avalancha te habría arrastrado.

—Prefiero la bodega. Aunque haya sido bochornoso. Pero riquísimo.

Le veo sonreír un instante y luego pararse ante la puerta. Está negro como boca de lobo.

—Aquí no parece haber nieve, ¿no?

La luz del pasillo se refleja en los cristales y nos devuelve nuestras siluetas. No estoy del todo segura…

—Parece que no. Voy a abrir la puerta. —Gabriel la abre con la llave y duda un segundo. Luego se gira hacia mí—. Será mejor que te apartes un poco, por si el muro estuviera inestable o la nieve empujara hacia dentro. Nunca se sabe.

—Vale… —me aparto unos metros y entrelazo las manos, preocupada.

—Tampoco son tan importantes las cosas. ¡No quiero que te pase nada! —suelto, justo antes de que baje el picaporte.

—Aguanto bien —responde con calma y la abre.

¡Qué sexy!

No pasa nada. Voy corriendo hacia él y veo que hay una cámara de aire, ¡sí!

Sin embargo, la nieve ha avanzado dentro del túnel. Solo a unos tres o cuatro metros de la pared, el final del pasillo y la repisa donde dejé mis cosas, se amontona la muerte helada. Como si la nieve estuviera esperando la ocasión para sepultarnos a los dos…

Llego hasta el marco, mientras Gabriel examina la situación desde fuera con más detalle. Se oye un aullido y un bramido.

—El temporal…

—Sí, sigue desatado, pero por lo sordo que suena, tenemos encima una capa condenadamente gruesa que, paradójicamente, nos protege en parte.

—No salgas demasiado, ¿y si la nieve se viene abajo?

—Solo si alguno de los dos empieza a cavar. Aquí estamos seguros.

Aun así, Gabriel parece inquieto y asiente hacia la supuesta salida.

—Si aquí también hay ocho metros o más, y si el túnel se derrumba o se amontona más nieve arriba, se acabó. No lo tendrán fácil los equipos de rescate para sacarnos.

Se inclina hacia mi equipaje y me lo acerca hasta la puerta.

—¿Rosa? ¿En serio?

—Un color precioso…

Estaban de oferta.

—Hay más. Las cajas de corcho blanco también son mías. Hay verdura. Ensalada. Unas cuantas cosas ricas… no podía imaginar que aquí habría la nevera llena y… mmm, ¿he soñado lo de la despensa a la que se entra andando o existe de verdad?

—Existe de verdad. Y si por accidente te quedas encerrada, la manivela hay que empujarla también hacia arriba.

—Madre mía… —esto va camino de convertirse en un *chiste interno*.

Arrastro las maletas al pasillo y le sigo sujetando la puerta para que pueda meter las dos cajas grandes. Nada más dejarlas en el suelo, cierro la puerta y echo la llave. Gabriel levanta las tapas y comenta:

—Ensalada fresca. Esto en una semana como mucho lo vamos a echar de menos, porque lo demás no se conservará tanto, por desgracia.

—Voy a engordar bien con todas las chucherías…

Aun así, sonrío de oreja a oreja. Al menos tengo la excusa perfecta para justificar los kilos de más.

—Además de la piscina hay un gimnasio, por si quieres compensarlo —propone.

¿Estamos locos? ¡He venido a desconectar y relajarme!

—¿Adónde vas? —me pregunta luego, cuando me pongo en marcha con las dos maletas de ruedas.

—Aquí abajo están los dormitorios grandes, ¿no? Y quiero ver la piscina.

—Eh… aquí abajo sólo está el *Master Bedroom,* la habitación principal —dice, y suena un poco nervioso.

En cuanto abro la primera puerta, entiendo por qué.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo, entusiasmada, y entro en el que debe de ser el dormitorio más grande y lujoso que puedo imaginar.

Predominan los tonos oscuros en techo, suelo y paredes. Además de los muebles negros y una cama enorme, con molduras impresionantes en techo y paredes, hay también una cristalera gigantesca con cámara intermedia, que ofrece vistas directas a la piscina.

—Esto es una locura… —dejo las maletas donde están y recorro el cuarto, que tendrá fácil unos cien metros cuadrados. ¡Más grande que muchos pisos!

Pasando la gran cama, me acerco a la cristalera de unos cuatro metros de ancho, compuesta por cuatro paneles. Nada más ponerme delante, los dos centrales se abren solos y se deslizan automáticamente a los lados, como las puertas de un supermercado. En la cámara intermedia la humedad ya es notablemente mayor. Aquí uno puede ducharse o secarse antes de llegar a la piscina.

Y ese es, sin duda, mi punto favorito. ¡Voy a dormir AQUÍ! Eso no se discute.

—Bueno, en realidad… —protesta Gabriel, pero ya no le escucho. Cruzo la cámara, emocionada, y abro la puerta de vidrio a mano. Esta vez hacia abajo.

Entro en una estancia aún más grande, que me provoca tal avalancha de sensaciones que me quedo completamente abrumada, incapaz de creer lo que veo. Como si saboreara chocolate por primera vez en mi vida o pudiera oler los colores. Algo así.

Ante mí se extiende no solo una piscina enorme de agua turquesa, sino también una pared rocosa gigantesca de la que cae una cascada a una segunda poza. Rocas imponentes con un paisaje verde de infarto dominan la escena, como si estuviera en una isla desierta, en pleno trópico.

Huele de maravilla a piscina. Es un aroma que hay que amar sí o sí. Hay además una playita de arena fina, una cabaña de madera y varias tumbonas. Aquí hay tanta luz que dudo si no habrá en algún sitio una gran ventana y estemos en pleno verano.

—No puede ser… —estaba convencida de que aquí había una piscina, pero, ¿esto? No, esto no me lo esperaba.

—La joya de la casa —dice Gabriel, que aparece de pronto a mi lado.

—Yo solo quería darme un chapuzón, pero esto supera con creces todo lo que me había imaginado —admito.

—Para ser una pequeña intrusa, tendría que encerrarte abajo en el sótano y traerte pan y agua de vez en cuando… —Gabriel sonríe.

—Qué poco generoso por tu parte, que no quieras compartir. No me extraña que nadie pudiera entrar en estas salas en la fiesta de

Navidad.

Cruza los brazos sobre el pecho y alza las cejas, en gesto de reproche.

—¿Dices porque no quería compartir? —pregunta, aunque no parece muy convencido de esa versión. Alza las cejas y me lanza una mirada escéptica.

—Porque entonces todos habrían visto que cobran tan poco para que tú puedas vivir a cuerpo de rey.

La euforia se desvanece. Noto con claridad cómo esta visión me entristece. ¿Puedo siquiera disfrutar de todo este lujo? Siento que traiciono a mis compañeros si me doy la buena vida aquí. Bajo la mirada, abatida, y dejo escapar un suspiro.

—Mi padre mandó construir este edificio cuando yo aún era un adolescente —empieza, y luego, con un deje de ira en la voz, añade —. No tienes ni idea de mi familia ni de por qué hago nada. Vete a nadar si quieres, pero dormirás arriba, en la habitación de invitados.

Para mi sorpresa, se da la vuelta y abandona la sala. Parece que he tocado la fibra. La cuestión es cuál.

¿Su familia? ¿Su dinero? ¿Esta casa, quizás?

Lo admito: me puede la curiosidad, y ahora mismo la piscina me interesa bastante menos. Él es mi nuevo objeto de deseo.

Quiero saber qué le mueve…

Lo bueno es que no puede escaparse. Estamos encerrados. Tarde o temprano tendrá que darme explicaciones, quiera o no.

Capítulo 10



Gabriel

En el salón apago el fuego de la chimenea. Vuelvo a comprobar la entrada de aire, que sigue abierta. Después recojo en la cocina todo lo necesario y me preparo otra taza de té. Un vistazo al móvil deja claro: la cobertura sigue fallando. Quizás sea por la tormenta…

Con un poco de suerte, mañana será posible hablar con Theodore, porque como esto con Charlotte siga así, seguramente acabaré diciendo cosas de las que me arrepentiré. Hace mucho que me hierve por dentro y ella empieza a hacer preguntas que arañan mi superficie. Seguramente no es consciente, pero eso despierta en mí una cantidad ingente de rabia. Pensamientos que llevaba mucho tiempo enterrando con éxito vuelven a arrastrarse hasta la superficie.

Por otro lado, no me disgusta nada estar atrapado con Charlotte. Al menos no estoy solo y puedo ocuparme con ella en vez de conmigo mismo.

Nos encontramos en una situación de partida chispeante, que sin duda tiene su atractivo.

Apoyo las manos en la encimera fría y cierro los ojos un instante. En mi cabeza se tejen cada vez más escenarios de historias ardientes y salvajes, mientras mi corazón me dice: *deja de hacerlo. Es mejor no amar. Si no amas, no te harán daño.*

Es una regla sencilla a la que debo atenerme. Sensata y a la vez lógica. *Y adoro la lógica.*

Pero no sirve de nada. Ella sigue rondándome la cabeza, y ese sabor dulce y ardiente de nuestro beso se me ha grabado no solo en los labios, sino también en el corazón.

Quiero más de ella…

Probarla. Saborearla. Quitarle esa insolencia conmigo y, al mismo tiempo, avivarla. Una sonrisa se me escapa a los labios. Sí, la verdad es que me alegro de no estar solo aquí. Con ella a mi lado, al menos no me aburriré.

Con dos botellas de agua, otro analgésico para el dolor de cabeza y una taza de té humeante, emprendo el camino de vuelta a mi dormitorio. Al fin y al cabo he tenido tiempo suficiente para desahogarme y no descargar mi rabia con ella. Ella no sabe lo que ha pasado en mi familia ni por qué soy tan estricto con mis empleados. Y tampoco lo sabrá. Ese secreto me lo llevaré a la tumba, o si no… podría suponer el fin de mi empresa.

Cuando abro la puerta, de Charlotte no hay rastro por ninguna parte. Sólo su maleta está en el suelo y su ropa está revuelta. Cierro la puerta tras de mí y me acerco, hasta que por fin la descubro.

Está tumbada de lado, ha enrollado el edredón y lo abraza con fuerza. Saca el culo y la parte inferior de la manta, a modo de burrito, queda entre sus piernas recogidas.

No puedo evitar sonreír, porque Charlotte parece dormir a pierna suelta. Al menos eso me dice su boca entreabierta y ese aspecto apacible y suave que me ofrece. Debe de estar totalmente agotada.

Bueno, en realidad esta es mi cama, pero no quiero despertarla, no quiero espantarla.

¿Querría solo tumbarse un momento y descansar? Y eso que hace nada me parecía tan despejada y en forma, ¿he estado tanto rato fuera? Seguramente se deba al alcohol que aún le queda en el cuerpo, y además es tarde.

Lleva una camiseta larga y, probablemente, solo unas bragas, por lo que alcanzo a ver desde aquí.

No soy un santo, pero tampoco un monje.

En este caso dejaré que sea el destino quien decida. Y si tiene algo bueno en forma de sexo ardiente reservado para mi futuro, no me opondré.

¿Amor? Ni de broma. ¿Pero una historia de cama salvaje? ¿Por qué no? Total, quería dimitir. A principios de enero ya no trabajará para mí, no será una subordinada. Y después de todo esto, probablemente nuestros caminos ni siquiera vuelvan a cruzarse.

Dejo su botella en la mesilla y pongo la pastilla para el dolor de cabeza justo al lado. Luego apago las luces de la piscina, pero dejo encendidos unos pocos LED azulados en el dormitorio. Si se despierta y no se orienta, al menos no volverá a tirar una lámpara al suelo.

Después abro mi botella, doy un trago y la observo un rato. ¿De verdad está dormida? ¿O solo lo finge para ponerme a prueba?

Vuelvo a cerrar la botella y me quito la camiseta. Charlotte sigue pareciendo tranquila, como si de verdad hubiera caído en brazos de Morfeo. Entonces no le importará si me tumbo a su lado. Desnudo.

Con una sonrisa pícara en los labios me quito el pantalón y, de paso, también los calzoncillos. Sin embargo, también quiero probarla, así que me encamino al baño. Estoy intrigado por ver si se moverá o no.

Me cepillo los dientes y me preparo para la noche. Apago también aquí la luz y regreso al dormitorio. Charlotte sigue ahí como una piedra. No se ha movido ni yace de otro modo que antes.

Me acerco a la cama, me froto un momento las manos y la observo. Su pecho se eleva suavemente, aunque esté de lado, gracias a los LED azulados se aprecia bien.

Solo de pensar en lo bien que podríamos pasarlo… estoy a punto de ponerme duro.

¿Qué tenemos aquí?

Vuelvo a sonreír, porque estoy bastante seguro de que acaba de entreabrir los ojos. También se le ha fruncido un momento el ceño. Probablemente intentando averiguar por qué llevo tanto rato delante de la cama sin hacer nada. Y algo más se agita en ella. Aunque tenga la manta bien ceñida y la abrace con los brazos, la luz suave baña la habitación y también su cuerpo. Donde antes sus piernas desnudas, largas y bien formadas estaban lisas, ahora se ha erizado la piel.

Lo veo, Charlotte.

Sé que estás despierta.

También sé que has mirado.

¿Te excita la idea de que ahora me tumbe a tu lado?

¿Quieres seguir fingiendo que duermes?

¿Hasta cuándo quieres jugar a esto, Charly?

¿Hasta que te haga gemir por primera vez?

¿Hasta tu primer orgasmo?

¿O por fin abrirás los ojos y suplicarás que deje de estar aquí plantado disfrutando de tu visión, mientras en mi cabeza ya es de

día y yacemos exhaustos tras una noche salvaje?

Se mueve como la guinda del pastel y caigo cada vez más en la tentación de darle un mordisco, antes de masticar su carne dulce y chupetear el hueso duro.

No, no soy un santo… y si el infierno me llama, quiero seguir el fuego que me arrastra hacia lo profundo. ¿Me llamas? ¿Son tus gritos los que me resuenan en los oídos? ¿O tu gemido lujurioso, el que me deja aturdido?

Te he hecho saber que este es mi dormitorio y te has metido de buen grado en mi cama. Cuando estabas borracha no podías gobernar tus sentidos, pero ya hace rato que has recuperado la lucidez. Has podido cambiarte…

No, no puedes estar tan cansada.

Me deseas… pero eres demasiado tímida para pedírmelo. No te preocupes. No tienes que pedírmelo con palabras. Tus actos bastan de sobra.

Capítulo 11



Charlotte

Pocos minutos antes…

Probablemente estas vayan a ser las mejores vacaciones de mi vida. Y cuando salgamos de aquí el año que viene, voy a coger las riendas de mi vida. Encontrar un trabajo mejor, ganar buen dinero y tener mi propio piso. Mi vida volverá a estar en orden, como lo estuvo una vez. Seré feliz y adoraré la vida. Aprovecharé este tiempo en la casa para encontrarme a mí misma. Ese es el plan. Y mientras esté aquí, simplemente no voy a preocuparme por mi familia.

Suelto un suspiro y me aparto de la piscina, porque ya no soporto más mi propio reflejo en el cristal de la puerta. He hecho cosas horribles. Y dicho. Me arrepiento profundamente, pero ya no puedo cambiar el pasado. Ojalá pudiera retroceder el tiempo…

Adormilada, me froto los ojos y hurgo en mi maleta en busca de un par de artículos de aseo importantes, con los que desaparezco un momento. Luego vuelvo al dormitorio. Gabriel aún no ha regresado. Si me encuentra dormida en la cama, seguro que, como el caballero que es, se irá al cuarto de invitados.

La cama es enorme. Increíble que se suponga que ahí duerma solo una persona. Me acerco y compruebo con las manos si el colchón es blando o duro. Diría que de firmeza media. Luego me pongo de rodillas y me dejo caer. ¡Qué maravilla! En seguida agarro una de las mantas, la enrollo y me acurruco contra ella. Me encanta tener algo

entre los brazos mientras duermo. Se siente como si no estuvieras sola en la cama…

Casi me había quedado dormida, pero mis pensamientos no me dejan descansar. Oigo pasos y cómo Gabriel abre la puerta. Lo mejor será que haga como que duermo profundamente. Así apagará la luz y se volverá a ir. De esta manera no discutiremos y mañana por la mañana, antes incluso de desayunar, podré ir a nadar y disfrutar del primer día de mis vacaciones de lujo. ¡Ja! El plan perfecto.

Parece que me he equivocado, porque Gabriel se mueve despacio alrededor de la cama y deja algo detrás de mí, en la mesilla. Después va al otro lado y… nada. No oigo absolutamente nada, como si se hubiera desvanecido en el aire. ¿Y ahora qué? ¿Abro los ojos para mirar? ¿Sospecha quizá que solo finjo dormir?

Luego le oigo ir al cuarto de baño y desaparece durante unos minutos. Tiempo para tomar aire. Pero, ¡eh, un momento! ¿Eso quiere decir que en nada intentará despertarme o… se… acostará aquí en la cama conmigo?

¡De ninguna manera! ¡No puedo dormir codo con codo con mi jefe en la misma cama!

Por otro lado, tengo pensado dimitir en breve. Visto así, ya no sería mi jefe…

Cuando oigo sus pasos, me quedo tiesa como un palo. Tengo que respirar tranquila para que no note que sigo despierta. Le oigo detenerse delante de la cama y unos ruidos, como si se moviera en el sitio, como si… se… estuviera desnudando. Un momento, ¿se está desnudando? ¿Puede ser?

Luego vuelve a quedarse todo en silencio. Vale, no hay otra. Tengo que mirar. Muy despacio, con muchísimo cuidado, abro un poquito los ojos. Total, la luz está apagada y solo se distingue un resplandor azulado. No debería darse cuenta si echo un vistazo rápido a lo que está haciendo.

¡ESTÁ DESNUDO! Desnudo, como lo trajo al mundo un dios increíblemente generoso y espléndido. ¡Qué cuerpo, me va a dar algo! ¿Cómo puede alguien ser increíblemente rico, increíblemente bien hecho Y además estar increíblemente bien dotado? Cierro los ojos de inmediato. De este espectáculo ya no salgo…

Se me eriza la piel y tiemblo un poco. Mierda. Así no vamos a ninguna parte. En cuanto note que estoy despierta, me mandará arriba y me quedaré sin esta cama grande y preciosa. No. Me voy a quedar aquí. Pase lo que pase.

Sin embargo, cuando se arrodilla sobre la cama, me recorre un escalofrío extraño. Calor y frío a la vez. El pulso se me dispara. ¿Qué hace? ¿Solo se tumba? ¿A mi lado? ¿DESNUDO?

Puedo notar cómo se acomoda y se desliza sospechosamente hacia el centro de la cama. ¿Está de cara a mí? ¿O me da la espalda? Solo lo sabré si abro los ojos. Pero si ahora mismo me está mirando, sabrá que estoy despierta. ¡Menudo dilema!

Oigo cómo inspira hondo. Sí, suena peligrosamente cerca. Está de cara a mí. ¡Me está mirando! No, así no puedo dormir, de ninguna manera.

Y como tengo la cabeza en una almohada grande, mi cara tampoco está protegida por la manta.

—Sé que estás despierta —le oigo decir y, al instante siguiente, siento su mano en mi muslo desnudo. Me sobresalto un poco, pero mantengo los ojos cerrados.

¿Esto qué va a ser?

La palma de su mano recorre mi piel con suavidad, cada vez más arriba, hasta llegar a mi camiseta de dormir. Tiritando, siento cómo la piel se me eriza aún más. Cuando se cuela bajo el tejido fino, incluso desliza los dedos por debajo de mi braguita para agarrarme el trasero.

Por supuesto, dejo escapar un suspiro y aprieto la manta contra mí. Ya no puedo disimularlo…

Gabriel retira la mano de mi trasero y me quita la manta. La aparta de mí para que ya no tenga nada a lo que aferrarme.

Gabriel se acerca un poco y, mientras yo busco su mirada, me atrapa con los ojos. Puedo ver bien que sonríe y, al momento, vuelvo a sentir su mano en mi muslo. Con precisión, vuelve a deslizarla bajo mi camiseta y mi braguita para volver a agarrarme. Me echo un poco hacia atrás y estiro el brazo que tengo abajo, sobre el colchón, hasta poder tocar su cuerpo.

Es una invitación. ¡Ven aquí!

—Esta podría ser nuestra última noche sobre la faz de la Tierra. Quizá mañana la villa se venga abajo y nos sepulte bajo la nieve helada… —susurro, un poco asustada, mientras su mano descansa sobre mi trasero y luego se cuela en mi braguita. Con calma, me la baja del cuerpo hasta que solo mi camiseta cubre precariamente mi piel. Un tejido finísimo que hace tiempo le presenta mis curvas. Las caderas anchas, los pechos generosos, con los pezones ya duros de

excitación. Jadeo hacia él y trago saliva, porque acostarme con mi jefe era, con diferencia, lo último en mi inexistente lista de cosas por hacer antes de morir. Si la hubiera escrito, no, esto no estaría en ella. Ni se me habría pasado por la cabeza, pero ahora me parece la fantasía más salvaje, loca y excitante de mi vida. Entiendo cada vez mejor por qué todas en la empresa estaban tan calientes por él y soñaban con él. Quizá, en el fondo, yo estaba igual de salida por él y no quería admitirlo. Siendo mi jefe y, además, multimillonario, siempre había sido inalcanzable para mí. ¿Y yo? Una lucecita. Una de las incontables oficinistas. Una de tantas rubias. Una de infinidad de mujeres que no desean nada más que tenerlo entre sus brazos. Desnudo. Ávido. Deseante…

Pero no está con ellas. Está CONMIGO.

La punta de mis dedos roza sus costillas. Deslizo la mano entre su cuerpo y el colchón hasta alcanzar su espalda. Así puedo acercarlo más a mí, mientras él me baja la braguita hasta las rodillas.

Maldita sea, esta situación me pone tan caliente que tiemblo de pies a cabeza en cuanto su mano vuelve a subir a mi trasero. Despacio me sube la camiseta, por la cadera y la cintura, mientras su otro brazo se mete bajo mi nuca y aparta la almohada.

—Entonces deberíamos aprovechar bien el tiempo. ¿Para qué discutir si podemos ocuparnos de cosas más agradables? —propone, y busca mis labios.

Dejo escapar un suspiro excitado antes de que nos besemos por segunda vez, pero esta vez estoy sobria y sé lo que quiero.

Profundiza el beso con avidez. Me sorprende lo exigente y dominante que se lanza sobre mí, porque no me lo esperaba tras

toda la ternura inicial. Gimo dentro de nuestro beso y, al momento, siento cómo su mano se desliza entre mis muslos. Me masajea con precisión y maestría, inclinándose sobre mí. Mientras su lengua acaricia la mía, aprovecha la humedad entre mis piernas para hundir en mí el dedo corazón y el anular.

¡Gabriel es un regalo del cielo!

Nada de un preliminar aburrido, sino directamente el programa completo, justo como me gusta.

Me masajea con suavidad y deja que sus dedos entren y salgan, me acaricia por dentro y por fuera, estimula mi clítoris y se asegura de que poco a poco esté lista para algo mayor…

Acelera y vuelve a frenar cuando estoy a punto de correrme. A veces saca los dedos de mí, lo que yo comento con un jadeo de protesta. Qué descarado, porque le veo la sonrisa a pesar de la oscuridad. Me clava la mirada, se regodea en mi excitación. No sabía lo que me iba a calentar que el hombre me mirase mientras tanto…

Una experiencia totalmente nueva. Una nueva etapa vital. Y, para colmo, en SUS brazos.

Con la mano de arriba le acaricio el brazo, animándolo así a seguir tocándome con los dedos. Siento la musculatura tensa y la piel ardiente hasta que con las yemas alcanzo su nuca. Recuerdo el momento en que me llevó en brazos y también lo fascinada que estaba por su cuerpo entrenado. Y ahora puedo tocarlo… por todas partes.

Me hundo en un remolino de besos ávidos y una excitación punzante entre las piernas, aunque, no, en realidad tengo el cuerpo entero caliente y salvaje. ¡Quiero más!

Ahora mismo me siento como la mujer más deseada del universo y no quiero perder esa sensación…

—Dime qué piensas —le pido, porque quiero saber qué le pasa por la cabeza.

—Que te sientes increíblemente bien y que me alegro de que esa avalancha nos haya sepultado —admite, y luego me empuja de espaldas, acelera su juego de dedos y me ronronea en los labios—. Quiero ver cómo te corres, Charlotte…

Pero cuando estoy a punto, saca los dedos de mí y mete la mano en mi camiseta, que me sube por los pechos. En seguida recibe mis puntas duras con su lengua, las succiona y a la vez me provoca la piel con los dientes.

Quiero protestar al principio, pero todo lo que hace con mi cuerpo lo veo como un regalo, así que le sigo mostrando, dispuesta, con jadeos y suspiros, lo mucho que me gusta lo que me está haciendo.

Cuando se inclina del todo sobre mí y siento su dureza dentro, que me introduce con suavidad, agarro con fuerza sus bíceps. Ahora entiendo por qué me ha preparado con los dedos…

Le sonrío al sentirlo dentro y doy un respingo cuando empieza a moverse. Cada vez embiste con más fuerza y me lame el cuello, se aferra a él con su boca y, a la vez, con la otra mano me agarra fuerte del trasero. Gimo alto y ávida, un poco más con cada embestida. Me hunde en las sábanas y toma por completo mi cuerpo. Me rindo. Sin resistencia.

Tras mi primer orgasmo, no me deja descansar mucho. En seguida me gira boca abajo y frota su dureza de nuevo entre mis muslos

antes de tomarme por detrás. Mientras, se inclina del todo hacia mí y me ronronea al oído:

—Estás tan caliente, Charlotte, ¡no me sacio de ti!

Me aferro a la sábana y alzo el trasero un poco más, para que pueda entrar más fácil y más fuerte.

Me pierdo en nuestro juego, y todos mis pensamientos sombríos se vuelven cada vez más tenues, mientras pido ronca y ávida más, mucho, mucho más…

La noche es larga, pero siempre que algo me gusta, el tiempo vuela.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, estoy sola. Sigue estando oscuro y sólo el reloj de la mesilla me indica que son poco más de las 10:00. Echo de menos la luz del sol…

También echo de menos a Gabriel. ¿Dónde se ha metido?

Me pongo de lado y acaricio la sábana revuelta. Mi cuerpo sigue agotado y lo que más me apetecería sería seguir durmiendo. Un ligero dolor de cabeza y el estómago rugiendo me dejan claro que debería levantarme.

¿Estará en el baño?

Al incorporarme, me fijo en la pastillita para el dolor de cabeza junto a una botella de agua. Qué detallista por su parte. Bebo un poco y me trago la pastilla, antes de levantarme y buscar el baño. No, no está aquí.

Voy encendiendo las luces una a una, para que al menos se cree una cierta sensación de *día*.

Tras una ducha larga, lavado y secado de pelo incluidos, cepillarme los dientes y demás, me pongo ropa interior limpia, me enfundo en el albornoz mullido y salgo de la habitación. Con las zapatillas de

casa blanditas me siento como una famosa que puede permitirse el lujo de pasearse así por su mansión.

El pasillo está iluminado y, cuando llego a la gran sala con el árbol de Navidad y el piano, todo se ve como anoche. Resulta muy extraño que hace menos de un día decenas de mis compañeros estuvieran de fiesta. Mirabell se zampaba el bufé desmontado a toda prisa y la gente tan importante estaba por ahí, tomándose una copita de champán o vino. Y yo estaba allí. Justo ahí, delante de ese cristal. Me quedo junto al sofá redondo y miro la chimenea apagada. Cuando siento una ligera corriente de aire, respiro aliviada. No, no nos vamos a asfixiar aquí. Al menos eso me lo ahorro.

Es de locos. Atrapada por la nieve, en esta villa de lujo y, precisamente, con Gabriel Wings. Después de lo que pasó anoche, no me lo pone más fácil para enfrentarme a él hoy.

La nieve sigue pegada a los ventanales, tan densa que solo la luz artificial aporta claridad, como si fuera plena noche. No habría creído que ya al segundo día echaría tanto de menos la luz del sol…

Capítulo 12



Gabriel

Unas horas antes…

Pensando con la polla. Sí, así lo llamaría. Definitivamente. Respiro hondo y miro a través de la oscuridad hacia las lucecitas LED azules. Charlotte ya duerme a pierna suelta, pero mi mente no para. Vuelvo a mirarla. Está boca abajo. Desnuda. Una leve sonrisa adorna sus labios mientras su culo aún queda un poco alzado. No puedo evitar recordar con gusto las últimas horas…

Sin embargo: no hemos usado protección. No tengo ni un solo condón en casa. Ojalá tome la píldora, porque no me apetece en absoluto tener hijos. Ni pagar pensión alimenticia. Dios me libre, que sería capaz de sacarme hasta el último céntimo.

Suelto un resoplido divertido. Sí, y de paso se llevaría media bodega. O incluso exigiría toda la propiedad.

Cuando la veo tumbada así me pregunto si Charly realmente haría eso. Probablemente nos pelearíamos, nos gritaríamos. Ella volvería a beber. O…

Su carita de anoche vuelve a mi mente. Esa sonrisa tímida, cuando le daba tanta vergüenza haber tenido un sueño erótico conmigo. Ahí me gustó de verdad. Estuvo educada, tranquila y sensata. Con esa mujer sí que podría imaginarme… una… familia…

No. ¿Qué demonios estoy pensando? Vuelvo a mirar al techo, que se me aparece como un velo oscuro. Basta de tonterías. Seguro que toma la píldora. Con lo ansiosa y deseosa que es en la cama, no voy

a ser el único hombre en su vida. Y como pensaba pasar aquí sus vacaciones, seguro que se trajo esas pastillas. Las mujeres y su ciclo. Un misterio.

Aun así debería mantener las manos lejos de ella. No vamos a volver a acostarnos. Si no toma esa dichosa píldora, tengo que minimizar el riesgo de acabar siendo padre. No, eso no puede pasar de ningún modo. No quiero una familia. Ni mujer. Ni hijos.

En el fondo, sí que lo quiero. Hay una chispa de esperanza, esa imagen tan bonita de una familia feliz…

Cierro los ojos. Ya está bien.

Charlotte quería esta habitación. Que la tenga. Intentaré evitarla y eso empieza por dormir en cuartos separados.

Una cama es una cama. Se puede dormir en cualquier sitio.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, me regalo primero una ducha larga y luego doy una vuelta por la casa. Reviso todas las ventanas y puertas. ¿Hay grietas? ¿Alguna puerta forzada? ¿Qué tal la temperatura? ¿La calefacción? ¿El agua? ¿La ventilación?

Puertas, paredes y ventanas están bien, tampoco veo grietas ni abombamientos. La temperatura en las distintas estancias es la de siempre, no hay fluctuaciones. Probablemente la capa de nieve protege como un iglú, de modo que no se escapa el calor de dentro. Debo vigilarlo.

La presión del agua es estable y la ventilación no está afectada. Ojalá siga así. Mejor lo controlo tres o cuatro veces al día. Por si acaso.

Tiempo me sobra.

Luego salgo otra vez, al túnel donde Charlotte había dejado sus maletas. Aguzo el oído en la oscuridad helada y ya no oigo bramidos ni estruendos. La tormenta ha pasado, pero ni loco me pongo a cavar un túnel aquí. Desde el suelo habrá hasta diez metros de nieve. Quizás más.

Voy a la cocina y pico de las sobras de ayer. Quedan algunos bagels y sándwiches, pequeños aperitivos y fruta cortada, que convendría comer hoy mismo.

Disfruto del silencio. Casi parece como si estuviera solo en la casa, aunque soy consciente de que Charlotte puede entrar en la cocina en cualquier momento y…

—Ah, aquí estás. Buenos días. Perfectamente sincronizado.

—Buenos días —le contesto escueto. Bebo otro sorbo de café. Seguro que el olor la ha atraído. Charlotte cierra un momento los ojos al apoyarse en la isla. Inspira hondo por la nariz y sonríe.

—Oh, me encanta el aroma del café por la mañana —dice, y luego echa un vistazo a mi desayuno improvisado y a retales.

—¿Qué te parecen unas tortitas? Podría preparar un *desayuno de verdad*… —me ofrece.

¿Qué, ni una palabra sobre anoche? Si ya no estaba borracha… ¿o sí? ¿El alcohol residual le ha dejado un vacío de memoria?

—Esto hay que acabarlo, pero mañana encantado —digo, y le acerco las fuentes para que se siente en el sitio donde ya se sentó anoche. Con mucho espacio entre nosotros.

—Tiene sentido —opina, y aun así se sirve un poco de zumo de naranja de la nevera, se echa café y, oh sorpresa, vuelve a cargar la cafetera. Café molido. Agua. En marcha.

Hasta las acompañantes de agencias de élite quieren que las sirvan por la mañana. Siempre me molestó que por la mañana se sirvieran café y dieran por hecho que a mí me bastaba con una taza. Punto a su favor.

Ahora solo tengo que llevarlo con tacto y averiguar si toma la píldora, para poder volver a dormir tranquilo.

Con la taza y el zumo, se sienta en el taburete, aunque duda qué bagel o qué sándwich comer:

—Mh, ¿queso o atún? —luego se dirige a mí—. ¿Tú qué sueles comer? Me hace gracia. En realidad está teniendo en cuenta mis preferencias. Qué raro.

—Me gustan los dos, así que sírvete. Yo ya he comido. Charlotte sonríe y coge el sándwich de atún, como imaginaba.

Debería preguntárselo sin más:

—¿Tomas la píldora? —Ya. Me lo he quitado de encima.

Charlotte se atraganta un poco y tose. Se ríe y se tapa la boca con la mano.

—¡Vaya tema a primera hora!

La observo y me pregunto qué respuesta saldrá ahora de su boca.

—Sí, la tomo. O sea, tranquilo. No tengo pensado quedarme embarazada. Lo suelta con tanta ligereza, como si los hombres le preguntaran eso a menudo.Yo no soy mejor, así que será mejor no juzgarla por ello.

—Entiendo. —Finjo ser el tipo tranquilo y sosegado, aunque por dentro estoy que ardo. Vuelve a estar con un escote generoso bajo ese albornoz blanco, que grita inocencia y pureza, cuando anoche pude conocer su lado vicioso, tan deliciosamente compatible con el

mío. Suben los recuerdos. Recuerdos que me hacen hervir la sangre. Estuvo tan caliente. Tan deliciosamente estrecha y suave. Follármela me dio más placer que pagar a ninguna acompañante. ¿El morbo de lo prohibido? Al fin y al cabo, fue la primera empleada a la que me he tirado. Mejor que también sea la última.

O sea, ningún niño. Ningún embarazo. Ninguna consecuencia. Charlotte parece tomarse el tema con mucha calma, lo cual me sorprende. ¿Ni suspiros? ¿Ni arrumacos? ¿Ni charlas de si ahora somos pareja?

—Está de vicio —empieza, sacándome de mis pensamientos torcidos, y continúa—. El cocinero se ha debido pasar con la mayonesa. Lleva tanta que ya se sale por los lados. Bueno, cocinero. O ayudante de cocina. Quien sea que haya hecho esto. Aprieta las dos rebanadas y, efectivamente, la mayonesa gotea al plato.

A qué me recordará esto…

—Mh… ups… —ríe, azorada, y baja la mirada hacia sus pechos.

No, no ha caído nada ahí. Pero si lo hubiera, se lo lamería encantado. Finjo desinterés mientras se chupa el dedo, con el que ha recogido un poco del líquido blanco. *Eso es a propósito, ¿verdad?* Solo finge ser inocente… como si no supiera lo que eso me provoca. ¿Por qué no dice simplemente que quiere repetir la noche pasada? Diría que no, para minimizar el riesgo de un embarazo, pero…

Por otra parte, conocerá su cuerpo. Y no tenía previsto quedarse aquí encerrada conmigo. No planeó acostarse conmigo y luego encasquetarme un hijo. Quería relajarme, sí, pero, ¿qué hay más agradable que un polvo mañanero?

Capítulo 13



Charlotte

Por suerte, entre nosotros no se ha vuelto raro. Ya temía que Gabriel quisiera hablar conmigo sobre la última noche. ¡Ni hablar! Estuvo bien, sí. Vale, estuvo jodidamente bien, lo admito, pero para los próximos días estoy más que satisfecha. En caso de necesidad, tengo algún que otro juguete conmigo.

La única pregunta rara fue la de la píldora, pero oye, puedo entenderlo. Seguramente le preocupa que quiera exprimirle hasta el último euro en concepto de manutención. Bueno, lo de la píldora fue mentira. A mí me provoca demasiados efectos secundarios. Quiero decir, ¿pérdida de libido? ¿Cambios de humor? Ya soy bastante complicada. Si encima me tomara algo así, sería insufrible.

Habría sido más listo haber usado protección, claro, pero no me he traído preservativos y el hecho de que él no haya usado ninguno deja claro que tampoco hay en la casa. Menos mal que conozco bien mi ciclo y sé que hasta Navidad no tengo que mantener las manos quietas con un hombre.

A partir de ahora voy a llevar siempre una ración de emergencia de condones encima, por si vuelvo a acabar por accidente enterrada bajo una avalancha con un tío atractivo como mi jefe.

—Mh, esta mayonesa está tan rica. ¿Tenemos todavía en el frigo…? —no termino, porque Gabriel se pone en pie de repente y viene hacia mí. ¿He dicho algo mal? Me chupo el último resto de

mayonesa del dedo, que antes he recogido del plato, y luego le miro, sorprendida. ¡No me gusta nada esa mirada torva!

—¿Qué pasa? —pregunto, alterada. ¿Acaso quería él también el sándwich de atún y pensaba que se lo iba a ceder así como así?

Pero en lugar de discutir, me coge la cara con las manos y no el cuello. Bueno, algo es algo. Un beso ávido me nubla los sentidos y me enciende un hormigueo potente en el estómago. Sí, besar… besar se le da bien…

—Mh, eso supongo que significa que no. Pero puedes quedarte con la otra mitad del sándwich, en vez de lamerme el último resto de mayo de la boca —digo en broma, pero no llego más lejos, porque vuelve a besarme con hambre. Empiezo a pensar que aquí no se trata precisamente de comer…

Esto sí que no me lo esperaba. Creía que me ignoraría, que lo despacharía como un rollo de una noche y que ya no volveríamos a hablar de aquella noche fatal. En cuanto me siento aquí, se me echa encima…

A ver, por mí no hay problema. Estaría loca si dijera que no, ya que nos ponemos. La verdad… la verdad es que quería dejarlo en una sola vez. Solo que ahora me besa tan apasionadamente que desato el cinturón de mi albornoz sin pensarlo. Como si fuéramos pareja y, además de un desayuno rico, no hubiera nada que nos apeteciera más que colar un rapidito en el menú.

—Ven aquí —me pide, y de pronto me agarra de la cintura, me saca del taburete y me hace girar, de modo que me quedo con el vientre apoyado en la encimera. Me sujeto a ella al instante y le empujo el trasero. Si está así de salvaje, a mí me encanta. Así que no solo lleva

dentro un comando nocturno de asalto caliente: también está operativo de día. Bien saberlo.

El albornoz se me escurre hasta el pliegue de los codos, y Gabriel lo celebra en seguida con besos ardientes en mis hombros desnudos. El sencillo sujetador deportivo, por lo visto, no le molesta. Siempre pensé que un hombre como él sabría apreciar el lujo puro en una mujer y que incluso lo exigiría, pero parece que un simple albornoz, el pelo recogido a lo bruto en un moño y un poco de mayonesa en la boca bastan para ponerle a cien.

Por fin caigo en cuál ha sido el *detonante*. Me he chupado del dedo la *sustancia blanca*. En fin, típico de un hombre.

Gabriel me acaricia la nuca, y lo disfruto muchísimo. Sus manos se cuelan bajo el albornoz por mis caderas y mi vientre, me acarician el pecho, gracias a una subida del tejido gris oscuro tan hábil como fulminante. En seguida me agarra los pechos con deseo y pega su bajo vientre a mi trasero. Por supuesto, me encanta provocarle, así que me muevo hacia él.

Sus manos vuelven de inmediato a mi vientre y a la vez se cuelan en mis bragas. Me las baja por el culo con brusquedad, hasta que se quedan colgando justo bajo los glúteos. Entendido. Hay prisa, por lo visto. A mí me parece perfecto.

Las manos de Gabriel recorren mi cuerpo con maestría, buscan mis puntos más sensibles y, de vez en cuando, aprieta con rudeza. Disfruto de sus embestidas fuertes y de su gemido áspero en mi cuello, como si me leyera la mente.

Incluso me cede el paso y se asegura de que yo llegue primero al orgasmo, antes de seguir y darse también satisfacción.

Me quedo de pie, satisfecha, con los ojos cerrados, y agradezco la encimera fresca, en la que con gusto me refrescaría las mejillas. Sigo en pie, porque aún está dentro de mí y solo ahora se retira despacio. Su calor me resbala por la cara interna de los muslos. Me hace un poco de cosquillas, pero lo acepto encantada.

La respiración se me va calmando poco a poco y suspiro de gusto. Ha estado bien. Joder, ha estado muy bien. Me subo el sujetador deportivo sobre el pecho, mientras Gabriel se pone detrás de mí. Me pongo también las bragas.

—Me voy mejor a duchar rápido antes de seguir comiendo. Después quería ir a nadar y…

Gabriel sale de la cocina sin decir palabra. Vale.

—¡Gracias por la charla! —le grito, molesta, y pongo los ojos en blanco. Como no contesta, añado un poco más alto—. ¡Puedes volver y echarme otra vez todo dentro, sin problema!

Frunzo la nariz, irritada. ¿Pero esto qué ha sido? No espero charlas apasionadas ni ir de la mano después, pero unas palabras amables habrían estado bien.

—¡Capullo! —maldigo, y agarro el sándwich, que me meto en la boca—. ¿Quieres mayonesa? ¡Olvídalo, me la como yo… no dejo ni una gota! —rezongo y le meto un mordisco con ansia. Aún quedan cuatro sándwiches, que ahora cojo y coloco en una cestita de mimbre con servilletas dentro. También van ahí unos cuantos snacks más. El resto vuelve al frigorífico.

Rápidamente me preparo café con leche y azúcar, que me bebo a toda prisa. Con el zumo de naranja y mi botín, me voy al dormitorio. Oh, tengo que corregirme, MI dormitorio.

Vuelvo furiosa a MI gran reino. Aquí Gabriel no está, por lo menos. Me ducho y luego me pongo mi bikini negro. Ahora sí que puede empezar la buena vida, y de ese cabezota no pienso preocuparme. Si cree que tiene que largarse, adelante. No va a llegar muy lejos.

Por desgracia, la piscina está a oscuras. Incluso la cascada está parada. Tras buscar un poco, encuentro los controles y voy encendiendo las luces. Se hace de día allí mismo y el agua turquesa brilla como en el Caribe. También las muchas plantas lucen mucho más bonitas. ¿Serán de verdad? Probablemente no. Sin luz solar lo tendrían difícil para crecer aquí. La cascada vuelve a rugir y me da la sensación de haber aterrizado en una isla tropical.

Armada con mis delicias, además de una toalla de mano y otra de ducha, me voy a las tumbonas en la arena y me acomodo. Cojo el móvil y un buen libro. Durante los ratos de calma quiero escuchar música y leer. Lo que se hace en vacaciones, vaya…

La playa artificial llega de hecho hasta el agua, así que una se siente como en el mar. Luego hay una hendidura y empieza la parte profunda. Aquí la arena se recoge y se devuelve hacia arriba. Interesante. Qué maravillosamente templada está el agua. Me dejo caer hacia delante y me lanzo a bucear, pero en cuanto abro los ojos bajo el agua, casi me muero del susto. ¡Un tiburón! Suelto aire a lo loco al gritar, salgo a la superficie de inmediato, corro de vuelta a la orilla y me pongo a salvo en la playa.

¿Cómo demonios es posible? ¡Si esto es agua dulce! Me lamo el dorso de la mano para comprobarlo. Sí, definitivamente no es salada. El corazón aún me va a mil y jadeo, porque al salir a la carrera he tragado un poco de agua.

¿Será por el alcohol que me queda en el cuerpo? ¿O quizás he percibido mal una sombra? No, no. NO. Estoy al mil por cien segura de que he visto un tiburón de verdad. Se movía. Tenía la boca abierta… ¡vi los dientes!

Corro por la arena y cojo una toalla de ducha para secarme por encima y envolvérmela. Luego voy hacia el borde de la piscina, en dirección al dormitorio. Procuro no acercarme demasiado al borde, pero echo un vistazo al agua. ¡Tengo que ir a por Gabriel y preguntarle qué significa esto!

En cuanto llego al borde y miro a la piscina, ¡reconozco al tiburón desde arriba! ¡Su aleta dorsal se acerca a la superficie! ¡Ese bicho enorme, de unos cuatro metros, nada ahí dentro!

Suelto un grito y casi me caigo de espaldas al suelo, pero consigo mantenerme como puedo. Entonces veo cómo se rompe el agua… ¡hay de verdad un puto tiburón nadando en el agua!

Me acerco con cuidado otra vez al borde y observo al animal. Increíble cómo se desliza por el agua. Tan suave. Y me fijo en otra cosa: pececillos. Pequeños peces de colores que se acercan al tiburón y nadan detrás de él. Tengo que frotarme los ojos. No, no tiene sentido, no existen tiburones de agua dulce. ¿Qué está pasando aquí?

El único que puede responderme a esto es Gabriel… y más le vale que su explicación sea buena, ¡o se va a enterar!

Capítulo 14



Gabriel

Respiro hondo y pulso un par de botones del mando. Menos mal que aquí hay consolas y unos cuantos juegos buenos. Necesito desahogarme, y lo consigo mejor reventando cabezas de unos cuantos capullos. Virtualmente, claro.

¿Y qué hay mejor que una pantalla de ocho metros de largo por cuatro de alto y unos pedazo de altavoces que sueltan un sonido ultrarrealista?

Con cada *kill* me siento un poco mejor. Me distrae de Charlotte. En realidad quería emborracharme, pero al final acabaría acostándome por tercera vez con ella. La primera ya fue una estupidez, pero la segunda, un desastre. Ha vuelto a conseguir en tiempo récord ponerme a cien. Es su manera. Me enfurece y me excita a la vez. Normal que mi polla esté totalmente confundida y apenas la tenga ya bajo control. Normalmente me atrae una mujer y, cuando la necesito, se me pone dura. SIEMPRE me he controlado. Al fin y al cabo, en la oficina estoy rodeado de mujeres atractivas que no paran de echarme miraditas.

Entonces aparece este pequeño colocón andante, me saca de quicio y lo único en lo que puedo pensar es en follármela en cada habitación de mi villa.

No, mejor me quedo aquí. Sin condones, aunque tome la píldora, el riesgo de que acabe quedándose embarazada me parece demasiado alto. Ella es fuego, y ya sé que voy a quemarme con ella.

—¡Ah, aquí estás! —ruge desde mi derecha. Miro de lado y, un segundo después, me atacan y me matan. *Game Over*.

Me gustaría echarle la culpa a Charlotte, pero mi barra de vida ya estaba parpadeando en rojo. Sale la pantalla de bloqueo y todo queda en silencio.

—Se oye la balacera por casi toda la casa… —se queja, mientras me va dejando el suelo perdido de agua.

—Lo dudo, hay una puerta acústica entre la zona del cine y la zona de estar.

Nadie la oiría gritar aquí, aunque en la planta baja estuvieran todos mis empleados y yo me la estuviera follando en el suelo y en cada butaca.

Cierro un instante los ojos. Ya empezamos otra vez…

—Da igual, quiero hablar del tiburón —suelta maldiciendo y se acerca. Descalza y con el pelo chorreando. La toalla está apenas ceñida a su torso, de modo que sus pechos grandes y blanditos rebotan arriba y abajo dentro del bikini. Y esos muslos rozando el fino braga-bikini, dejándome una vista perfecta de su cuerpo. Gracias a la luz de la pantalla, se le marca el coñito de escándalo, lo que me hace la boca agua. Qué ganas de volver a comerle el coño… la última noche ha sido demasiado buena.

—¿Gabriel? ¡Mis OJOS están aquí ARRIBA! —maldice, señalándose la cara con índice y corazón, haciendo círculos y alzando las cejas de forma amenazante.

—¿Qué pasa? —pregunto, molesto, recostándome hacia atrás.

—Lo acabo de decir… —retoma, mientras sus pechos vuelven a balancearse de forma obscenamente sugerente. Está para morir.

—ieEn la piscina hay un tiburón!
Me echo a reír cuando lo dice y suelto:
—Alguien ha debido trastear con la electrónica y ha apretado todos los botones que ha encontrado, ¿eh?
—¿Qué?
—Cuando encendiste las luces… —le explico.
—Sí, es que estaba oscuro y la cascada estaba apagada —se justifica, más que contrariada.
—¿Y luego te metiste en el agua, buceaste y se te vino un tiburón de frente?
—Lo sé, lo sé. Suena a locura, ¡pero SÍ, exactamente ESO ha pasado! —grita, nerviosa, abriendo los brazos para indicar su envergadura—. ¡Era enorme, por lo menos de cuatro metros!
—Puedo tranquilizarte, no es de verdad.
Charlotte sigue mirándome sin tener la menor idea. Que no le dé nada de miedo gritarle así a su jefe… sí, eso la hace interesante.
Me pongo en pie y apago la pantalla y la consola. Total, hoy no tenía suerte.
—Ven, te lo enseño —le digo, saliendo del cine. Charlotte me sigue, dejando un reguero en el suelo.
—Por cierto, el mármol y la humedad no se llevan —le informo.
—Me importa tres narices —murmura, harta.
—Estupendo, entonces te descuento las losas de piedra de unos 10.000 dólares del sueldo, ¿eh? —le ofrezco, divertido. Unas gotas el suelo las aguanta, pero demasiada humedad deja manchas negras que no se quitan jamás del mármol.
—¿Quién pone un suelo de piedra por 10.000 dólares?

—Por losa. Y mide apenas 100x60 centímetros.
—¿Cómo? ¿POR… pero… qué?
—Es mármol de lujo.
—Claro que sí —masculla, pasando a mi lado, dándome una vista perfecta de su culo enorme y redondo, ahora que su braga negra se lo está comiendo. Las luces del pasillo incluso lo iluminan como si alguien estuviera a su lado, señalándole el trasero y gritando: "¡Venga, agárralo! Dale un azote. Disfruta del sonido al golpear, antes de follártela aquí mismo, en el suelo del pasillo".
Por desgracia, la toalla se la ha liado solo al torso, y mientras camina delante de mí y se me adelanta unos metros…
No tardamos en llegar al pasillo principal, que por el lado principal da a la piscina. Echo un vistazo y asiento. Sí, ha tocado todos los botones. Incluso las lámparas de luz diurna del techo están encendidas, y los sonidos de selva apenas se distinguen por culpa de la cascada, que está al máximo.
En la tumbona reconozco sus cosas. Así que se había acomodado y luego ha pegado el susto de su vida.
Desde lejos ya distingo la aleta dorsal del tiburón, al que Charlotte señala, presa del pánico.
—¡Muy bien, ahora explícame cómo COÑO ha entrado ESE ahí!
—Es un tiburón mecatrónico.
Divina. Se le cae la cara. Donde antes había rabia y agresividad, ahora hay puro espanto y desconcierto. Y un poco de vergüenza.
—Lo has sacado de su jaula. Mide 4,20 metros y tiene piel de silicona. También se usan ejemplares así en rodajes, porque parecen

muy reales. Los otros peces van con él. Se orientan por un emisor y por eso lo siguen.

—Dios, oye, ¿hay más sorpresas? —suspira, y parece calmarse.

Sí, en mis pantalones.

Mejor me lo guardo.

—Hay una gruta secreta detrás de la cascada —la pongo al día. El lugar más romántico de toda la casa.

—¿Algo peligroso? ¿Un león o alguna araña?

Niego con la cabeza.

—Mi hermana Goddess quiso el tiburón, siempre le gustó nadar aquí.

—Es la pequeña, si no recuerdo mal —pregunta Charlotte.

Asiento.

—Sí, tenía cuatro años y le flipaban los dinosaurios y los tiburones. Así que mi padre le mandó hacer esto. Conoce a gente del mundo del cine de sobra —sonrío.

Me vienen buenos recuerdos. Goddess estaba para comérsela, chapoteando en el agua e intentando seguirle el ritmo al tiburón.

—Hace años que no se activaba —digo, y me quito la camiseta.

—¿Qué haces? —pregunta Charlotte, algo alterada.

—Quiero meterme en el agua. Y nadar con él otra vez. No es real, no puede hacerte nada. No seas cría —me río, pero Charlotte no está para bromas.

La agarro sin más, la alzo en brazos, mientras chilla y da gritos, me río y suelto:

—¡Al agua contigo!

Y la lanzo dentro, pese a su protesta a gritos.

—¡Como te atrevas, como te atrevaaaas! —la oigo aún decir antes de que se sumerja con un CHAPUZÓN. Me quito el pantalón largo y salto detrás. El tiburón está aún a un buen trecho, dando tranquilamente sus vueltas. Buceo primero hacia Charlotte, que bracea torpe y pataleando a lo loco de vuelta a la superficie. Así que yo también salgo a por aire.

—¡Estás loco! —chilla, pero se ríe y me salpica agua.

—¿Cuánto puedes aguantar la respiración? —le pregunto, esperando distraerla del enfado. Al menos vuelve a sonreír, buena señal.

—¿Diez segundos? —responde, algo desconcertada, y de verdad se calma.

—Mi mejor marca personal son tres minutos y once segundos.

Apenas lo digo, frunce el ceño y suelta aire con suficiencia.

—Ni de coña.

—Si lo supero, nadas desnuda.

Tomo aire y me dispongo a bucear.

Por supuesto, aún oigo su protesta antes de hundirme. —Olvídalo, ni de broma voy a…

Silencio delicioso. Uno. Dos. Tres… empiezo a contar y nado hacia el tiburón. Es muy ligero, así que no supone ninguna amenaza. Puedo apartarlo de un empujón si quisiera. Por supuesto, noto que Charlotte mete la cabeza bajo el agua de vez en cuando para observarme. Me dejo deslizar suavemente por el agua. 30, 31, 32… el primer minuto siempre es fácil. Ya no estoy tan entrenado, pero como mi mejor marca real es de 3 minutos y 34 segundos, la cifra que he dicho la supero sin problemas.

Dos minutos. Un poco más. Ya noto que empieza a ser molesto y reduzco el movimiento. Tres minutos.

Uno… dos, tres… ya casi está. Ya voy hacia ella y salgo justo a su lado a los tres minutos y doce segundos exactos. Charlotte se sujeta al borde y suelta:

—Yo estoy en dos minutos y cuarenta segundos, has perdido.

—No, han sido tres minutos y doce segundos. Fuera el bikini.

—Has contado demasiado rápido —protesta, pero con una sonrisilla.

—Hasta he contado más lento. Seguro que ha sido bastante más.

—¿Ah, sí? Qué curioso. ¿Significa que el tiempo no ha sido ningún reto para ti?

Lista.

Me limito a sonreír, mientras a ella se le pone un poco borde.

—Entonces, te olvidas. Pero no solo por eso, también porque te has largado de la cocina sin hablar conmigo. —Se acabó la armonía incipiente.

—¿Qué te ha pasado? —quiere saber, y me pone una mano en el antebrazo apoyado en el borde.

Por desgracia, la vida real no es un juego que pueda pausar.

—No deberíamos volver a acostarnos —digo, seco, y me aparto de ella.

—¿Lo dice el hombre que hace nada quería que nadara desnuda?

—Mirar, sí, pero no podemos volver a acostarnos.

Trazo así la línea que ninguno de los dos debe cruzar.

—¿Por qué? —pregunta, y en seguida remata—. ¿No me digas que tienes sentimientos por mí? —se ríe, y eso, claro, me pica.

—Sería tu premio gordo.

—No, me volverías loco. ¿Por qué lo crees? ¿Porque eres rico? ¿Porque eres bueno en la cama?

Dos cosas que les saco a muchos hombres.

—Para el AMOR hace falta MUCHO más. Yo solo quiero divertirme aquí. Nadar. Leer. Comer. Si de paso cae buen sexo y por lo demás me dejas en paz, no me quejo. Si tú no quieres más, vale. Tengo algunos juguetes con los que me puedo montar un orgasmo en cuestión de minutos. No te necesito.

Eso ha dolido, aunque no pienso que se me note. Podría quitarle las pilas y se le acababan los clímax, o a tirar de mano.

—Pues hazlo —me hago el tranquilo y voy a volver a nadar con el tiburón, cuando Charlotte suelta algo que me descuadra…

—Espera, ¿ACASO TÚ tienes sentimientos por MÍ? —Alzo las cejas, sorprendido, mientras ella cree haber dado con la clave.

—Desde luego que no.

—¿Entonces cuál es el problema?

—¿Al final sí te pone mi polla, eh? —la pico.

—Más bien tus manos y tu lengua.

No es la primera a la que eso le gusta.

Ya me vuelve a entrar la tentación de arrancarle el bikini ahora mismo y follármela contra el borde. Mejor me impulso y me alejo nadando.

—¡Háztelo tú misma! —suelto, y me hundo. En cuanto dé unas brazadas más, debería volver a la consola. Mejor que nos evitemos hasta que salgamos de aquí.

Capítulo 15



Charlotte

¿Quién se cree que es, en realidad? Solo porque está de infarto, tiene dinero a espuertas y además es, bueno, probablemente el mejor amante del mundo… pues eso… no le convierte automáticamente en mi posible novio. Ni en mi futuro marido. Venimos de dos mundos distintos y, aunque el suyo sea tentador y su futura esposa no tenga que mover un dedo, no es eso lo que yo quiero.

Yo quiero una familia. Amor de verdad. Cariño y confianza.

Un hombre como Gabriel Wings no podría darme eso. Por otro lado, me da pena, porque nunca puede estar seguro de si una mujer le quiere por él mismo o si le finge sentimientos solo para asegurarse esa vida de lujo.

¿Quizás por eso se siente atacado? Tengo la sensación de que le intereso, sí, pero puramente en lo físico. Y yo no tendría absolutamente nada en contra si nos pasáramos el santo día haciéndolo. Aquí en la piscina o en la cama, bajo la ducha o en la isla de la cocina. Donde sea.

Le dejo a lo suyo y me siento en el borde de la piscina, de modo que solo me cuelgan las piernas en el agua. Gabriel se desahoga nadando y, al cabo de un rato, viene hacia mí, se impulsa para salir del agua y se pasa una mano por la cara. Su ropa está a pocos pasos, aun así intento retomar la conversación.

—Mira, podemos pasarnos días sin hablarnos, poniéndonos bordes y esquivándonos. O podemos divertirnos.

—No soy amigo de las discusiones —me responde y coge la toalla de ducha que le paso. Ha quedado más o menos seca.

—Si crees que estoy enamorada de ti, no —intento decirlo más tranquila y ya sin reírme. Luego continúo—. Tampoco me voy a enamorar de ti. En cuanto salgamos de aquí, me voy a casa y presento mi dimisión. Ya lo tenía pensado. No volveremos a vernos. Esto podría estar debajo de Las Vegas, y ya sabes el dicho: lo que pasa en Las Vegas…

—Se queda en Las Vegas —me remata la frase y me devuelve la toalla. Sin embargo, me fijo en lo ceñudo que me mira. Empiezo a calibrarle y sé que solo está pensando.

—Es solo una propuesta. Yo vengo aquí a nadar, a la sauna… a disfrutar de mis mini vacaciones. Y tú puedes viciarte con los videojuegos todo el día o hacer lo que te dé la gana. Nos evitamos. Pero si tú estás caliente o yo quiero que me laman, nos entretenemos. ¿Mm?

Me pongo en pie y, delante de sus ojos, me quito la parte de arriba del bikini. La dejo caer sin más en el borde de la piscina.

—Anoche te ocupaste a conciencia de mi cuerpo, así que no me digas que te doy igual.

Por supuesto he visto que me estaba mirando justo entre las piernas, así que le subrayo esa zona tan rica tirando de los laterales de mis braguitas y apretando la tela contra mis labios.

Vuelve a mirar y luego me sostiene la mirada.

—Yo solo quiero tener unas buenas vacaciones, y me vienes de perlas… —alzo las cejas y noto perfectamente lo mucho que le cuesta no mirarme las tetas.

—Sexo oral, sí. Manos, también. Nada de polla.

¿Esas son sus condiciones?

—¿Por qué no? —quiero saber.

—Por el culo, sí, pero nada de vaginal. La píldora no protege al cien por cien.a

Ajá. Ahí tenemos el quid de la cuestión.

—No quiero quedarme embarazada.

Sonríe de medio lado. ¿Es que no me cree?

—Ni ahora ni de ti. Algún día, cuando esté casada y quiera hacer padre al hombre al que amo por encima de todo. Entonces sí. Desde luego no con mi futuro exjefe. —Alzo una mano y hacer un gesto calmante, ondulante—. Nada de peleas. Solo hechos.

—¿Y si aun así te quedas embarazada, mm? —cruza los brazos sobre el pecho.

—Tú no te enterarías jamás. ¿Ya se te ha olvidado? Voy a dimitir en enero. No volveremos a vernos, a no ser que el año que viene vuelva a colarme aquí y…

—Desde luego que no.

—Pues ya ves. No estaré cerca de ti.

—¿Sin pensión? ¿Renunciarías a lo que podrías reclamarle a un multimillonario? —parece a la vez divertido y enfadado.

—Entonces tendrías derecho de visitas. Si se da el caso, quiero que mi hijo o mi hija, por supuesto, conozca a su padre y pase tiempo con él, pero no quiero eso. Entonces conocería un mundo horrible en

el que sólo importa el dinero. Y es espantoso. Quiero criar a mis hijos con mucho amor. Quiero que crezcan siendo personas honestas y rectas, y no de esas que se compran por varios miles de euros un tiburón de goma que nada por el agua.

—Ha costado bastante más que unos pocos…

—¡Da igual lo que haya costado! Es un juguete inútil. ¡Con ese dinero seguramente otras personas se compran una casa o decenas de dueños de perros pueden pagar la operación de sus animales queridos! —maldigo.

—No tiene sentido que no quieras dinero y, sin embargo, discutas conmigo por un sueldo demasiado bajo.

—Porque son dos cosas distintas. Si trabajo, quiero que se valore mi trabajo y que se me remunere en consecuencia. Traer un hijo al mundo y obligar al padre a pagar… eso es chantaje. Eso no tiene nada que ver con la crianza si yo intentara a propósito quedarme embarazada de ti —digo y añado—. A partir de Nochebuena empiezan mis días fértiles. Antes no debería pasar nada, incluso aunque no tomara la píldora.

Que no la tomo, pienso.

—Entre Navidad y Nochevieja, entonces, todo será cosa de manos. Antes, no hay problema.

Qué poco romántico hablar de estas cosas. Madre mía, no volveré a olvidar jamás llevar preservativos encima.

Gabriel lo piensa un momento y dice:

—De acuerdo. Pero antes quiero pasar por el garaje y revisar la casa.

—¡Voy contigo!

Así me hará una pequeña visita guiada y conoceré el resto de habitaciones de la villa. Quizás hasta todos sus pequeños secretos…

Capítulo 16



Gabriel

¿Puedo confiar en ella? Más bien no.
¿Dice la verdad? Ni de broma.
Cualquier mujer del planeta haría TODO con tal de cobrar jugosas pensiones de un millonario.
No volver a trabajar.
No volver a preocuparse por nada.
No volver a tener que ahorrar.
Podría permitirse de golpe todo lo que quisiera: casas, coches, vacaciones. Sin mover un dedo. Yo probablemente ni lo notaría en mi cuenta bancaria, aunque le ingresara varios millones al mes, pero…
Es cuestión de principios. Y el dinero cambia a la gente. La riqueza es algo malo. Saca lo peor de todos nosotros…
Pero estoy aquí encerrado con ella y, ahora mismo, nuestro arreglo me parece de hecho lo más sensato.
—Bueno, entonces ven conmigo —le propongo a Charlotte y entro con ella en el dormitorio. Allí nos ponemos solo albornoces y luego recorremos toda la casa.
—Solo falta el garaje —digo, después de haberla guiado por todo el complejo. Desde la sala de cine hasta la de billar, el taller de arte y aficiones y el gimnasio.
—Si alguna vez no me encuentras, seguramente me habré perdido —comenta, y mira con cierta desazón la puerta de la bodega.

—Por aquí —señalo la puerta del fondo y prefiero apartarla del alcohol—. Por favor, no te vuelvas a emborrachar. Desde luego, me gustas mucho más sobria.

—A mí también —responde, y me sigue hasta la puerta cortafuegos.

—Aquí no has entrado todavía, ¿verdad? —quiero saber. Se frota los antebrazos y luego niega con la cabeza. Sí, aquí abajo hace algo más de fresco.

—Es cosa del sótano en general. El vino debe almacenarse en frío y el garaje no está calefactado. Y vamos descalzos.

—Solo echamos un vistazo rápido, ¿vale? —me pregunta.

—Eso es.

Aabro la puerta y enciendo la luz. Solo está mi deportivo negro, en ese garaje enorme en el que cabrían perfectamente treinta coches. Para visitas. Familia. Amigos.

—No esperaba otra cosa —murmura y se desliza detrás de mí, pero mantiene la puerta abierta.

—Trauma —dice, cuando la miro interrogante.

—La puerta se abre con normalidad si bajas el picaporte.

—Sí, pero… no, en serio, no quiero quedarme atascada aquí. Como se atasque algo y acabemos congelándonos.

Así que se queda ahí. Bueno, lo entiendo un poco. No es que me apetezca quedarme aquí.

—Los portones parecen robustos.

En total hay cuatro.

—Si también hay nieve aquí, no se abrirán.

Pulso el primer botón del panel junto a la puerta. La mecánica traquetea, pero no pasa nada. Las puertas dos, tres y cuatro

también responden, pero…

—También habría sido demasiado bonito —se queja Charlotte, molesta, y me hace señas para que me acerque.

—Ven, volvamos rápido dentro, que si no acabamos resfriándonos.

Como ya está dando saltitos en el sitio, la sigo de vuelta al pasillo y, al pasar, apago la luz. Después cierro la puerta y entro en la bodega.

—¿Qué era eso de no beber? —pregunta, sorprendida.

—Voy a darme una copa, porque, a diferencia de ti, aguanto bien el alcohol y sé dónde están mis límites.

—Ajá… —me sigue y en seguida prueba la puerta, que desde dentro se abre con mucha facilidad, si uno sabe cómo…

—Tus zapatos siguen aquí —digo, señalando sus tacones negros.

—Cierto… —Charlotte se acerca al sillón y los recoge, mientras yo elijo una buena botella y me la llevo.

En realidad quiero subir otra vez para poner otro juego, beber vino y dejar que el día se apague así, pero Charlotte parece tener otros planes. Se sienta en el sillón y se calza los tacones negros, contempla sus piernas largas y juguetea con el albornoz, que lleva suelto. Como solo lleva la braguita del biquini, tengo de nuevo una vista muy tentadora de su escote.

—Sexy, ¿no te parece? —me pregunta y se recuesta en el sillón para poder estirar las piernas y luego cruzarlas.

Sí. En efecto. Eso se ve increíblemente sexy.

—Tú te puedes poner lo que quieras —respondo con un cumplido bastante amplio.

—¿Has follado alguna vez aquí abajo, en la bodega? —quiere saber.

Sí, claro. Más de una vez. ¿Pero de verdad quiere saberlo?

—No —miento, para no estropear el ambiente. Con la avidez con la que me mira, seguro que le apetece una segunda ronda.

—¿Te apetecería follarme aquí y ahora en el sillón? —pregunta, y afloja el cinturón de tela para abrir el albornoz. Quedan al descubierto sus preciosos pechos y también la braguita del biquini, aún mojada. Está realmente espectacular…

Tiro del corcho de la botella y me concedo un trago antes de acercarme a ella y preguntar:

—¿Cómo es que estás soltera, con este apetito?

—Le he cogido el gusto —me responde y estira la mano hacia la botella, que le aparto al momento.

—Esa para ti es intocable. Igual que todo lo demás aquí abajo. Si quieres divertirte, te tendrás que conformar conmigo.

Un aviso claro, al que más le vale atenerse.

—Qué injusto. Pero si tuviera que elegir entre ti y el vino, ganarías tú —susurra y estira la pierna hasta que la punta de su tacón roza mi pantorrilla.

Esbozo solo una sonrisa, bebo otro trago y luego dejo la botella abierta sobre la mesa. Después la levanto del sillón para sentarme yo y que se coloque a horcajadas sobre mi regazo. Cómo me gusta tocar su piel, ya sea con caricias suaves que la erizan en una piel de gallina finísima, o agarrándola con fuerza hasta arrancarle un jadeo gozoso.

Amo su suavidad, que encaja a la perfección con mi dureza.

Capítulo 17



Charlotte

Seguro que han sido dos horas. Dos horas enteras, inolvidables, en la bodega. En el sillón, en la mesa, apoyados en casi cada estantería. Maldita sea, me extraña que no lo hiciéramos también sobre el capó helado de su coche.

Estoy plenamente satisfecha y he tenido dificultades para subir las escaleras. ¿Cuándo fue la última vez que me follaron tan duro que apenas podía andar? Al menos no lo recuerdo. ESO sí que se me habría quedado grabado a fuego.

Nos separamos en la planta baja como si no hubiera pasado nada. En realidad, me gusta bastante. Sexo caliente y sin ataduras, sin remordimientos, sin charlas posteriores. Sin promesas ni mentiras que al final solo traen más peleas.

Mmm, es curioso, en realidad. Primero nos peleamos y luego nos acostamos. ¿Llegaremos alguna vez a tener sexo aun llevándonos bien? Seguramente lo que nos enciende es la rabia, quién sabe.

Los días pasan volando…

¿Quién lo diría? Después del caos inicial ha terminado por surgir algo parecido a una convivencia armoniosa entre Gabriel y yo.

Dormimos hasta tarde, cada uno lo que quiere sin despertar al otro. Nos duchamos a conciencia, a veces incluso juntos, con sexo ardiente bajo el agua. Desayunamos, o pasamos directamente a algo de comida. A veces cocina él, a veces yo, a veces los dos juntos. También hay épocas en las que tiro solo de recalentados,

helado o patatas fritas de bolsa. Qué más da. Entre medias, tenemos sexo. O voy yo a buscarle o viene él a por mí. Tiempo y ganas nunca nos faltan…

¿Habré dado con la fórmula perfecta de pareja? Quiero decir, casi no hablamos, pero tampoco discutimos. El sexo es fenomenal y la comida, buena. Ya me he leído los cuatro libros que traje y he pasado a los audiolibros descargados, que disfruto con los cascos en la piscina.

El tiburón sigue dando vueltas mientras tanto y a veces buceo a la par con él. Madre mía, no quiero irme de aquí nunca, nunca jamás…

Supongo que Gabriel me echará de aquí en cuanto nos rescaten. Y después tendré que buscarme otro trabajo, si no…

Mierda. En realidad no quería volver a pensar en mi familia y en la bronca, pero cuanto más tiempo pasa aquí, más pienso en casa. Dudo que me vayan a recibir con los brazos abiertos y a hacer como si no hubiera pasado nada.

Veo a Gabriel a lo lejos. Viene hacia mí.

¿Qué pasa, qué pasa? ¿Está otra vez *horny*?

Si hemos estado hace tres, cuatro horas… no, ya van ocho. El tiempo aquí vuela que da gusto. Aparto la vista del reloj que cuelga sobre el cuadro de mandos y miro a Gabriel. Luego me quito los auriculares y le sonrío: —¿Qué, otra vez duro?

—Quería cocinar algo, ¿te apetece ayudarme?

—Solo si luego me tomas sobre la isla de cocina —propongo, lo que le arranca una sonrisa.

—Y yo que pensaba que el insaciable era yo.

—¿Cómo es el dicho? Los hombres sueñan con una mujer a la que le guste el sexo, hasta que conocen a una y su apetito los desborda por completo.

Alzo las cejas y le lanzo una mirada desafiante.

—Puedo ser muchas cosas, pero desbordado no estoy.

Tampoco lo esperaba. Su rendimiento es de lo más estable e incluso mejora día a día. Me gusta picarle.

—¿De qué tienes antojo? —pregunto mientras me levanto, me estiro y recojo la electrónica para ponerla a cargar en el dormitorio—. Menos mal que aún hay electricidad. Una se acostumbra rápido a una catástrofe así…

—Pasta. Carne. Había pensado que podemos charlar mientras cocinamos y así nos entretenemos un poco.

Gabriel me sigue, pero cuando dice eso me sorprendo un instante. ¿ÉL quiere tener una conversación conmigo por voluntad propia?

—Suena bien.

En los últimos días solo le he oído gemir. Unos cuantos enunciados que no tiren hacia lo guarro, que si suba más el culo o que qué rico se siente bien dentro de mí, me van a saber a gloria y serán un cambio de lo más bienvenido.

—¿Sabes qué me hace gracia? —empiezo, y delante de él me quito el bikini para ponerme ropa interior y algo de ropa—. Es cómodo ir casi desnuda la mayor parte del tiempo, pero si de verdad piensas preparar varios platos, prefiero ir vestida.

Gabriel también lleva vaqueros y camiseta. Me adapto a él encantada.

—A ver con qué me sales.

Se sienta al borde de la cama y me observa con interés, cosa que, por supuesto, disfruto.

—Hoy es 21 de diciembre. O sea, que llevamos aquí once días de reloj y… me aburro un poco. Quiero decir, ¿qué hacen todas esas esposas de ricos o las hijas de fulano y de mengano, todo el santo día? ¿Dormir hasta tarde, leer, escuchar música, un poco de deporte y ya? No han pasado ni dos semanas y me muero de aburrimiento.

—Mi polla no se lo va a tomar como algo personal, pero sé por dónde vas —me da la razón.

—Oye, lo nuestro está bien, muy bien. Un diez con estrella. Pero todo lo de antes y después… quiero decir, nadar y hacer deporte está genial. También relajarse. Tomarse tiempo. Pero… echo de menos trabajar, hablar con otra gente. Hacer algo de lo que pueda estar orgullosa.

Me estrujo las manos y luego cojo una camiseta y me la pongo. Me queda muy ajustada, porque quiero seguir notando sus miradas hambrientas cuando estemos en la cocina. Mejor confirmación, imposible.

—No tienes por qué dimitir en enero, Charly.

A veces me llama así y me gusta bastante.

—Mala idea. Si me imagino que tendría que volver a llamarte señor Wings y seguir cobrando ese sueldo de pena… no. No, gracias —arrugo la nariz y le hago un gesto para que se acerque—. Anda, que ya me ruge el estómago.

Gabriel se levanta y dice:

—Podrías verlo como un reto: simplemente, mejorar.

—¿Eso qué se supone que significa?

Salimos juntos del dormitorio.

—Siempre sé quién está en cabeza entre los empleados. ¿Quiénes son los tres mejores de cada departamento? Los tres mejores vendedores, los tres mejores compradores, los del call center o del secretariado. Y tú no estabas, si no, me acordaría de ti.

—¿Quieres volver a picarme? —pregunto, algo irritada y, a la vez, intrigada.

—Si estuvieras entre los tres mejores, sabría todo sobre ti, pero la cima en el secretariado la lideran desde hace años Verónica y Hana. Y Pam, que apenas lleva tres meses. Ella ya ha subido al segundo puesto, por delante de Hana, que como eterna segunda siempre aspiraba al primero y ahora teme perderlo.

—No sabía que tú…

—¿Que sé quién hace bien su trabajo en mi empresa y quién no? A los buenos, a los que se lo toman en serio y rinden, se les recompensa. Reciben primas y subidas de sueldo. Depende de ti conseguir una o no.

—¿Y sólo son tres? —replico, molesta.

—Intento tener a los de mejor rendimiento en el radar. Si hay cinco o diez con un nivel similar de alto, no los voy a dejar tirados, claro. Pero, por lo general, hay una o dos personas que destacan por departamento.

Su mirada lo dice todo. Con las cejas en alto me mira como si dijera: "Tú sabrás".

—Resumiendo: ¿es culpa mía no haber recibido una subida de sueldo por tu parte?

—Exacto.

—Desmotiva. ¿Por qué esforzarme, por qué ponerle ganas, si la paga es tan mala?

A ver con qué sale. Me abre la puerta hacia la sala principal para que pase.

—Te sorprendería, pero en otras empresas los dueños han probado exactamente eso.

—¿Y? —quiero saber—. ¿Qué pasó?

—Al principio subió la moral, todos estaban encantados. Y luego fue cuesta abajo. Muchos se volvieron codiciosos, querían más dinero todavía. Si no lo conseguían, faltaban fingiendo estar enfermos. Otros comparaban su desempeño con el de los compañeros y se sentían inferiores. Sí, todos cobraban más, bastante más, pero a los pocos meses el repunte se acabó. En otra empresa, el jefe subió todos los sueldos. Todos cobraban lo mismo. Cada personal de limpieza, cada uno en el call center, cada directivo. Era un sueldo muy generoso. Muchos dimitieron porque se sintieron tratados injustamente —suspira y añade—. Podría ponerte docenas de ejemplos. Empresas que pagaron pagas extra de Navidad suculentas o redujeron la jornada sin tocar el salario. Más vacaciones. Puestos de trabajo mejores. Y un largo etcétera…

—Yo estaría mucho más motivada si cobrara más —protesto.

—Entonces eres la excepción que sufre por ello. Si el uno de enero subiera mil o dos mil dólares a todos los empleados, no cambiaría nada. Seguiría habiendo quejas y habría más renuncias. Cada uno mira el plato del vecino y frunce la nariz, rabioso, si ve que le toca peor a él, en vez de agradecer lo que se tiene.

—Así cualquiera, hablando desde tu riqueza —respondo, molesta.

—Si cometo un error, cientos de personas en todo el mundo pueden perder su trabajo. Si lo comete alguien de los vuestros, puedo amortiguarlo con ahorros. Si los números empeoran durante meses, ¿despido a media plantilla? ¿O puedo decirles que, pese a pérdidas, no vamos a echar a nadie?

—Lo segundo sería mejor —admito.

—He nacido en esta vida. No puedes imaginarte el estrés y las pesadillas que conlleva este trabajo. Pienso cada día en mis empleados. Son madres, padres, gente que tiene miedo de perder su empleo. Solo como equipo rendimos. Y si alguien como tú, tras solo cuatro meses, quiere irse, dejo que alguien como tú se vaya. Habrá otra persona que quiera ese puesto encantada y quizás lo haga mejor. Con más responsabilidad. Con menos errores. Útil para la empresa. Mano a mano. Juntos. Y entonces me alegrará recompensarle con un mejor sueldo.

Eso ha dolido.

Llegamos a la cocina y tengo que reconocer:

—Nunca lo había visto así, la verdad. Creo que te debo una disculpa.

A él le sorprende tanto como a mí, porque normalmente montaría un numerito y me iría dando un portazo.

—Aun así me iré en enero, porque lo nuestro…

—Calla ya. Duérmelo una noche. No eres tonta, solo eres… cansina —sonríe y abre la nevera.

—¿Eh, gracias?

¿Eso pretende ser un cumplido?

—Entiendo tu enfado, pero… inténtalo. Esfuérzate, trabaja duro y, si rindes bien, no habrá nada que impida una subida —me ofrece.

—¿Aunque me haya colado aquí? —pregunto, aunque, en realidad, ya tengo decidido que me voy. Aun así, me puede la curiosidad.

—Lo has compensado con un sexo soberbio. Si te comportaras igual en la oficina… —alza las cejas con guasa y me deja una botella de limonada fría. Él se abre otra. La cojo, la desenrosco, bebo un trago y suspiro quedo.

—Sería rarísimo. Quiero decir, si nos cruzáramos en la oficina. No sería bueno. Creo que quizás haga otra formación o me mude a otro sitio.

Gabriel se acerca y se sienta en uno de los taburetes altos. A diferencia de mí, él llega con los pies al suelo. Los míos cuelgan en el aire.

—Dijiste que te llevabas bien con tu familia. ¿Sería una buena idea mudarte, entonces?

Da en el maldito, puñetero y minúsculo punto. Como dudo y no le respondo, ya tiene pistas de cómo están las cosas en casa: no muy bien. En realidad, también podría contárselo, si total no vamos a volver a vernos. Podría desahogarme con él. ¿Por qué no?

El ambiente entre nosotros es ahora mismo muy agradable, así que me gustaría confiarle esto.

—Valoro tu opinión. Tal vez… si te cuento algo sobre mi familia y sobre mí, ¿puedes darme un consejo? —pregunto con cautela, porque tampoco quiero soltarle el rollo sin más.

—Claro.

Su mirada cálida hace que el corazón me dé un pequeño brinco: ¿pero qué me pasa? Cuando me mira así, todo el cuerpo me hormiguea y me sube el deseo de besarlo. Muy suave. Sin segundas,

y luego tener sexo en la cocina. Solo querría estar cerca de él, cogerle la mano y dejar que me consuele.

—Eh… mejor después de comer.

Confundida, me bajo del taburete y voy a la despensa para echar un vistazo.

—¿Qué tal una crema de bogavante casera de primero? —me pregunta desde el quicio de la puerta mientras yo registro a toda prisa las estanterías.

—Claro, por qué no…

Al menos el bicho ya está muerto.

Me sorprende lo bien que cocina. Crema de bogavante con baguette recién hecho, por supuesto, en horno de piedra, qué si no. También hay de eso aquí. De principal, pasta con marisco y una salsa ligera, y de postre helado de vainilla con cacao en polvo.

Lo zampamos en el sofá redondo, mientras crepita el fuego de la chimenea. De vez en cuando chasca, pero me resulta de lo más acogedor y agradable. Estamos bastante cerca y el ambiente es distendido. Y ahora voy a cargármelo…

—No dije del todo la verdad —empiezo y dudo un instante antes de mirarlo para tantear.

Gabriel sigue relajado y para nada enfadado, así que me atrevo a contar más:

—Hubo una bronca muy fea. Bastante fuerte, además. Por eso estoy aquí.

Él sigue en silencio, no juzga mi sinceridad ni me interrumpe, así que continúo con valentía:

—Durante mis estudios estuve siempre estresada, porque tenía que cuidar de mis hermanos y estudiar a la vez. A veces se lo echaba en cara a mis padres, porque me usaban de canguro. Mis notas lo sufrieron y, con ello, mi autoestima. A la vez, se enfadaron conmigo porque, como hermana mayor, debería ser algo normal cuidar de los pequeños sin quejarme —suspiro bajito.

Machaco el cacao en polvo contra el helado cremoso de vainilla y sigo:

—Mira, quiero a mis hermanos, son geniales. Pero hace unos años eran muy revoltosos y ruidosos. Volvía de la uni a casa y mi madre se iba al turno de tarde. Yo cocinaba la cena, los entretenía, intentaba llevar la casa… y cuando mi padre llegaba por la noche, cenábamos y estaba tan cansado que se retiraba. Yo, mientras tanto, iba acostando a los niños uno por uno. La mayoría de las veces no tenía un rato hasta las 22:00, y sólo entonces podía estudiar. A las 5:00 volvía a sonar el despertador. Tenía que levantarme, preparar a los chicos para la guardería y el colegio, poner el desayuno para todos… mi madre llegaba, comía algo con nosotros y se iba a dormir. Yo llevaba a los dos mayores al cole y mi padre al pequeño a la guardería. Con un sueño atroz tenía que… sobrevivir al día. Así de lunes a viernes. —Aprieto los labios y lucho contra las lágrimas—. Apenas dormía. Problemas con el centro de formación, porque una rutina así no cuenta como excusa… y los fines de semana mis padres querían descansar, así que otra vez de niñera. Intentaba estudiar a ratos, dormir un poco más. —Respiro hondo—. No estoy enfadada con mis hermanos, les quiero. Pero, claro, se ponen de parte de mis padres, no de la mía. Aún no

entienden lo duro que fue y que me habría ido mucho mejor si hubiera tenido tiempo suficiente. Con las malas notas no me dieron trabajos bien pagados. Dios, es tan absurdo…

Aplasto el helado, que ya parece más un barrizal que otra cosa.

—Cuando empecé en tu empresa y volvía del trabajo a casa, era pelea asegurada. Cada día. Me quedaba fuera todo lo que podía porque no quería discutir más, pero hasta la mínima chorrada acababa en gritos y, bueno, yo también sé pegar unos berridos.

Echo un vistazo a Gabriel, que me escucha atento y ha dejado de comer su helado.

—Cierto —es su único comentario, coronado por una sonrisa dulce que me hace dar otro pequeño salto en el pecho.

—Unos días antes de la fiesta de Navidad tuvimos la peor bronca de todas. Volaron reproches e insultos horribles. Nadie debería pelearse así y no, no soy inocente en esto, porque la provoqué yo. Dije que quería dimitir y buscar otro trabajo en enero.

—Entiendo —murmura.

—Me llamaron fracasada, que nunca termino nada y que tiro la toalla en cuanto se pone difícil.— Lo miro con esperanza, pero no recibo lo que quiero oír.

—Al menos en lo último no están del todo desencaminados. Aún así, podrían haberse sentado contigo a hablar con calma.

No dijo nada que no sepa.

—¿Y después qué pasó? —me pregunta.

—Hice la maleta y les dije que no me volverían a ver. — Lo miro triste y sollozo—. Pensé que intentarían llamarme, que haríamos las paces, que me dirían que por favor volviera a casa —niego con la

cabeza y explico—, pero llevo cuatro días viviendo en el *Summer Breeze Hotel*, que está cerca de la empresa. No me han llamado. No me han escrito. Como si les diera exactamente igual dónde estoy o cómo estoy.

Me inclino hacia delante y dejo el cuenco del helado en el suelo, subo las piernas al asiento y me giro hacia él.

—Y ahora no tengo cobertura. ¿Y si intentan llamarme y creen que les estoy ignorando?

Gabriel frunce el ceño, se inclina también hacia delante y deja su helado en el suelo, a su lado.

—Ven aquí —dice en tono reconfortante, extendiendo un brazo para que me refugie en su pecho. Las lágrimas corren como torrentes y mis sollozos llenan la estancia.

Con sus manos grandes y cálidas me acaricia la espalda. Reconforta increíblemente. Sin broncas. Sin reproches. Está ahí para mí y me deja llorar.

—¿Quieres mi consejo? —pregunta Gabriel, cuando han pasado unos minutos y me he calmado. Me separo con cuidado de él, me seco las lágrimas y asiento en silencio.

—Puedo entender a las dos partes. La de tus padres y la tuya.

Me temía que no saldría de esta como un alma cándida.

—Tus padres tendrían que haber sabido que no estaba bien cargarte a tus tres hermanos pequeños, porque no era otra cosa más que una carga. Fuiste su madre y, además de trabajar, tenías que estudiar. Sin ocio. Sin posibilidad de descansar. Era demasiado para una joven. Por desgracia, tu error fue permitirlo. Es lo único que podría reprocharte.

Su afirmación me sorprende. No me la esperaba.

—Claro que los hijos mayores deben ayudar en casa o apoyar a los padres, incluso cuidar a los pequeños alguna vez para que los padres puedan hacer recados, pero no de forma permanente. Menos cuando la propia universidad, tan necesaria y clave para la vida profesional y el propio futuro, sufre hasta ese punto. —Gabriel respira hondo y añade—. Al menos ahora entiendo mucho mejor tu forma de actuar. Estás frustrada y enfadada. Por eso saltas tan rápido —sonríe y promete—. En cuanto sientas seguridad en tu vida, tomarás decisiones mucho mejores que las últimas.

—¿Qué podría haber hecho mejor? —le pregunto, desesperada—. ¿En qué me equivoqué?

—Es difícil decirlo. Si hubieras dicho a tus padres que no podías cuidar de tus hermanos, la situación habría escalado mucho antes, supongo. O habrían recapacitado y ajustado sus horarios para descargarte mucho más. Habría hecho falta un plan de cuidado de los niños. Involucrar a los abuelos o a una niñera, quizás.

Asiento.

—No conozco a tus padres, así que a toro pasado no puedo decirte de verdad qué habría sido mejor. Para el futuro, sin embargo… tienes que decidir un camino. Tienes dos opciones. O haces las paces con tus padres y habláis, o cortas el contacto.

Radical.

—Si os reconciliáis, sería maravilloso. La familia es lo más importante del mundo cuando es sana y te da seguridad, pero una familia también puede destrozarte. Peleas constantes. Tristeza. Rabia. Escaladas. La sensación permanente de no ser comprendida ni

valorada. —Medita un segundo y añade—. Si ahora rompes con ellos, también perderás el contacto con tus hermanos. Cuando sean mayores, podrán llamarte o escribirte. Pero cuanto más tiempo pases sin hablar con tus padres, más difícil será volver a acercarse.

Restablecer el contacto. Reconciliarse. Esta cuestión le interesa más de lo que pensaba…

—Dime, ¿qué harás si vuelven a ponerse en contacto contigo?

—Esperaría poder volver a casa. Que no nos peleemos más y que todo sea mejor que antes.

—¿Qué harás tú para que eso ocurra?

No tardo en responder:

—Evitar las discusiones. Cuidar siempre de mis hermanos. Y, si me echan en cara algo, pedir perdón y… —trago saliva.

—Eres una mujer joven, Charlotte. Ya no una niña. Tienes edad para vivir tu propia vida. Ellos son los padres de tus hermanos y, por tanto, los responsables de su educación. No tú.

Estamos lo bastante cerca como para que apoye las manos en su muslo.

—¿Dónde te ves en cinco años? —quiere saber entonces.

—¿En cinco años? —repito, y me quedo pensando.

—Con suerte, en mi propio piso. Con un trabajo estupendo y compañeros maravillosos. Quizás hasta con un novio con el que conviva.

Sí, sería precioso, una idea fantástica.

—Entonces, ¿no en casa, de canguro sin sueldo y en un trabajo infeliz?

—No, desde luego que no —niego con la cabeza.

—¿Y cómo llegas a ese objetivo? ¿Quedándote en casa y agachando la cabeza? ¿O buscándote un piso, continuando trabajando para mí y llegando a ser tan buena que pueda pagarte más? Y, algún día, conocerás al hombre de tus sueños, que te aguante incluso cuando vas borracha.

No puedo evitar reír bajito cuando lo dice.

Es raro estar tan cerca de él, sentirme tan a gusto y segura a su lado, y a la vez planear un futuro con otro al que ni siquiera he conocido.

Por una fracción de segundo se me cruza por la cabeza: *Idiota. ¿Por qué dices eso? ¿Por qué no me preguntas si NOSOTROS queremos intentarlo?*

Pero luego niego y me contesto yo sola a ese desvarío: no, mala idea.

—Gracias por escucharme, ya me encuentro mucho mejor…

Un poco. Mucho sería exagerar. Pero me he quitado de encima un buen peñasco. Me gustaría hablar una vez más con mis padres y dejar claro, por fin, lo que me pasa. Luego quiero independizarme y montarme mi propia vida.

—Para mí es importante no perder el contacto con mis hermanos. Significan muchísimo para mí —prosigo, y respiro hondo, entrando y saliendo. Se siente tan condenadamente bien poder estar en sus brazos.

—En cuanto salgamos de aquí, podrás ponerte en contacto con ellos. Intenta hablar con calma. Cuéntales que te quedaste sepultada. A unos padres les ablanda saber que su hija ha estado en peligro —me aconseja.

—Si supieran cómo es esto aquí y que me lo he pasado en grande con un tío buenorro, bien plantado y tan bien dotado, la pena se les iba a pasar pronto —respondo riéndome.

—¿Bien dotado, mm? —pregunta.

Me froto con una mano las últimas lagrimitas y confirmo: —Sí, nada despreciable. Definitivamente.

—¿Sexo con la tripa llena? —propone Gabriel.

—¡Me apunto!

Me ha subido el ánimo. ¿Por qué no sellarlo con más diversión y rematar así el día?

—Bien, en una hora en la piscina. Siempre he querido probar ahí.

—¿En el agua?

—Sí, te va a gustar…

—¿Y estarán por ahí nadando tus bichitos?

Tengo que soltar una risilla. Buscarán en vano un óvulo que fecundar si caen al agua.

—Por la noche se limpia y se renueva el agua —me promete.

—Bueno. Entonces acepto. Pero solo si Herbert puede entrar al agua.

—¿Herbert?

—El tiburón. Necesitaba un nombre.

—¿Y Herbert se te ocurrió? —Gabriel se ríe.

—Sí, le pega…

¿O no? Yo también me río y me inclino para recoger nuestros cuenquitos.

—Yo recojo la cocina y tú puedes descansar un poco, no vaya a ser que luego, en el agua, te falte el aliento —le provoco.

—Entonces necesito un *energy-drink*.

Si me va a acompañar igualmente a la cocina, que lleve también su cuenco.

En momentos como este desearía que nuestro *Lock-down* privado no acabara nunca…

Pero algún día terminará, seguramente mucho antes de lo que me gustaría…

Capítulo 18



Gabriel

Sus problemas familiares se parecen a los míos, aunque la causa de nuestras disputas sea muy distinta. A diferencia de mí, ella aún tiene la oportunidad de reconciliarse con sus padres. Ojalá. De verdad deseo por Charlotte que a sus padres se les abran los ojos y así no tenga que perder el contacto con sus hermanos.

Por desgracia, soy pesimista respecto a ese tipo de relación familiar. Cuando unos padres se comportan con semejante falta de consideración, por lo general, no cambia ni mucho menos mejora con el tiempo.

Mientras Charlotte recoge la cocina, hago mi ronda. Voy primero al dormitorio, que compartimos desde la primera noche, cojo el móvil y compruebo la cobertura. Nada, no aparece ninguna barra de cobertura. Me guardo el móvil en los vaqueros y subo. Probablemente no ha habido otro alud, pero, por si acaso, es mejor llevar el móvil encima.

La sala de cine está bien. No hay humedades ni grietas. Examino también con detalle las ventanas y los marcos de las puertas contra los que empuja la nieve. Luego salgo al túnel. Un frío helador me golpea cuando me acerco a la nieve. Aquí tampoco se ha movido nada. Se diría que incluso ha menguado. Suspiro y estoy a punto de bajar otra vez al sótano para revisar las conducciones y la electrónica, cuando noto una vibración…

Incrédulo, saco el móvil y, voilà… ¡empiezan a entrar decenas de mensajes! ¡Tengo una barra, no, incluso dos!

Theodore me ha escrito el día de la fiesta de Navidad y también unos días después. Les echo un vistazo por encima a sus mensajes: todos los empleados están a salvo, él también. Me desea unas felices fiestas y, de vez en cuando, pregunta si necesito algo más.

Sí, ayuda es justo lo que necesitamos.

Vacilo. Si le escribo ahora, en las próximas horas vendrán a rescatarnos y entonces Charlotte y yo tomaremos caminos distintos. Antes de Navidad. Antes del Año Nuevo.

Quizá de verdad dimita, y entonces lo nuestro se habrá acabado.

Vuelvo a entrar y veo que las barras desaparecen. Para comprobar si solo tengo cobertura fuera, salgo de nuevo. Efectivamente: si me acerco mucho al alud, consigo dos barras.

Hoy no. No, hoy no voy a llamar.

Después…

Ahora no.

Soy feliz. Disfruto de su presencia. Del sexo. De las conversaciones. De su desparpajo.

No quiero perder eso. Apago el móvil. Jamás sabrá que podría haber pedido ayuda antes. Eso… se queda como mi pequeño secreto.

Capítulo 19



Charlotte

Exhalo hondo, aliviada, feliz y exhausta. Apoyo las manos en el borde de la piscina y mi cuerpo flota casi en horizontal en el agua. Solo mis piernas se han enroscado en los muslos y las caderas de Gabriel, que sigue detrás de mí, mientras sus manos recorren mis pechos, el vientre y las caderas.

Dios. Ha. Estado. De. Muerte.

Sonrío y me alegra de verdad que nos hayamos divertido aquí, en el agua. Ha salpicado lo suyo… y el oleaje que hemos creado por momentos parecía una tormenta.

Me río bajito y digo:

—Esto vamos a hacerlo todos los días a partir de ahora, ¿lo sabes, no?

El filtro de la piscina va a tener trabajo. Menos mal que hay varios.

Gabriel sale de mí y se separa lo justo para ponerse a mi lado. No estamos en la parte profunda, así que los dos podemos hacer pie por los pelos. Bueno, él puede. Yo tengo que ponerme de puntillas y entonces sólo asoman la boca y la nariz.

—Sí, ha estado muy bien. En casa tengo un columpio, te puedes…

Al empezar a contarlo estaba eufórico, pero de pronto se corta en seco. Al principio me pregunto por qué, porque un *columpio* suena de lo más interesante, pero en seguida caigo en la cuenta de por qué se ha detenido.

En su casa.

Yo nunca estaré en su casa y no veré ese juguete. Aun así, me gustaría salvar la situación:

—Suena interesante. Seguro que ya más de una ha tenido el gusto.

—Sí —me responde escueto e intenta disimular—. Podríamos…

No hace falta. Mejor le corto rápido antes de que me proponga algo que en realidad no quiere.

—No te cansas de mí, ¿eh? —suelto una risita y le doy un toquecito —. ¿Sexo bajo la ducha? Después podríamos ver una peli, ¿qué te parece? ¿Acción? ¿Terror?

—¿Comedia navideña? —me pregunta.

Uf, ni de broma. Nada de sentimientos, o esto acaba torciéndose.

—Ni hablar, ¡necesito algo con sangre!

Y quizás un rapidito de buenas noches antes de irnos a la cama. Será mejor que *fornique de antemano* para poder prepararme para el nuevo trabajo el año que viene, durante mi abstinencia forzosa.

Aunque…

Un pensamiento tentador vuelve a colarse en mi cabeza, después de haberme acariciado ya el corazón. *¿Y si…?*

Trago saliva.

Sí, ¿y si de verdad me quedara en su empresa y currara duro? ¿Si mantuviéramos nuestra aventura? Solo pasarlo bien. Sin amor ni nada por el estilo. Solo trabajo y sexo.

Se nos cruzan las miradas un segundo, pero en seguida apartamos los ojos. ¿En qué estará pensando ahora mismo? Me encantaría preguntarle por ello.

La Navidad está a la vuelta de la esquina.

Hoy es 24 de diciembre. Es tarde y estoy sentada frente al árbol de Navidad decorado. Enrollada en una manta, sentada en el sillón, sostengo entre las manos que asoman una taza de cacao que Gabriel me ha traído hace un rato.

Hoy tengo el ánimo por los suelos, porque me siento terriblemente sola a pesar de su presencia. Se me escapa un suspiro y entonces Gabriel aparece a mi lado y me presenta un regalo precioso, envuelto.

Una caja, envuelta en papel de estraza, pegada y con una cinta roja alrededor. Abro mucho los ojos, sorprendida. No me lo esperaba.

—Solo un detallito —dice, y deja el paquetito bajo el árbol. Papá Noel no llega hasta medianoche, de modo que los regalos se abren la mañana del 25 de diciembre. Las tradiciones son importantes… y valiosas.

—Yo también tengo algo para ti. Hemos usado el mismo papel y la misma cinta —observo y señalo el cacao—. En cuanto lo acabe, lo cojo del dormitorio.

—A ver con qué me sorprendes —dice y toma asiento en el segundo sillón.

—No es algo que sea tuyo, sino algo que he traído.

—¿Ah, querías hacerle un regalo a tu jefe? —pregunta riéndose y se acomoda.

—No, es algo usado, pero me ha dado mucha alegría y he pensado que tal vez a ti también podría gustarte.

Doy otro sorbo de cacao y balanceo lo que queda suavemente en la taza.

—Bueno, tú estás acostumbrado a los regalos caros. Lujo puro. ¿Qué podría haberte comprado yo, incluso si hubiera imaginado que nos quedaríamos aquí sepultados y que nos llevaríamos bien? —le pregunto.

—Si viene de corazón, no se puede pagar con todo el dinero del mundo —me responde, mirando el árbol de Navidad. Me doy cuenta de lo sombría que es su mirada, lo que me desconcierta un poco.

—Vuelvo en seguida —digo, y me desenrollo de la manta con cierta torpeza. Dejo la taza en la mesita delante y voy al dormitorio, donde el regalo envuelto está en un cajón. No estaba del todo segura de dárselo, pero me apetecía. Así que busqué papel de regalo o algo parecido, una cinta bonita, y lo envolví.

Vuelvo de prisa y veo a Gabriel colocando dos tazas nuevas de cacao con nata montada en la mesa. O sea, que no ha estado de brazos cruzados.

—¿Quieres emborracharme? —bromeo y le presento mi regalo. Es estrecho y plano, pero hace que Gabriel alce las cejas, sorprendido.

—Me has pillado.

Su sonrisa me calienta el corazón. Quizás esta fiesta no sea tan terrible como pensaba.

Dejo su regalo junto al mío y vuelvo a sentarme en el sillón. Están ligeramente girados, de forma que podemos mirarnos y, a la vez, disfrutar de una vista preciosa del árbol de Navidad.

—Mis hermanos estarán ahora mismo en la cama, nerviositos perdidos, deseando abrir sus regalos. Normalmente se escabullen de sus habitaciones a primera hora y toquetean las cajas —suelto una risita y cierro los ojos al imaginármelo—. Entonces empieza la gran

porra de a ver qué hay dentro. Mis padres se levantan en algún momento y desayunamos juntos. Yo… lo habría dejado todo preparado. —Respiro hondo, pero en seguida defiendo el ritual—. Me divierte.

Gabriel me escucha con atención, así que sigo:

—Hay tortitas teñidas de verde y rojo, gofres y magdalenas. Ramas de abeto en la mesa del desayuno. En la radio suena por milésima vez *Next Christmas* y *All I crave for Christmas is food*… —suspiro a gusto.

—Cuando los chicos abren sus regalos, es la mejor parte. Hay papel por todas partes, chillan, se ríen y disfrutan, prueban sus juguetes y el salón se convierte en un caos absoluto.

Tengo una pregunta que me quema y miro a Gabriel, que me contempla satisfecho, y le pregunto:

—¿Cómo celebras tú normalmente, cuando no estás sepultado bajo una avalancha de nieve?

En cuanto lo digo vuelve a ensimismarse y mira el árbol con expresión neutra.

—¿Vienes aquí todos los años?

¿Lo pasará solo? ¿Aquí arriba, en la nieve? ¿Sin su familia? ¿O suelen estar todos aquí? Gabriel mencionó a sus muchas hermanas y que la pequeña pidió el tiburón. Me pregunto por qué no están ahora…

—Desde hace dos años vengo aquí por Navidad. Esta es la tercera. Antes celebraba en la ciudad con mi familia.

Vaya. Eso no suena bien.

—¿Estoy hurgando en algo que no me incumbe? —pregunto con cautela.

Gabriel lo piensa un segundo antes de decir:

—Ahora mismo no tengo contacto con ellos. Ni con mis padres ni con mis hermanas.

Me permito curiosear un poco, pero no me atrevo a preguntar más. Le dejo a él esa decisión.

—Hace tres años hubo una gran bronca y elegí un camino con el que mis padres no estaban de acuerdo.

Por desgracia me suena demasiado… podría ser mi futuro, que él ya ha vivido.

—Me pasa un poco como a ti. Mis padres me importan relativamente poco, pero mis hermanas… en especial la pequeña, me tocan el alma. No es posible tener contacto.

—Si no recuerdo mal, todas son mayores de edad, salvo Goddess, ¿verdad? —me aventuro, con cautela.

—Sí, así es. Pero fui yo quien cortó el contacto, y por un buen motivo.

¿Cuál? Por desgracia ahora calla, así que no me queda otra que insistir:

—Si quieres contármelo, te escucho encantada.

—Es complicado —esquiva, pero me confiesa—: me duele por Goddess. La echo de menos, pero no podré verla hasta dentro de seis años, cuando tenga edad suficiente para desligarse de nuestros padres, si para entonces… —Gabriel se interrumpe—. Como te digo, es complicado.

Mira sorprendido su antebrazo, sobre el que he posado mi mano.

—Puedo guardar un secreto como una tumba si necesitas hablar. Y puedo estar a tu lado si prefieres callar. Lo que alivie tu corazón. Puedes contar conmigo.

En mí brota la necesidad profunda de estar más cerca de él que con esa pequeña caricia en su brazo. Como veo una sonrisa suave en sus labios, me levanto y voy hacia él. Pero no sola. Me llevo la manta mullida.

—Estamos solos, sí, pero no estamos a solas. Nos tenemos el uno al otro, en esta noche llena de milagros. No miremos atrás, solo hacia delante —digo, y me siento con cuidado en su regazo. Nos tapo a los dos y me acurruco contra su pecho. Qué bien sienta estar así de cerca de él…

Noto cómo Gabriel me rodea con los brazos y le veo cerrar los ojos. Le imito y saboreo el instante. Estos momentos son un tesoro. E impagables, además…

Cuando vuelvo a despertarme, estoy en la cama. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Solo las pequeñas LED azul claro brillan en la oscuridad. En la piscina no hay luz encendida. ¿Qué hora será? Me froto los ojos adormilada y veo los números de la lámpara de la mesilla, que relucen en la oscuridad: poco después de las 9:00 de la mañana.

Falta Gabriel. Me habrá llevado en brazos a la cama… a menos que me haya levantado de su regazo y haya dormido andando. Me giro boca abajo y alargo las puntas de los dedos hacia su lado de la cama. Aún está un pelín templado, ¿o me lo imagino? ¿Estará en el baño?

Me desenredo de las sábanas y voy a mirar. No, no está.

Así al menos tengo tiempo para vestirme…

Una hora más tarde, más o menos, estoy como un pincel. Un vestido blanco, el pelo suelto y peinado. Hoy es la mañana de Navidad y puedo abrir el regalo de Gabriel. Ahora solo me falta encontrarlo.

Deambulo por la casa y lo encuentro en la cocina. Veo huevos revueltos, beicon y té. Este último lo está bebiendo mientras el beicon chisporrotea en la sartén grasienta.

—Buenos días —trino, alegre, y me permito abrazarlo por detrás mientras está a los fogones.

—Buenos días. Pensaba que dormirías mucho más —me responde y pasa el beicon a un papel de cocina.

Pone más beicon sobre la sartén. Los huevos revueltos van a un bol. Sí, ahora hay alguien más que quiere comer.

Poco después Gabriel abre más huevos en el bol y los bate con un poco de sal y pimienta antes de verter la mezcla en la sartén ya rascada.

Mis manos le acarician el pecho y el vientre mientras me pego bien a su espalda y miro por encima para ver qué está haciendo en los fogones.

Un poquito, esto, aquí y ahora, se siente como si estuviéramos en una relación. Una pareja maravillosa, basada en el amor y la confianza. Mimos compartidos, sexo fantástico, buena comida y conversaciones con carga emocional.

Mientras me acurruco así contra él, mi corazón vuelve a dar un brinco de alegría. Esta vez dejo que ese sentimiento cálido y precioso me invada. Sólo esta vez quiero sentirlo. Disfrutarlo. Convencerme de que de verdad somos una pareja. Que me quieren.

De veras y con honestidad. Sin discusiones. Sin problemas. *Solo amor…*

No necesito más para ser verdaderamente feliz.

—También puedo hacerte huevos fritos —me ofrece.

—Mmm, me gustan más revueltos.

Cuando me separo de él, me siento de golpe un poco más fría. Es raro no estar ya tan pegada. Quiero volver…

—¿Bagels? Aún tenemos queso crema, salmón y queso. ¿Qué te parece? —pregunto, echando un vistazo al frigorífico.

—Suena bien —me responde, y sigue removiendo el huevo.

—Perfecto.

Al tostador con ellos. Los fiambres quedan bonitos en una bandeja, que dejo en la isla de cocina. Estos días siempre hemos comido aquí. Es tan acogedor, a pesar de la falta de luz natural.

Tras una comida deliciosa, un poco de charla y risas, recogemos juntos y vamos después al árbol de Navidad. Me arrodillo en el suelo mientras él se sienta frente a mí.

—¿Quieres tú primero o los abrimos a la vez? —pregunto.

—Te cedo el honor: las damas primero.

Qué zalamero…

Sonrío y deshago la lazada, quito la cinta y después rompo el papel. ¿Y qué aparece? Una caja grande, fácil de abrir. El contenido pesa, seguro que uno o dos kilos. Difícil de calcular. Nunca se me ha dado bien. ¿Qué puede ser? ¿Una barra de oro, quizá? De él me lo creería…

Cuando dejo la caja en el suelo y levanto un poco más la tapa, aparece algo con lo que no contaba para nada: —¿Una botella de

vino? —me echo a reír. ¿Se puede ser más loco? Por otra parte, es un regalo ideal.

—Una botella de vino valiosa —me corrige y explica—: No te voy a decir cuánto vale. Si alguna vez te ves en apuros y necesitas vender algo, seguro que te da un buen pellizco.

—O me la bebo cuando el año que viene, en Navidad, esté en mi pisito de soltera y… —uy, no quería aguar el ambiente. Será mejor que intente arreglarlo— ejem, y esté rodeada de chicos buenorros.

Me río a carcajadas y saco la botella con cuidado del estuche elegante. Pesa, y lleva una etiqueta dorada. Letras en relieve. Preciosa…

—La guardaré, por supuesto. Ya no quiero volver a pasar malos tiempos. Ahora, además, tengo un recuerdo precioso de este tiempo único —remato el conjunto con palabras bonitas.

Gabriel asiente y coge ahora mi regalo, mientras yo guardo de nuevo la botella, no vaya a romperse. Ya me conozco. Al final la acabo tirando…

Tranquila, puedo observar a Gabriel mientras quita la cinta y el papel. Alza la vista, sorprendido, y sus labios dibujan una sonrisa. Sí, un libro. Un libro realmente bueno que por fin pude leer.

—Un clásico. La vuelta al mundo en 80 días… —dice con voz serena y pasa las yemas por la cubierta en relieve.

—Edición de lujo, limitada. Siempre temí rayarlo sin querer, así que solo estaba en la estantería, pero aquí por fin he podido leerlo y… ha sido apabullante. Espero de verdad que también lo leas y que te dé tanta alegría como a mí.

Julio Verne. Un autor increíble…

La expresión de Gabriel ha cambiado por completo. Está tan tranquilo, tan ensimismado. Cuando sonríe suavemente sé que le ha gustado.

—Gracias, este regalo significa muchísimo para mí —dice, y deja el libro con mimo sobre el papel. Luego se acerca y apoya la mano detrás de mí para sostener el cuerpo. Cuando se inclina para besarme, mi pequeño ensueño de una relación perfecta e íntima se hace realidad. Un beso levísimo bajo un árbol de Navidad primorosamente adornado. Ahora… solo faltaría un bebé. O varios. Muchos niños correteando alrededor del abeto, abriendo sus regalos y disfrutando.

Al estar tan cerca, la magia es casi tangible. Todo el odio hacia él ha desaparecido, como si jamás hubiera tenido un mal pensamiento sobre él. La tortilla ha dado la vuelta. El destino ha intervenido y me reserva un camino mucho más hermoso.

Estamos sentados, bien juntitos, disfrutando de la música de fondo, un villancico suave. Nos besamos y… quizás, solo quizás, él sienta lo mismo que yo.

Pero, ¿cómo lo averiguo?

¿Preguntándole? ¿O mejor callo? ¿Y si cree que lo quiero solo por su dinero? ¿Y esa botella de vino, tan valiosa, no será más bien un regalo de despedida? Probablemente ya da por hecho que no quiero seguir trabajando para él y que pronto desapareceré de su vida…

La casa está llena de cosas bonitas. Podría haberme dado cualquier cosa pero eligió una botella de vino cara. Por si algún día me va mal en la vida y necesito dinero.

No, no está planeando su futuro conmigo. Esto no es más que un bonito espejismo. Voy a disfrutarlo mientras aún pueda soñar.

—Espera… —jadeo contra sus labios e intento apartar a Gabriel. Hemos acabado en el dormitorio, porque de los besos levísimos bajo el árbol hemos pasado a besos voraces, y eso lleva a lo que va a venir ahora si no lo evito, porque:

—Hoy es 25… ¡ya sabes lo que puede pasar!

—Tomas la píldora. No va a pasar nada —lo tiene clarísimo y me empuja hacia la cama. No es que yo no quiera, pero…

Sería el momento perfecto para decirle la verdad, pero entonces discutiríamos.

—¿Y si me quedo embarazada? —pregunto nerviosa. ¡Eso no entra en mis planes de vida! Quiero un novio estable. Un amor de verdad. Una pareja que esté conmigo también en las malas, y no solo a mi lado cuando todo parece maravilloso.

—No va a pasar…

—¡Y si pasa!

—¿Te gustaría tenerlo? —me pregunta, y detiene sus besos en mi cuello. Estoy debajo de él, mientras se inclina sobre mí. ¿Qué se supone que debo contestar?

—Sí… y precisamente por eso, esto no puede pasar aquí y ahora. No es buena idea. —Aun así, mis manos se van a su pantalón, porque le propongo—: Trabajo manual y bucal, pero no lo metas.

—A mí no me importaría un bebé —dice de pronto, y me descuadra por completo. ¿Qué ha dicho?

—Serías una madre maravillosa. De ti aprendería lo que es cogerse un buen pedal, tener sus rabietas y plantarle cara al imbécil de su

jefe, decirle las verdades y conseguir al final que cambie de opinión. ¿Y de mí? Bueno, la buena planta, supongo —bromea y se ríe, pero yo estoy demasiado sorprendida y asustada como para divertirme igual.

—Un hijo es una gran responsabilidad. Primero quiero buscarme un piso, quizá me meta en un piso compartido. Y luego necesito un trabajo nuevo. Un bebé no encaja en mi vida ahora mismo. Si soy madre, quiero estar para mi hijo… y quiero que tenga un padre. Mi familia está rota. No puedo hacerle eso a mi hijo…

Este discurso serio y a la vez triste enfría el ambiente. Gabriel lo comprende y asiente. Se tumba a mi lado con cuidado y me concede una pequeña tregua.

—No quería ponerme tan dramática, lo siento —digo, mirando al techo.

—Tienes carácter, Charly —empieza, y me besa la mejilla antes de posar su mano en mi vientre.

En seguida pongo la mía sobre la suya.

—Por favor, no le des vueltas, no te sientas rara. Disfrutemos del tiempo que aún tenemos por delante. Bueno, a una marcha un poco más lenta. Eso no significa que vaya a ser peor.

Esa afirmación me hace sonreír, así que le hago una propuesta sugerente:

—No es que no puedas meterlo a otra parte…

Gabriel sonríe de medio lado y murmura:

—Qué niña más traviesa.

—Ay, si supieras… —me inclino hacia él y le robo un beso hambriento.

¿Para qué están los dedos? ¿Para qué los juguetes de mi maleta? Nos vamos a divertir, aunque cierta zona esté vetada…

Estoy tumbada, satisfecha y cansada. Gabriel se ducha mientras yo intento que las pocas neuronas activas que me quedan consigan mantenerme en pie. Y eso que solo es mediodía…

Horas de sexo, con los cinco sentidos. Disfruto de la sensación deliciosa de después y me recreo con gusto en las horas excitantes de antes.

El agua de la ducha ruge. La puerta está entornada. Estoy desnuda, y de vez en cuando mi cuerpo aún se estremece, de lo agotada y, a la vez, inmensamente feliz que estoy.

Ha funcionado de maravilla, de muchas maneras nuevas y excitantes. Fantástico…

En realidad, ahora quería bañarme. O ducharme también. Ya no me tiemblan tanto las piernas, así que quiero levantarme. Un zumbidito despierta mi curiosidad.

¿Se ha puesto en marcha uno de los vibradores? Me ruedo hasta el borde de la cama y ojeo nuestra ropa desperdigada, los muchos pañuelos usados y botecitos, toallas y demás artilugios muy útiles que han entrado en juego. No, ahí no zumba nada. Es una vibración corta. Luego vuelve el silencio. ¡Ah! Otra vez.

Qué raro. ¿De dónde viene?

Me levanto y rebusco entre nuestra ropa, hasta que doy con los vaqueros de Gabriel y tengo su móvil en las manos. La lucecita parpadea. Ah, ya. Seguro que tiene la batería tiritando. El mío también vibra a veces así.

Pero está apagado desde la fiesta de Navidad.

¿Cuánta batería le queda? ¿Y por qué está siquiera encendido? Cuando activo la pantalla, sin embargo, casi no doy crédito…

¡Están entrando mensajes y hay llamadas perdidas! ¿Tiene cobertura?

Doy un brinco y estoy a punto de llamarle, porque por fin vamos a poder ser rescatados, pero…

¿Tiene cobertura? ¿Desde cuándo?

Miro, reviso su lista de contactos, los chats y… casi me caigo de espaldas.

Arriba del todo pone: "Theodore". Es su asistente personal y le ha escrito esta mañana, y Gabriel le ha respondido. ¡HAN HABLADO ENTRE ELLOS!

¿Y Gabriel no ha mencionado que estamos enterrados bajo una avalancha? No, no puede ser…

Hago scroll hacia arriba, leo los últimos mensajes. Nada. Absolutamente nada. Ni una palabra sobre que estemos sepultados.

—Lo mato… —maldigo en voz baja, planeando ya su asesinato, pero luego me pregunto por qué Gabriel ha callado. Tiene que haber un motivo por el que no le avisara ni me dijera que tenemos cobertura. Si a él le entran mensajes, ¡a mí también! Y Gabriel sabe que estoy esperando que mi familia me contacte.

Le meto el móvil en el bolsillo del pantalón, voy corriendo a mi maleta, saco mi smartphone, lo enciendo y espero un momento. Yo no tengo cobertura. ¿Por qué no? Recorro la habitación y no consigo ninguna raya. Así que vuelvo a su móvil. Él tampoco tiene rayas. Pero los mensajes han entrado…

Entonces debe de haber algún punto en la casa donde haya internet. ¿Dónde?

Me pongo la bata y salgo de la habitación, con la mirada fija en la pantalla. ¿Quizás en la cocina? ¿O en el salón? ¿Tal vez más arriba, en la sala de cine?

En cuanto paso junto a la pared donde había escondido mis maletas, me aparece una rayita de cobertura. Me paro en seco y me pego a la puerta. Sí, ¡una raya! Y cuando salgo fuera, incluso dos…

¡Podemos llamar!

Entran incontables mensajes. Notas de voz de mis amigas, textos de parientes que de paso envían tropecientas fotos y gifs navideños y… ¡mis padres!

Respiro, sobrecogida, mientras tiritando hago el ganso en el sitio para entrar en calor aunque sea un poco.

Mamá: *Espero que estés pasando unas fiestas bonitas. Estamos contigo en pensamiento. Siéntete achuchada. Abrazada. Besada. Querida. Mamá y papá.*

Mamá: *Seguramente tienes el móvil apagado y sigues enfadada. Nosotros no. Solo queremos que vuelvas a casa. Los chicos también te echan de menos. Mamá y papá.*

Mamá:

Estamos preocupados. Di algo por favor para saber que estás bien. Mamá y papá.

El último mensaje lo ha escrito esta mañana, así que respondo rápido: *Estoy bien. Yo también os echo de menos. Pronto estaré en casa, lo prometo.*

Entregado.

Exhalo, aliviada, y vuelvo a entrar. Ya solo una raya. Aquí probablemente no pueda recibir más notas de voz ni textos. Si me abrigo, puedo volver a salir. Antes, sin embargo… voy a retorcerle el pescuezo a Gabriel.

Capítulo 20



Gabriel

Ese momento en que nos besamos delante del árbol de Navidad fue incomparable. Tan distinto. Tan intenso y lleno de magia, como si hubiera logrado accionar un interruptor en mí.

Click.

De repente, todo fue distinto. Mejor. Muchísimo mejor que nunca antes.

Con ese beso tuve una idea de un futuro juntos. De algo más que unos pocos días de vacaciones, sepultados en la montaña. De mucho más que sexo y juegos. De tantísimo más que lo que más me apetecía era contárselo, hasta que…

Hasta que mencionó lo que piensa hacer la próxima Navidad. No me ha tenido en cuenta. ¿Y por qué iba a hacerlo? Para ella esto no es más que unas vacaciones bonitas, y ya está. Para mí se estaba convirtiendo en…

—¡Gabriel! —la oigo gritar mientras sigo en el baño. Miro al espejo y luego hacia la puerta. ¿Cuánto tiempo he estado aquí? A veces me hundo en mis pensamientos y no me doy cuenta de cuánto tiempo pasa.

—Estoy aquí —le respondo, y me ciño la toalla de ducha más fuerte alrededor del cuerpo. Sin embargo, cuando entro en el dormitorio, me espera una imagen por completo distinta de la que tenía en la cabeza.

Charlotte me mira furiosa. Herida. Alterada. En la mano sostiene un móvil con una funda rosa. Así que no es el mío.

—¿Qué pasa? —pregunto, extrañado. ¿Acaso tiene cobertura aquí en el dormitorio?

—Ahora te doy la oportunidad de decirme la verdad —me amenaza, furiosa. Puedo ver cómo le tiembla la mano con la que aferra con fuerza su móvil.

—Necesito más información —digo con calma, sin dejar ver que ya sospecho por qué está enfadada. Probablemente cree que yo estaba al tanto de la cobertura. Si no, no estaría tan cabreada.

—Me has mentido —dice, frunciendo el ceño. Se le llenan los ojos de lágrimas, que se limpia a toda prisa—. Joder —maldice, y luego me suelta a gritos—. ¡Llevas días con cobertura y no has dicho nada! ¡Yo no he podido hablar con mis padres y tú no has pedido ayuda!

Maldita sea. De esta ya no puedo salir con mentiras.

—¿Quieres seguir gritándome o…

—¡Sí, quiero! —me corta, y ruge—. ¿Y si la casa se hubiera derrumbado? ¿Y si te hubieras herido de gravedad y yo no hubiera sabido que podía llamar a una ambulancia? Nos has puesto a los dos en un peligro tremendo… ¿para qué? ¿Por qué?

Eso es justamente lo que quería decirle, pero no me deja hablar.

—Tú… TÚ vas a llamar a Theodore y le vas a decir que hemos quedado sepultados. Para que puedan rescatarnos hoy mismo. ¡No me quedo ni un segundo más contigo en esta casa!

—Lo dice quien se coló aquí a escondidas —se me escapa sin más.

—Eso ya lo hemos zanjado, ¡pero tu mentira es nueva! —maldice, y empieza a recoger sus cosas. Las mete a presión en sus maletas.

—¿Me vas a escuchar ahora y así conocer mi versión, o quieres seguir…

—¡No quiero oír ni una palabra más!

—¡Tenía mis motivos! —le grito ahora yo también, lo que la hace encogerse.

Respiro hondo y miro un rostro asustado.

—Perdona. Déjame decir al menos algo. También deberías escuchar mi parte.

Charlotte se incorpora despacio, pero su mirada lo dice todo. Podría contarle de todo, todo lo que quisiera. Ahora probablemente le daría exactamente igual.

Así termina mi cuento.

Así termina…

—Estabas tan abatida por tus padres. Quise ahorrarte la angustia de que miraras el móvil cada dos por tres y que no llegara ningún mensaje suyo. Aquí debías relajarte. Ser feliz.

—Eso no te corresponde decidirlo —Teclea en la pantalla y luego me la planta delante—. Me han escrito. Varias veces. Se… han preocupado. Por MÍ. Quieren que YO vuelva a *casa*…

Me quedo en silencio y me obligo a esbozar una sonrisa suave. Sí, tiene que volver a casa. Con su familia. Aún tiene la oportunidad de un final feliz. No como yo…

Mi final hace tiempo que está escrito.

Y no es bueno.

Capítulo 21



Charlotte

Gabriel asiente y dice:

—Llamaré al equipo de rescate. Por favor, recoge todo si de verdad quieres irte hoy.

—Sí, eso quiero —digo enfadada, aunque el corazón me dice que me gustaría quedarme, pero a la vez quiero largarme de aquí cuanto antes, aunque yo misma sea una mentirosa y él reaccionaría seguramente mucho peor si supiera que en realidad no tomo la píldora.

Lo más importante es que no debo enamorarme de él. Por desgracia, creo que eso ya ha pasado. Así que tengo que irme de aquí. Lo antes posible. Tan lejos como me lleven las piernas.

Cuanto más tiempo me quede a su lado, más se me pegará el corazón a él y más difícil será no volver a verlo jamás…

Duchada, vestida y con las maletas hechas, me siento en el salón. Mi mirada esperanzada se dirige al diminuto rayo de luz que, a través del pequeño hueco en las ventanas de la fachada, anuncia que se abre paso. Los rescatistas nos han alcanzado.

Gabriel se sienta a varios metros de distancia de mí. Desde nuestra pelea no hemos vuelto a cruzar palabra.

Cuanta más nieve apartan, más luz entra en la villa, hasta que la zona de entrada queda despejada y se pueden abrir las puertas.

La luz del sol y el aire fresco y helado me bañan y me dejan respirar. Está hecho… por fin se ha acabado.

No le he dedicado a Gabriel ni una mirada. Es mejor así… segurísimo.

Los del equipo de rescate me llevan con mi equipaje valle abajo. Desde allí puedo coger un taxi a casa.

Bienvenida de nuevo a la realidad.

Vida de antes: ¡ya me tienes otra vez!

—¿Se va a quedar mucho tiempo en Vancouver? —me pregunta el taxista mientras le escribo un mensaje a mi madre de "Estoy a punto de llegar a casa".

—Sí, por así decirlo. Vuelvo con mi familia —le contesto escuetamente.

—Oh, qué bien. Sobre todo en Navidad. No hay nada mejor que estar con los tuyos.

—Tiene razón.

Y aun así mi corazón se queda con Gabriel…

Ni una palabra de despedida.

Ni un abrazo más.

Ni un beso.

No volveré a verlo nunca, mejor presentaré mi dimisión por escrito. El año que viene, buscaré un trabajo nuevo, ganaré mucho dinero y, cuando me llegue, me mudaré a un piso precioso y pequeñito.

El de mi familia es grande. Al fin y al cabo somos cuatro hermanos y cada uno tiene su propia habitación. Mis padres ganan bien. De otro modo, una casa así no se podría pagar.

Mi padre trabaja de arquitecto en una gran constructora y mi madre es enfermera del turno de noche en un gran hospital. Si depende de mi hermano mayor, Simon, será arquitecto como nuestro padre.

Henry sueña con hacerse famoso en Internet… bueno, de eso ya hablaremos más adelante, cuando sea un poco mayor. Y el pequeño Leonardo… bueno, ahora mismo le encantan los dinosaurios. Aún le queda muchísimo tiempo para encontrar su vocación.

Y luego estoy yo. La hermana mayor. La que solo trabaja en una oficina y no precisamente con mucho éxito. Al menos sé que mis padres me recibirán con los brazos abiertos…

El taxista me deja delante del complejo residencial, en pleno centro. Con mi equipaje subo en el ascensor y, ya arriba, abro la puerta de casa, en la que cuelga una bonita corona navideña verde con lazos rojos. Hasta el felpudo tiene un motivo invernal con un muñeco de nieve. No estaba aquí antes de mi precipitada salida. Me llega olor a galletas y una música de Navidad me acaricia los oídos. Hay risas, charla y celebración. El ambiente es animado.

Dejo mis cosas en el pasillo, cuelgo y dejo la ropa de abrigo en el perchero, me calzo las zapatillas y entro en el salón. Cadenas de luces cuelgan de las ventanas. Incluso han rociado nieve artificial en los cristales y pequeñas copitos adornan el vidrio. El gran abeto, como siempre con decoración roja y luces, está junto a la tele enorme. Papeles de regalo vuelan por todas partes y en la tele ponen una película navideña antigua, aunque la música la tapa.

Como un fantasma me quedo ahí, observando a mi familia, que no parece en absoluto preocupada. Solo cuando me ven, mi madre me hace señas para que me acerque y grita:

—Vaya, sí que llegas tarde, Charlienchi. ¡Anda, que se enfría la comida!

De algún modo me había imaginado un abrazo muy sentido. Un poco más de preocupación.

Al final son mis hermanos los que corren hacia mí, emocionados, y me abrazan con ganas. Así que ellos me han echado de menos más que nadie…

—¡Ya has vuelto!

Incluso el mayor muestra sus sentimientos abiertamente, mientras el mediano me aprieta fuerte contra él. ¿Y Leonardo? Abraza mi pierna y salta de alegría.

—Ay, qué bien volver a estar aquí —digo, y lleno a los chicos de besazos. Eso ya les hace menos gracia.

Nos reímos y nos divertimos. Sí, ha sido la decisión correcta volver a casa…

—Menos mal que has venido tan pronto —dice mi madre cuando ya hemos comido todos y los chicos se entretienen con sus regalos.

—Nunca habría pensado que te preocuparías tanto por mí, mamá —le respondo, lo que solo hace que arqueé las cejas con gesto interrogante. Mi padre lleva rato sentado en el sillón leyendo las noticias en la tablet, mientras yo me quedo sola con ella en la mesa.

—¿Por qué iba a preocuparme? —me pregunta, sorprendida.

—Bueno, por las noticias… —insinúo. ¿Cómo puede habérsele olvidado?

Pero ella solo alza las cejas, sin entender.

—Tú me escribiste… que me echabais de menos, que volviera a casa —digo.

—Oh, eh… —murmura, desconcertada. ¿Habrá sido mi padre quien escribió todo? Pero venía del móvil de mi madre.

—¡Chicos! —llama, molesta, y mis hermanos llegan corriendo, felices. Con la música navideña no han debido oír su tono airado.

—¿Quién de vosotros ha estado otra vez con mi móvil sin permiso? —quiere saber.

—Un momento, ¿no me escribiste tú los mensajes? —la miro, perpleja, y luego a mis hermanos. A Henry se le nota en la cara en seguida que está nervioso, mientras el mayor también deja entrever ciertas señales. Pero se le dan mejor las mentirijillas. Difícil saber cuál de los dos ha sido. Probablemente ambos.

—Da igual, lo importante es que ya estoy aquí —intento salvar la situación.

—Mh, bueno… en eso no te falta razón. Así por lo menos no tengo que limpiarlo todo yo sola. —Pone los ojos en blanco, fastidiada, y empieza a recoger la mesa.

Vuelvo a espantar a mis hermanos. Si mi madre no los ve, tampoco habrá discusiones. Incluso mi padre echa un vistazo rápido. Él también parece alegrarse si no hay bronca a estas alturas de la noche.

Armada con varios platos y cuencos, sigo a mi madre a la cocina.

—¿Eso significa que nadie me ha echado de menos? ¡He estado fuera unas dos semanas!

—Eres mayorcita. Si quieres irte, puedes hacerlo —se limita a decir, y me quita las cosas de las manos, no sin quejarse al instante—. Puedes llevar más, no seas vaga.

¿En serio?

—Pero si te estoy ayudando, mamá —respondo tranquila, lo que solo consigue que vuelva a poner los ojos en blanco.

—No le lleves la contraria a tu madre otra vez. Apenas has vuelto y ya hay bronca otra vez. —Mi padre sí que se mete, después de todo. Al menos se ha levantado del sillón.

—Si no he dicho nada… —me justifico, desconcertada. ¿Qué les pasa? Creía que mi padre me defendería, pero que se haya mantenido tan callado y aparte no era por dejar que la noche terminara en paz, sino porque no quería otra vez pelea conmigo.

Se saca una cerveza fría de la nevera y sencillamente me ignora.

—Ahora, POR FAVOR, trae las otras cosas del salón. No puedo hacerlo todo yo sola siempre —se queja, y pasa a mi lado.

—¿Para qué has vuelto, si incluso en Navidad vienes a amargarle el día a todo el mundo? —me suelta mi padre y se va de la cocina negando con la cabeza.

—Eh, ¿YO? —pregunto, perpleja, y voy detrás de ambos.

—Podrías ayudar a mamá y a mí —propongo.

—Déjale disfrutar de su tarde. Ha traído el árbol, lo ha montado y ha puesto las luces. Eso se llama reparto de tareas —me aclara mi madre, y sigue recogiendo la mesa.

—Vale, ya ayudo —respondo con voz tranquila.

—Qué bonito, que te dignes…

Mi madre vuelve a poner los ojos en blanco y agarra más cosas para llevárselas. Yo hago lo mismo, pero solo me gano otro:

—¿Por qué entras en la cocina con cuatro platos solo?

Será mejor que no diga nada más.

Tras más reproches sobre mis increíblemente malas dotes para recoger, consigo subir tarde por la noche con el equipaje a mi

habitación. Pocos instantes después llegan corriendo los tres ositos pequeños y se cuelan en mi cuarto.

En susurros cierran la puerta y se acurrucan conmigo bajo el edredón. Justo a tiempo, porque estoy a punto de echarme a llorar. Pero ellos están ahí para mí…

—Pensé que te habías ido para siempre —dice Simon y se aprieta fuerte contra mí.

Henry, que está al otro lado, me rodea el brazo con fuerza:

—Sí, todos pensamos que no volverías…

—Es tan bonito que estés de vuelta, ¡te he echado taaan, taaan, taaan de menos! —dice incluso el pequeño Leonard, que se sienta en mi regazo y se acurruca contra mí.

—Parecía que todo iba bastante bien —musito en voz baja.

Nuestras cuatro habitaciones están en el otro lado de la casa, detrás de la cocina, mientras el dormitorio de los padres y el baño principal grande quedan detrás del salón–comedor.

—¿Cómo que bastante bien? —me pregunta Simon.

—Cuando he entrado, todo estaba tan en paz. Buen ambiente. En cuanto vuelvo, hay pelea —me desahogo con mi hermano mayor, aunque en realidad no quería cargarlo con esto.

—No dijeron nada, ni por qué te fuiste ni adónde. Así que Henry y yo cogimos el móvil de mamá y te escribimos —dice Simon, abatido.

—Sí —confirma Henry y explica, apesadumbrado—: Mamá y papá hicieron como si no existieras, pero *nosotros* te echábamos de menos.

—Ay, mis amores. ¡Yo también os he echado de menos!

Los achucho a todos muy fuerte, y esa noche dormimos todos en mi cama. Es estrecha y un poco incómoda, pero no hay nada más bonito que volver a estar juntos.

Mis hermanos son mi familia. Y por ellos voy a ser fuerte. Tan fuerte que ni siquiera la pelea con mis padres podrá cambiarlo.

Capítulo 22



Gabriel

4 meses después…

Es viernes por la noche y tengo el ánimo por los suelos. Como cada día. Miro el reloj: casi las diez. Suspiro y cierro el portátil. No, no sirve de nada. Ni siquiera consigo distraerme con el trabajo.

Ya han pasado cuatro malditos meses y de Charlotte solo he recibido la renuncia por escrito. Sus últimas pertenencias del escritorio las recogió una compañera por encargo suyo, de modo que el puesto pudo cubrirse y otra empleada ocupó su sitio.

Me arrepiento profundamente de no haberme fijado en ella mucho antes y cada maldito día me pierdo en recuerdos. Aquel tiempo con ella en mi villa fue el más bonito… lo mejor, con diferencia, de toda mi vida. Y terminó de una forma tan dramática como absurda.

Charlotte tampoco respondió cuando le mandé, por mensajero, el vino que se había dejado en la villa. Ni siquiera entonces…

Guardo el portátil en la bolsa, donde también llevo la edición de lujo de Julio Verne. Cada día me llevo el libro conmigo: es mi recuerdo personal de ese tiempo fantástico y único, en el que estuve enamorado y en el que sigo estándolo. De una mujer a la que no puedo tener porque…

Porque mentí. Es culpa mía y nunca me lo voy a perdonar. El libro es también un recordatorio para mí.

Quiero salir de la oficina. Solo quedan Theodore y unos pocos jefes de departamento, que también están a punto de irse a casa. Suena

mi teléfono y miro con desánimo la pantalla, pero, cuando leo quién me llama, me quedo clavado en el sitio.

—Gabriel? Tengo otra... —empieza Theodore, que por fin me llama por mi nombre de pila. Ha sido un largo camino, pero por suerte conseguí quitarle lo de "Señor".

Me quedo mirando incrédulo el nombre del que llama: *Summer Breeze Hotel*.

—Ahora no —freno a Theodore, que se queda como una estatua y no dice ni una palabra más.

Descuelgo y me presento:

—Gabriel Wings.

Una voz joven de mujer suena al otro lado de la línea. —Buenas noches, señor Wings. Disculpe que lo moleste a estas horas. Nos pidió que le devolviéramos la llamada cuando…

—Sí, no se preocupe —la interrumpo, nervioso.

—Está aquí.

Palabras que me liberan. ¡Mi oportunidad!

—¿En el vestíbulo? —pregunto.

—Sí, señor. Tal y como nos indicó.

—Llego en unos minutos. Por favor, no la suban a la habitación hasta que yo llegue.

—Por supuesto, señor Wings.

Cuelgo y miro emocionado a Theodore, que me pregunta:

—¿Está en el hotel?

—Sí. Salgo ahora mismo.

Durante todos estos meses me he sincerado con Theodore. Es el único al corriente de mi apuro y se ha convertido en un buen amigo.

Así ha perdido su recelo y ya no está siempre tan nervioso. A mí me ponía de los nervios.

—¿Quieres que te lleve? —se ofrece.

—No, tranquilo. Esto tengo que hacerlo yo solo —le respondo, guardo el móvil en la bolsa, me ajusto la corbata y le pregunto—: ¿Cómo voy?

—Como siempre —me contesta con una sonrisa divertida.

—¿Cabreado? —pregunto, sonriendo.

—Eso no… —dice, y me pone la mano en la espalda para darme un pequeño empujón.

—Anda, que para esto has estado esperando todo el tiempo. ¡Ve a por ella!

Le asiento y voy hacia el ascensor, entro y pulso la planta baja. Cuando las puertas se cierran, él sigue ahí y dice:

—En realidad quería ir contigo, me voy por las escaleras…

Demasiado tarde. Al menos logra hacerme reír.

Cuando el ascensor se lanza hacia abajo, noto claramente lo nervioso que estoy. Por fin está aquí… después de tantas semanas de espera. No estaba seguro de que fuese a aparecer realmente en el *Summer Breeze Hotel*, así que llamé a todos los hoteles de Vancouver y de los alrededores.

Al llegar abajo me despido del personal de seguridad y salgo a toda prisa del edificio. Por suerte el hotel no está lejos, así que solo necesito unos pocos minutos en coche…

Solo puedo esperar que nuestro reencuentro salga mejor que en mis peores pesadillas.

Esta es mi última oportunidad.

¡Y la voy a aprovechar!

Capítulo 23



Charlotte

De nuevo me he librado por los pelos.

Respiro hondo y me siento en el gran sillón del vestíbulo. Aquí, junto a la pared, un poco apartada de la entrada principal y del mostrador de recepción, puedo tranquilizarme.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos, pero parpadeo para disiparlas. No puedo ponerme a llorar aquí y ahora, no, mala idea. No pienso pasar esa vergüenza y… además no me sienta bien al cuerpo.

Estoy arrebujada en mi abrigo de invierno, pero me lo quito. La amable recepcionista me ha dicho que tardarán un poco en tener la habitación lista. En fin, me alegro de que al menos quedara una libre.

Dos maletas están a mi lado, y un bolso en el que llevo a mano lo esencial: monedero, las llaves del coche y algún que otro cachivache que me reconforta.

Respiro hondo e intento relajarme. Nada fácil, en una situación tan sin salida.

Ahora, primero me calmo, subo a la habitación y mañana ya veré. Lo mejor será buscarme un pisito o preguntar en el hotel por algún tipo de mensualidad, así no saldrá tan caro. Por desgracia ya no había nadie esta noche para comentarlo…

He ahorrado suficiente y, en última instancia, aún me queda la botella de vino que Gabriel mandó traer para mí. Seguro que vale

cinco o seis mil dólares. Con eso podría dejar el piso muy acogedor, sí, no estaría nada mal…

Y necesito unos cuantos muebles…

Poso la mano sobre la pequeña barriguita que se ha formado bajo el jersey blanco de lana. Acaricio con cariño la curva y susurro:

—No te preocupes, a partir de ahora todo estará más tranquilo. Nada de peleas. Solo mucho, mucho amor. Lo prometo.

Ignoro a los pocos hombres y mujeres que pasan junto a mí hacia los ascensores. Algunos van solos, otros en pareja. Seguro que hay turistas y hombres de negocios. Ninguna mujer soltera y embarazada que acabe de perder su hogar.

En mis pensamientos estoy con mis hermanos. Se llevarán un disgusto horrible cuando mañana por la mañana no me encuentren…

Algún día, cuando sean adultos, me entenderán. Eso espero de verdad.

Una de las recepcionistas viene hacia mí. Lleva una bandeja en las manos, por lo que pienso que irá a otra persona. Pero se detiene a mi lado y deja la bandeja en la mesita junto a mí.

—Un té de manzanilla y unas galletitas. Quisiera volver a disculparme por las molestias, señorita Branch. Están preparando la habitación para usted. Es la única que queda libre y la han dejado muy tarde esta noche…

—No pasa nada, muchas gracias por el detalle.

Le devuelvo su sonrisa amable y, cómo no, noto su mirada a mi vientre. Pero no dice nada.

—Le avisaré en cuanto esté lista.

—Gracias.

Se marcha y yo disfruto un poco del té. Me viene de perlas ahora mismo.

Cuando vuelvo a dejar la taza, estiro las piernas y cierro los ojos. Oigo pasos a mi alrededor, pero los ignoro. A ver si no me duermo.

Abro los ojos un momento y noto una figura a mi lado. Solo por el rabillo del ojo veo cómo se sienta en el sillón junto a mí. Qué incómodo. Si hay muchos más libres, ¿por qué tiene que sentarse precisamente ahí? Lo mejor será que lo ignore.

—Espero que no llames a seguridad cuando me reconozcas, Charlotte.

Al oír esa voz cálida, tan conocida, me quedo mirando a ese descarado que me contempla con dulzura.

¿Gabriel?

Estoy tan confundida que no me sale ni una palabra. ¿Qué hace aquí? ¿Me habré quedado dormida y estaré soñando?

—Vaya casualidad encontrarnos aquí —prosigue y echa un vistazo a mis maletas antes de volver a mirarme a los ojos.

Sigo sin ser capaz de articular sonido. En lugar de eso, aprieto contra mí el abrigo que tenía sobre el regazo. ¡No puede ver mi vientre de ninguna manera!

—¿Cómo estás? —me pregunta con toda tranquilidad, recostándose con gesto relajado.

—Supongo que me he dormido. Es imposible que estés aquí —susurro.

Gabriel me tiende la mano. Solo la mesita con el té y las galletas nos separa. Su mano llega hasta mi reposabrazos, pero dudo en tocarle.

Es un intento vacilante de contacto.

—Estoy de verdad aquí —responde Gabriel, y me dedica una sonrisa encantadora.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué hace un hombre rico como tú en un hotel teniendo tantas casas y mansiones? —quiero saber, y me pregunto si lo habrá planeado. Un hotel tan grande suele tener las habitaciones listas durante el día. Ya me pareció raro desde el principio, pero ahora, al ver a Gabriel, dudo de la versión de las recepcionistas.

—No me mientas, por favor —se lo pido con voz serena.

—¿Quieres que sea sincero? —me pregunta, y yo asiento.

—Sí. Por favor —digo, y vuelvo a fijarme en su mano, que sigue tendiéndome.

—He llamado a todos los hoteles de Vancouver y les he pedido que me avisaran si intentaba registrarse una joven llamada Charlotte Branch. Con descripción incluida.

Luego mira mis maletas y añade:

—Y con las maletas color de rosa. O rosa fuerte.

Eso me saca una sonrisa.

Dudo, pero toco su mano. Él no aprieta, así que retiro la mía tras un breve contacto. Calidez. Agradable. Un instante suave que me resulta tan familiar que querría repetirlo.

—Me han llamado y he venido en seguida. Ha merecido la pena la espera… —dice.

—Has sido sincero, gracias —susurro, y vuelvo a posar mi mano en la suya. Trago saliva y noto ese mal cosquilleo en la nariz, anunciando nuevas lágrimas. De nuevo consigo contenerlas y parpadear para ahuyentarlas, lo que me cuesta un mundo.

Solo cuando aprieto un poco más su mano, él envuelve la mía con la suya. Con delicadeza. Con cuidado, pero con esa fuerza que me permite soltar un suspiro de alivio.

Me siento inmediatamente protegida y a salvo.

—Ese error, el de mentirte, no lo cometeré una segunda vez, Charly —dice, y añade—: Si me das la oportunidad de hacerlo mejor, la cogeré al vuelo.

Veo la seriedad en sus ojos, pero…

—Verás, ya no soy la mujer de entonces.

De ninguna manera puede enterarse del milagro que llevo bajo el corazón. Tengo que terminar esto en paz. No aguanto más peleas y sufrimiento.

—He cambiado, Gabriel —susurro, luchando contra las lágrimas.

—Los cambios son buenos, Charly. —Aprieta un poco más mi mano y propone—: Ven conmigo. Ningún hotel del mundo puede darte un hogar. Yo sí.

—Hay cosas que han pasado…

—Pasado —me interrumpe.

—Cosas por las que me vas a odiar…

—Jamás —me promete.

—Mentiras que *yo a ti* te he contado.

Ahora sí soltará mi mano y se irá, fijo. Al fin y al cabo yo también le dejé y me marché cuando supe la verdad. Pero… aprieta mi mano un instante con más fuerza.

—Y *tú* me has *perdonado a mí*, Charly. Todos cometemos errores. Nadie es perfecto. Sea lo que sea, te perdonaré si me das la oportunidad… si nos das una oportunidad.

—Cuando dices eso, se me parte el corazón porque sé que no habrá un nosotros si te digo la verdad… —sollozo y, acto seguido, presiono con fuerza los labios. Le retiro de inmediato la mano y él la suelta. Me seco las lágrimas de las mejillas con un gesto brusco.

—Aunque hubieras provocado la avalancha o la tormenta, no me enfadaría…

Lo dice con una sonrisa dulce en los labios, y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—¿Qué te parece si vienes conmigo? Y, si te apetece, me cuentas qué es lo que te preocupa ahora mismo. Luego ya veremos, ¿mh? También puedes guardar silencio para siempre, no pasa nada. No quiero obligarte a nada.

Eso podría valer con cualquier mentira, pero no con un embarazo. En uno o dos meses, como mucho, lo verá…

Si me voy con él, desde allí me será mucho más fácil encontrar un piso y, quién sabe… quizá podamos quedarnos en buenos términos y que sea un buen padre para mi hijo. Solo si él quiere. Si de verdad quiere…

—Vale —susurro, y vuelvo a poner mi mano en la suya, que sigue tendida. Su oferta sigue en pie y yo la acepto.

—Entonces… ¿a dónde te llevo? ¿De vuelta a la montaña o al campo?

—Al campo —se me escapa de golpe. Me echo a reír cuando me mira sorprendido. No se esperaba una respuesta tan rápida.

—Al campo, por favor. A ser posible, a algún sitio tranquilo —le pido.

—De acuerdo. Anda, voy a coger tu equipaje. —Gabriel se pone en pie, pero no suelta mi mano. En cuanto está de pie, me ayuda a

levantarme. Con la otra mano me cubro el vientre con el abrigo, mientras besa el dorso de mi mano y dice—: Tardaremos media hora más o menos.

Asiento con la cabeza.

Gabriel se ocupa de mi equipaje y también hace el check-out por mí en el hotel. ¿Qué tendrá que comentar aún con las recepcionistas? Claro que estaban al tanto…

Yo ya estoy fuera, respirando aire fresco. ¿Estaré haciendo lo correcto? Alzo la vista hacia la luna llena y las muchas estrellas que brillan en el cielo despejado. Qué espectáculo tan precioso…

Respiro hondo y me abrocho el abrigo, coloco bien la bufanda gruesa y meto las manos en los bolsillos. Me gustan las temperaturas frescas de la primavera. Aún hace frío, pero se nota que el hielo cortante va remitiendo y ya se ven las primeras florecillas abriéndose paso en la tierra dura.

Gabriel viene hacia mí. Juntos caminamos hacia su coche, y se me ocurre un problema que intento resolver: —¿Puedo sentarme atrás? Delante me mareo en seguida.

Una pequeña mentirijilla pero así puedo seguir ocultando el vientre sin que se dé cuenta. El cinturón me estorbaría y suscitaría preguntas…

—Claro.

Gabriel me abre la puerta y yo me quito el abrigo y la bufanda. Me giro para darle la espalda y subo. Bien, eso está hecho. Mientras él mete mi equipaje en el maletero y rodea el coche, yo me abrocho rápido el cinturón y me pongo el abrigo y el bolso delante del vientre. Quiero proteger a este pequeño ser dentro de mí, aunque

Gabriel no suponga ningún peligro. Pero… seguro que discutiremos. Y no quiero que me vuelvan a gritar. Ni llorar. Solo quiero seguridad y tranquilidad.

—¿Te importa si compramos unas hamburguesas con patatas? Tengo un hambre atroz —le pido. Bueno, más bien antojo encaja mejor—. Y helado. Imprescindible helado —añado.

—Ningún problema, de camino a la finca pasamos por varios locales de comida rápida —me responde y arranca el coche.

Me alegra que Gabriel no me bombardee con preguntas raras mientras yo, en el asiento trasero, me como hamburguesas con queso y patatas como si no hubiera un mañana. Él también se ha comprado algo, pero espera a llegar a nuestro destino para comérselo.

Sin embargo, el silencio acaba poniéndome nerviosa: —¿Qué tal va la empresa?

Si él habla, yo puedo escuchar y comer a la vez.

—Bien. Las cifras del primer trimestre han subido un poco, lo cual es bastante inusual. Normalmente caen en el primero y en el segundo, suben en el tercero y el cuarto es el mejor. A la gente le gusta comprar joyas para regalarlas en Navidad.

Gabriel me cuenta qué más ha pasado en la empresa y también cómo, por suerte, consiguió evitar que la prensa hablara de la avalancha. Eso podría haber sido un desastre…

—Ya hemos llegado —dice de repente, poco después de haberme seguido hablando de cifras trimestrales, de las que no me ha quedado gran cosa. Estaba tan entusiasmado que no quise

interrumpirle. Qué tierno, cómo se ilumina cuando habla de su trabajo…

Me asomo por la ventanilla y contemplo la finca por la que entramos. Sin valla ni nada, se extiende rodeada de árboles altos y arbustos. En verano esto tiene que ser una maravilla.

—¿Son cerezos? —pregunto emocionada. El delicado espectáculo de flores rosadas ya ahora es un regalo para la vista. No distingo mucho, porque solo se han encendido unas farolas de la casa al acercarnos con el coche.

—Sí, en pleno verano esto es un pequeño paraíso.

Lo que él entiende por *pequeño*…

—Qué bonito —suspiró, y entonces detiene el coche y se desabrocha el cinturón. Yo suelto el mío al instante y salgo para poder cubrirme bien. El jersey es amplio, pero si la tela se tensa se nota la bolita, y eso no lo puedo justificar con la tripa llena.

Por supuesto estamos en medio de la nada. Distingo alguna otra casa, pero están a varios cientos de metros, porque las parcelas son enormes.

—¿Sin vallas? —pregunto, entornando los ojos en la oscuridad. Gracias a la luz de la luna, distingo a lo lejos lo que podría ser un lago.

—Somos amigos entre vecinos. Decidimos no poner vallas para no dañar las raíces de los árboles y que todos podamos usar el gran lago. Es muy armonioso aquí.

Típicamente canadiense. Si estuviéramos en EE. UU., más de uno tendría ya un muro de diez metros.

Gabriel saca mis maletas del coche y las deja en el suelo. Luego cierra el coche con el mando y va a dirigirse al gran porche por donde se entra en la casa. Yo me quedo quieta.

—¿Vienes? —me pregunta, y no me muevo ni un milímetro.

—¿Todo bien?

No, por desgracia no. Suspiro y, al hacerlo, exhalo una nubecilla de vapor.

—Soy una idiota —murmuro, azorada, y le miro apesadumbrada. Gabriel deja las maletas donde están, se acerca y me pone ambas manos en los hombros.

—¿Porque te gusta quedarte pasando frío? —intenta animarme, y no puedo evitar sonreír un poco.

—Eso también, quizá. Pero he sido increíblemente mala contigo. Injusta. Y caprichosa. Y ahora… llevo encima una mentira enorme. No puedo entrar en esa casa contigo sin haberte dicho la verdad.

Lo tengo en la punta de la lengua. Quiero decirlo, pero no puedo…

—Sí, fuiste una auténtica borde al principio, es verdad, pero has evolucionado. Eres una chica que se salió del camino, tropezó. Es normal cuando estás aprendiendo a ser adulta. Nadie es perfecto: incluso un hombre tan estupendo como yo tiene sus manías.

Ya está otra vez. ¿Cómo lo hace para que, a su lado, me sienta en seguida más tranquila y relajada? Y aun así… me aterra perderle otra vez…

—Debería haber aceptado tu oferta de seguir trabajando en tu empresa. Si me hubiera esforzado más… —niego con la cabeza y susurro—. No soy un buen ejemplo.

—Eso ya es tu pasado. Míralo cuando creas que no has cambiado. Si ves la diferencia, has crecido con tus actos, y eso es lo que forja un carácter fuerte. No sigues siendo la mujer que fuiste, te estás convirtiendo en una persona deslumbrante. El camino es pedregoso y duro, pero no tienes por qué recorrerlo sola.

Me vuelve a tender la mano y, con sus siguientes palabras, me quita un peso enorme de encima:

—Además, creo saber qué intentas ocultarme.

Tiemblo de pies a cabeza, trago saliva y quiero decir algo, pero no me sale ninguna palabra.

—Respira hondo. Anda, entremos primero, luego nos sentamos, bebemos algo y nos comemos esas hamburguesas ya templadas.

Sí, respirar hondo. Eso hago ahora, asiento y le sigo. Aunque no estoy del todo segura de que realmente sospeche que espero un hijo suyo.

Gabriel entra con las maletas en la casa y, en seguida, noto algo:

—Aquí se está calentito…

Raro. Dudo que viva aquí de continuo. Fui yo quien eligió esta casa.

—He podido encender la calefacción desde el coche. Tecnología moderna.

Sí, realmente moderno. Es una locura que existan estas cosas, pero muy práctico.

Gabriel deja las maletas en el recibidor, muy moderno pero acogedor. Un poco estilo casa de campo. Mucha madera oscura, y piedra tosca. Una escalera ancha con barandilla de madera sube a la primera planta. En el pasillo hay cuatro accesos: dos a la izquierda y dos a la derecha.

—A la izquierda está la cocina, a la derecha el salón. Las dos puertas del fondo dan al baño grande y por aquí a la izquierda, detrás de la cocina, está la piscina. —Asiento en silencio y sigo sujetando el abrigo delante del vientre, además del bolso y las bolsas de papel con el resto de la comida.

—¿Salón? —me pregunta, y vuelvo a asentir.

—¿Te cuelgo el abrigo?

Mejor no.

—Puedo yo, toma… —le pongo la comida en las manos y me quito también la bufanda. Él ha dejado su abrigo en el maletero y no lo ha traído a la casa. Nerviosa, aliso mi jersey antes de volverme hacia Gabriel, que ya va en dirección al salón y enciende la luz.

Me siento un poco desprotegida sin nada que pueda poner delante del vientre. Así que vuelvo a acomodarme el jersey y le sigo al salón. Es muy acogedor y, comparado con la mansión de la montaña, de dimensiones más razonables. Hay una chimenea enorme, hecha de piedra tosca, y delante, un conjunto de sofás gigantesco. Detrás, un comedor y un ventanal enorme que invita a mirar hacia la terraza.

—Me gusta mucho este sitio —digo, y me fijo en las vigas de madera que le dan al espacio un aire rústico y cálido.

Nos sentamos en el sofá. Yo elijo la esquina. Tiene un chaise longue para estirar las piernas. En seguida cojo una manta suave, beige, y me la pongo sobre los muslos y el vientre, mientras Gabriel reparte la comida. Otra hamburguesa con queso para mí. Él elige la ensalada. Debería ser al revés, en realidad.

Perdóname, peque. A partir de mañana volveré a comer bien, lo prometo.

Acaricio con devoción mi vientre, tan sumida en mis pensamientos que no me doy cuenta a tiempo de que Gabriel me observa.

—Seguro que voy a engordar —me excuso, muerta de vergüenza, pero entonces él se acerca, se inclina hacia mí y pone su mano sobre la mía. Lo hace con toda la calma, con cuidado y suavidad. Al tocarme, no me sobresalto, sino que respiro aliviada. Sienta bien volver a sentirle.

—Eso espero —responde, mientras pasa el otro brazo por mis hombros. Yo me acurruco en seguida contra su pecho, porque lo noto… sí, noto que lo sabe.

—¿Puedo? —pregunta Gabriel, y yo asiento.

—Sí —susurro, emocionada.

Su mano acaricia con suavidad la mía antes de posarse junto a ella en el vientre. Sin planearlo, con los dedos y los pulgares dibujamos un corazón.

Yo no digo nada, y él tampoco.

Gabriel lo sabe…

Pasan unos momentos intensos, en los que por fin puedo serenarme, antes de que él diga:

—La mentira más bonita que me han contado nunca.

—¿Cómo lo supiste? —le pregunto, cerrando los ojos.

—Has hecho todo lo posible por ocultar tu vientre y, durante el trayecto, te has preocupado por colocar de otra manera el cinturón.

Eso me ha delatado.

—¿No estás enfadado?

—No.

—En la mansión, cuando nos acostamos por primera vez, mentí. Nunca tomé la píldora.

Él guarda silencio, pero yo siento un alivio enorme por haberlo dicho por fin.

—Creía que no podía pasar porque no estaba en mis días fértiles pero con el estrés se me ha desbaratado el sistema hormonal. Eso… eso es lo que dice mi ginecóloga. Ya sabes. La avalancha. La bodega…

—El tiburón.

No puedo evitar reírme.

—Sí, ese también. Y muy especialmente.

—¿Entonces de verdad no pensabas decirme nada? —pregunta luego, acariciándome con el pulgar. Son caricias ligerísimas sobre mi jersey, pero me dan una gran seguridad.

—Dijiste que no querías hijos y yo dije que no quería tenerlos contigo. Y luego pasó esto… no quería que pareciera que quería sacarte el dinero.

—Tú no eres *de esas* —me responde, y confiesa—: Siempre quise una familia, pero me daba miedo formarla, porque la mía se rompió.

Giro un poco la cara para poder mirarle.

—¿Me lo cuentas?

En ese entonces calló y nunca supe qué había pasado de verdad.

—Peleas por dinero.

A Gabriel no le resulta fácil hablar de ello, lo noto al instante. Así que le pongo la mano sobre la suya y le escucho. Quiero estar ahí para él, como él lo estuvo por mí… y lo está. Y lo estará siempre.

—Bien. —Respira hondo y empieza a contarme su historia—. Hace unos cuatro años, mi padre era la cabeza de la familia. Todo era suyo, pero desconfiaba tanto de mi madre, pensando que si se divorciaban le robaría la mitad de su fortuna, que planeó ponerlo todo a mi nombre, el de su único hijo. Mi madre se indignó de que la acusara de algo así y mis hermanas, salvo Goddess, se enfadaron porque quería dármelo todo a mí. Creyó que, si me regalaba la empresa y todas las propiedades, tierras, cuadros, coches y demás, yo cargaría con el peso emocional por él. Así él podría seguir viviendo en las mansiones, con algo de dinero en la cuenta, mientras yo me ocupaba de la empresa y era yo quien se peleaba con mi madre y mis hermanas por el dinero. Fue a un notario y me lo traspasó todo.

Gabriel respira hondo y explica:

—Mi madre y mis hermanas se apartaron de él y empezaron a hacerme la pelota. Hablaban mal de él y daban rienda suelta a sus caprichos más locos. Jets privados. Casas nuevas. Joyas carísimas. —Niega con la cabeza y murmura—. Solo Goddess sufría con las peleas. Callaba y lloraba mucho. La última vez que hablé con ella me dijo que lo único que deseaba era vivir en una familia normal. No pedía más.

Pobre niña…

—No me quedaba otra que decirles que no iban a ver un duro. Las eché de las mansiones y les compré casas y pisos buenos en Vancouver. Cada mes les hago una transferencia suficiente para sus gastos. Si quieren más, que trabajen.

Le miro sorprendida y me echo a reír.

—¡Es genial! —exclamo, lo que le sorprende un instante antes de que sonría y asienta.

—Quiero decir, fue la mejor manera de mostrarles que una familia debe mantenerse unida y que el dinero…

—Lo estropea todo —me interrumpe. Asiento con entusiasmo. ¡Exacto!

—Solo me da una pena enorme lo de Goddess. Mi madre, que está separada de mi padre, tiene la custodia exclusiva y me la niega. No tengo forma de contactar con ella. Hace unos días cumplió 13 años. En cuanto cumpla 18, podrá venir conmigo. Rezo porque se convierta en una joven decente y no se deje influir por mi madre de forma negativa.

Qué historia…

—Empiezo a entender por qué eres tan exigente con tus empleados y solo premias a los que trabajan duro.

Por fin todo encaja.

—Sí. El dinero corrompe el carácter. Lo he vivido en mis propias carnes. A día de hoy, mis hermanas me llaman a diario, me escriben correos, intentan llegar a mí con abogados. Amenazan con la prensa. Mi madre me ignora y mi padre, por desgracia, también. Ojalá aprendieran de una vez y tuviéramos una oportunidad de recomponer la familia.

Ya su gesto lo dice todo:

—No han cambiado.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, curiosa.

—Con suficiente dinero puedes encargar a gente que se meta en sus vidas. Se hacen pasar por vecinos o se hacen amigos suyos. Así

obtengo información sincera. —No es mala idea.
—Espero que eso no lo hayas hecho conmigo —pregunto, insegura, y repaso mentalmente mis últimos contactos.
—No hizo falta —dice, y toma mi mano para besar con cariño el dorso. Luego volvemos a poner ambas manos sobre mi vientre.
—¿Sabes qué va a ser? —pregunta, ilusionado.
—Sí, ¿quieres saberlo? —le sonrío con las mejillas encendidas. Mis padres no lo saben y mis hermanos tampoco. He podido ocultárselo a todos.
—Por supuesto…
—Una niña —susurro, y le miro radiante. Por fin he podido decirlo. Lágrimas de alegría me brotan y resbalan por las mejillas.
—Una niña pequeña… —repite, respirando hondo.
—Podría ser un nuevo comienzo —dice, feliz.
—Sí, un comienzo maravilloso de algo grande…
Y ese comienzo queda sellado con un beso levísimo en mis labios.
Por fin he llegado a casa.
Pero el destino no era más que la línea de salida de una vida con el hombre de mis sueños y un pequeño corazón latiendo bajo mi pecho.

Suscríbete a mi *newsletter* y recibe el capítulo extra de este libro:
https://luvlee.us/amalia-blum-es

Gracias...



... ¡por comprar y leer mi libro!

Si te ha gustado, ¡me encantaría que dejaras una reseña en Amazon!

Y para estar siempre al día y recibir información sobre nuevos lanzamientos y promociones, sígueme en mi página de autora en Amazon.

https://www.amazon.es/stores/Amalia-Blum/author/B0CX5G1PJN

Con todo mi amor desde el fondo de mi corazón,

tu Amalia